

EL HORLA Y OTROS CUENTOS DE CRUELDAD Y DELIRIO

GUY DE MAUPASSANT

EL HORLA

(Primera versión)

El doctor Marrande, el más ilustre y más eminente de los alienistas, había rogado a tres de sus colegas y a cuatro sabios que se ocupaban de ciencias naturales, que fuesen a pasar una hora con él, a la casa de salud que dirigía, para mostrarles a uno de sus enfermos.

En cuanto sus amigos estuvieron reunidos, les dijo: «Voy a someter a su consideración el caso más raro e inquietante que he conocido nunca. Por lo demás, nada tengo que decirles de mi cliente. Él mismo hablará». Tocó el doctor entonces la campanilla. Un criado hizo pasar a un hombre. Era muy flaco, de una delgadez de cadáver, con esa delgadez de ciertos locos a los que roe un pensamiento, porque el pensamiento enfermo devora la carne del cuerpo más que la fiebre o la tisis.

Tras saludar y sentarse, dijo: «Sé, caballeros, por qué se han reunido aquí y estoy dispuesto a contarles mi historia, como me ha pedido mi amigo el doctor Marrande. Durante mucho tiempo me ha creído loco. Hoy duda. Dentro de un rato, todos ustedes sabrán que mi mente es tan sana, tan lúcida y tan clarividente como las suyas, por desgracia para mí, para ustedes y para toda la humanidad.

»Pero quiero empezar por los hechos mismos, por los simples hechos. Son éstos:

»Tengo cuarenta y dos años. No estoy casado, mi fortuna es suficiente para vivir con cierto lujo. Vivía, pues, en una propiedad a orillas del Sena, en Biessard, cerca de Ruán. Me gusta la caza y la pesca. A mis espaldas, encima de las grandes rocas que dominan mi casa, tenía uno de los bosques más hermosos de Francia, el de Roumare, y delante de mí uno de los ríos más hermosos del mundo.

»Mi morada es grande, pintada de blanco por fuera, hermosa, antigua, en medio de un gran jardín plantado de árboles magníficos que sube hasta el bosque escalando las enormes rocas de que les he hablado hace un momento.

»Mi servidumbre se compone, o mejor se componía, de un cochero, un jardinero, un ayuda de cámara, una cocinera y una lavandera que era al mismo tiempo una especie de criada para todo. Toda esta gente vivía en mi casa desde hacía diez a dieciséis años, me conocía, conocía mi morada, la región y todo cuanto rodeaba mi vida. Eran servidores buenos y tranquilos. Importa para lo que voy a decir.

»Añadiré que el Sena, que bordea mi huerta, es navegable hasta Ruán, como sin duda ustedes saben; y que todos los días veía yo pasar grandes barcos de vela y de vapor procedentes de todos los confines del mundo.

»Así pues, el pasado otoño hará un año que, de pronto, me sentí dominado por unos malestares extraños e inexplicables. Al principio fue una

especie de inquietud nerviosa que me mantenía en vela noches enteras, en medio de tal sobreexcitación que el menor ruido me hacía estremecerme. Mi humor se agrió. Me dominaban repentinas cóleras inexplicables. Llamé a un médico que me recetó bromuro de potasio y duchas.

»Así pues, me hice duchar mañana y tarde, y empecé a beber bromuro. No tardé mucho en volver a dormir, pero con un sueño más espantoso que el insomnio. Nada más acostarme, cerraba los ojos y quedaba anonadado. Sí, caía en la nada, en una nada absoluta, en una muerte del ser entero de la que brusca, horriblemente, me sacaba la espantosa sensación de un peso abrumador sobre mi pecho y de una boca que devoraba mi vida por la boca. ¡Qué sacudidas! No conozco nada más espantoso.

»Figúrense un hombre dormido, al que asesinan, y que despierta con un cuchillo en la garganta; y que, cubierto de sangre, lanza estertores y no puede respirar, y que va a morir, y que no comprende nada... ¡Eso era!

»Adelgazaba de forma inquietante y continua; y de pronto me di cuenta de que mi cocheró, que era muy gordo, empezaba a adelgazar como yo.

»Por fin le pregunté:

»— ¿Qué le ocurre, Jean? Usted está enfermo.

»Me respondió:

»— Me parece que tengo la misma enfermedad que el señor. Son mis noches las que echan a perder mis días.

»Pensé, pues, que había en la casa una influencia febril debida a la vecindad del río, y estaba a punto de marcharme por dos o tres meses, aunque estuviésemos en plena temporada de caza, cuando un minúsculo suceso muy extraño, en el que reparé por casualidad, dio lugar a una serie de descubrimientos tan inverosímiles, fantásticos y espantosos que me quedé.

»Cierta noche que tenía sed, bebí medio vaso de agua y observé que mi jarra, colocada encima de la cómoda frente a mi cama, estaba llena hasta el tapón de cristal.

»Durante la noche tuve uno de esos sueños espantosos de que acabo de hablarles. Encendí mi vela, presa de una angustia espantosa, y, cuando quise volver a beber, vi atónito que mi jarra estaba vacía. No podía creer a mis ojos. O alguien había entrado en mi habitación, o yo era sonámbulo.

»A la noche siguiente quise hacer la misma prueba. Cerré pues la puerta con llave para estar seguro de que nadie podía entrar en mi cuarto. Me dormí y me desperté como todas las noches. Se habían bebido todo el agua que yo mismo había visto dos horas antes.

»¿Quién se había bebido aquel agua? Yo, sin duda, y sin embargo estaba seguro, absolutamente seguro, de no haber hecho ningún movimiento en mi sueño profundo y doloroso.

»Recurrí entonces a ardides para convencerme de que no era yo quien cometía aquellos actos inconscientes. Una noche puse junto a la jarra una botella

de viejo burdeos, una taza de leche por la que siento horror, y pastas de chocolate que adoro.

»El vino y las pastas permanecieron intactos. La leche y el agua desaparecieron. Entonces cambié todas las noches las bebidas y los alimentos. Nunca tocó nadie las cosas sólidas, compactas, y nunca bebió nadie, en materia de líquidos, otra cosa que leche fresca y agua sobre todo.

»Pero en mi alma seguía aquella duda punzante. ¿Era yo quien se levantaba sin tener conciencia de ello y quien bebía incluso las cosas odiadas, porque mis sentidos abotargados por el sueño sonambúlico podían modificarse, haber perdido sus repugnancias ordinarias y adquirido gustos diferentes?

»Me serví entonces de un nuevo ardid contra mí mismo. Envolví todos los objetos que inevitablemente había que tocar con vendas de muselina blanca y las recubrí además con una servilleta de batista.

»Luego, en el momento de meterme en la cama, me embadurné las manos, los labios y el bigote con mina de plomo.

»Al despertar todos los objetos seguían inmaculados aunque los habían tocado, porque la servilleta no estaba colocada como yo la había dejado; además, se habían bebido el agua y la leche. Mi puerta cerrada con una llave de seguridad y mis persianas cerradas con candado por prudencia no habían podido dejar entrar a nadie.

»Me planteé entonces esta temible pregunta. ¿Quién estaba allí, todas las noches, a mi lado?

»Me doy cuenta, señores, de que estoy relatándoles todo esto demasiado deprisa. Sonríen ustedes, ya tienen formada su opinión: “Es un loco.” Hubiera debido describirles de modo más amplio la emoción de un hombre que, encerrado en su cuarto, y de mente sana, mira, a través del cristal de una jarra, un poco de agua que ha desaparecido mientras él dormía. Hubiera debido hacerles comprender la renovada tortura de cada noche y cada mañana, y ese sueño invencible, y ese despertar más espantoso todavía.

»Pero sigo.

»De pronto, el milagro cesó. Nadie tocaba ya nada en mi cuarto. Se había acabado. Además, empecé a mejorar. Volvió a mí la alegría al saber que uno de mis vecinos, el señor Legite, se hallaba exactamente en el estado en que yo mismo me había encontrado. De nuevo creí en una influencia febril en la región. Mi cochero me había abandonado hacía un mes, muy enfermo.

»Había pasado el invierno, empezaba la primavera. Pero una mañana, cuando paseaba junto a mi parterre de rosales, vi, vi con toda claridad, a mi lado, el tallo de una de las rosas más bellas romperse como si una mano invisible lo hubiera cortado; la flor siguió luego la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y quedó suspendida en el aire transparente, completamente sola, inmóvil, terrible, a tres pasos de mis ojos.

»Dominado por un espanto loco, me arrojé sobre ella para cogerla. No encontré nada. Había desaparecido. Entonces me vi dominado por una ira

furiosa contra mí mismo. ¡No le está permitido a un hombre razonable y serio tener alucinaciones semejantes!

»Pero ¿era una alucinación? Busqué el tallo. Lo encontré inmediatamente sobre el arbusto, recién cortado, entre otras dos rosas que seguían en la rama; porque eran tres, que yo había visto perfectamente.

»Entonces volví a casa con el alma turbada. Escúchenme, señores, estoy tranquilo; yo no creía en lo sobrenatural, incluso hoy sigo sin creer; pero a partir de ese momento estuve seguro, seguro como del día y de la noche, de que a mi lado existía un ser invisible que me había acosado primero, luego me había abandonado y ahora volvía.

»Tuve prueba de ello algo más tarde.

»En primer lugar, todos los días estallaban entre mis criados disputas furiosas por mil causas fútiles en apariencia, pero desde entonces cargadas de sentido para mí.

»Un jarrón, un hermoso jarrón de Venecia se rompió solo, en pleno día, sobre el aparador del comedor.

»El ayuda de cámara acusó a la cocinera, que acusó a la costurera, que acusó a no sé quién.

»Puertas cerradas por la noche aparecían abiertas por la mañana. Todas las noches robaban leche en la despensa. ¡Ah!

»¿Quién era? ¿De qué naturaleza? Una curiosidad exasperada, mezclada a la cólera y al espanto, me mantenía noche y día en un estado de extrema agitación.

»Pero la casa volvió a quedar tranquila una vez más; y de nuevo creía que se trataba de sueños cuando ocurrió lo siguiente:

»Eran las nueve de la noche del 20 de julio. Hacía mucho calor; había dejado mi ventana abierta de par en par, mi lámpara estaba encendida encima de la mesa, alumbrando un volumen de Musset abierto por «La noche de mayo»; y yo me había echado en un gran sillón donde me dormí.

»Cuando llevaba unos cuarenta minutos dormido, volví a abrir los ojos, sin hacer movimiento alguno, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada, y luego, de golpe, me pareció que una página del libro acababa de volverse completamente sola. Ningún soplo de brisa había entrado por la ventana. Me quedé pasmado; y me puse a esperar. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, sí, vi, vi, señores, con mis propios ojos, cómo otra página se levantaba y volvía a caer sobre la anterior como si un dedo la hubiera pasado. Mi sillón parecía vacío, ¡pero comprendí que él estaba allí, él! Crucé el cuarto de un salto para cogerle, para tocarle, para agarrarle, si es que era posible. Pero antes de llegar hasta el sillón, cayó por los suelos como si alguien huyese delante de mí; también cayó mi lámpara, que, roto el cristal, se apagó; y la ventana, bruscamente empujada como si un malhechor la hubiese agarrado en su huida, fue a golpear contra su tope... ¡Ah!

»Me lancé sobre la campanilla y llamé. Cuando apareció mi ayuda de cámara, le dije:

»—He tirado todo y lo he roto todo. Traiga luz.

»No volví a dormirme esa noche. Y sin embargo, podía haber sido juguete de una ilusión. Cuando despiertan, los sentidos permanecen turbados. ¿No había sido yo el que había derribado el sillón y la lámpara al precipitarme como un loco?

»¡No, no había sido yo! Lo sabía sin ningún género de dudas. Y sin embargo quería creerlo.

»Esperen. ¡El Ser! ¿Cómo lo nombraría? ¡El Invisible! No, eso no basta. Le he bautizado el Horla. ¿Por qué? No lo sé. Así pues, el Horla apenas me abandonaba a partir de ese momento. Día y noche yo tenía la sensación, la certidumbre de la presencia de aquel inasequible vecino, y también la certidumbre de que él se llevaba mi vida, hora a hora, minuto a minuto.

»La imposibilidad de verle me exasperaba, y por eso encendía todas las luces de mi piso como si, en esa claridad, pudiera descubrirlo.

»Por fin, le vi.

»Ustedes no me creen. Sin embargo, le vi.

»Estaba yo sentado delante de un libro cualquiera, sin leer, al acecho, con todos mis órganos sobreexcitados, acechando a quien sentía cerca de mí. Desde luego estaba allí. Pero ¿dónde? ¿Qué hacía? ¿Cómo alcanzarle?

»Delante de mí tenía yo la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha la chimenea. A la izquierda, la puerta, que había cerrado cuidadosamente. A mi espalda, un gran armario de espejo, que me servía cada día para afeitarme y vestirme, y en el que solía mirarme de la cabeza a los pies cada vez que pasaba por delante.

»Así pues, fingía estar leyendo; para engañarle, porque también él me espiaba; y de pronto sentí, estuve seguro de que leía por encima de mi hombro, que estaba allí, rozándome la oreja.

»Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Y... allí se veía como en pleno día... ¡y no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Mi imagen no estaba dentro... Y yo me encontraba enfrente... ¡Delante de mí tenía el gran cristal límpido de arriba abajo! Y yo miraba aquello con ojos enloquecidos, sin atreverme a seguir avanzando, comprendiendo que entre nosotros se encontraba él, y que volvería a escapárseme, pero que su cuerpo imperceptible estaba absorbido por mi reflejo.

»¡Qué miedo pasé! Luego, de pronto, empecé a vislumbrarme en medio de una bruma, en el fondo del espejo, en una bruma como a través de una capa de agua; y me parecía que esa agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviendo más nítida mi imagen segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no parecía poseer contornos netamente definidos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

»Al fin pude distinguirme por completo, tal y como me veo cada día al mirarme.

»Le había visto. Me quedó un espanto que todavía me hace estremecerme.

»Al día siguiente vine aquí, donde rogué que me retuviesen. caballeros, concluyo.

»El doctor Marrande, después de haber dudado mucho tiempo, se decidió a viajar, él solo, a mi tierra.

»En la actualidad, tres de mis vecinos están atacados por la misma enfermedad que yo. ¿No es verdad?»

El médico respondió: «¡Verdad!»

—Usted les aconsejó que dejaran agua y leche todas las noches en su cuarto para ver si esos líquidos desaparecían. Y han desaparecido. ¿No han desaparecido esos líquidos igual que en mi casa?

El médico respondió con solemne gravedad:

—¡Han desaparecido!

—¡Así pues, caballeros, un Ser, un Ser nuevo, que sin duda no tardará en multiplicarse como nosotros nos hemos multiplicado, acaba de aparecer sobre la tierra!

»¡Ah! ¿Sonríen ustedes? ¿Por qué? Porque ese Ser sigue siendo invisible. Pero nuestro ojo, señores, es un órgano tan elemental que apenas puede distinguir otra cosa que lo indispensable para nuestra existencia. Lo que es demasiado pequeño se le escapa, lo que es demasiado grande se le escapa, lo que está demasiado lejos se le escapa. Ignora los millares de pequeños animalillos que viven en una gota de agua. Desconoce los habitantes, las plantas y el suelo de las estrellas vecinas; ni siquiera ve lo transparente.

»Coloquen delante de nuestros ojos un espejo falto de un azogue perfecto, no lo distinguirá y ellos mismos nos lanzarán contra él, como el pájaro enjaulado en una casa, que se rompe la cabeza contra los cristales. Por lo tanto, no ve los cuerpos sólidos y transparentes que, sin embargo, existen, no ve el aire de que nos alimentamos, no ve el viento que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba hombres, abate edificios, desarraiga árboles, alza el mar en montañas de agua que hacen desmoronarse acantilados de granito.

»¿Qué tiene de sorprendente que no vean un cuerpo nuevo, al que sin duda le falta la única propiedad de detener los rayos luminosos?

»¿Distinguen ustedes la electricidad? Y sin embargo existe.

»Ese ser, que yo he llamado el Horla, también existe.

»¿Quién es? Señores, ¡es el que la tierra espera después del hombre! El que viene a destronarnos, a someternos, a domarnos, y tal vez a alimentarse de nosotros igual que nosotros nos alimentamos de los bueyes y de los jabalíes.

»¡Se le presiente, se le teme y se le anuncia desde hace siglos! El miedo a lo Invisible siempre ha acosado a nuestros padres.

»Ha llegado.

»Todas las leyendas de hadas, de gnomos, de vagabundos del aire inasequibles y malhechores hablaban de él; de él, presentido por el hombre inquieto y ya estremecido.

»Y todo lo que ustedes mismos, caballeros, hacen desde hace algunos años, eso que ustedes llaman hipnotismo, sugestión y magnetismo... ¿es a él a quien ustedes anuncian, a quien ustedes profetizan!

»Yo les digo que ha llegado ya. Que merodea inquieto a su vez como los primeros hombres, ignorante todavía de su fuerza y su poder, que conocerá pronto, demasiado pronto.

»Y, para terminar, caballeros, he aquí un fragmento de periódico que ha caído por casualidad en mis manos y que procede de Río de Janeiro. Leo:

«Una especie de epidemia de locura parece causar estragos desde hace algún tiempo en la provincia de Sao Paulo. Los habitantes de varios pueblos han huido abandonando sus tierras y casas, y diciéndose perseguidos y devorados por vampiros invisibles que se alimentan de su aliento durante su sueño y que, además, no beben más que agua y algunas veces leche.»

»Y yo añado que pocos días antes del primer ataque de la enfermedad de que he estado a punto de morir, recuerdo perfectamente haber visto pasar un gran barco brasileño de tres palos con las banderas desplegadas... Ya les he dicho que mi casa estaba a orillas del agua... completamente blanca... No cabe duda de que él venía escondido en ese barco...

»No tengo nada más que decir, caballeros.»

El doctor Marrande se incorporó y susurró:

—Yo tampoco. No sé si este hombre está loco y si lo estamos los dos... o si... si nuestro sucesor ha llegado realmente...

EL HORLA

8 de mayo

¡Qué hermoso día! He pasado toda la mañana tendido sobre la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra. Adoro esta región, y me gusta vivir aquí porque he echado raíces aquí, esas raíces profundas y delicadas que unen al hombre con la tierra donde nacieron y murieron sus abuelos, esas raíces que lo unen a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a los modismos regionales, a la forma de hablar de sus habitantes, a los perfumes de la tierra, de las aldeas y del aire mismo.

Adoro la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre detrás del camino, a lo largo de mi jardín, casi dentro de mi casa, el grande y ancho Sena, cubierto de barcos, en el tramo entre Ruán y El Havre.

A lo lejos y a la izquierda, está Ruán, la vasta ciudad de techos azules, con sus numerosas y agudas torres góticas, delicadas o macizas, dominadas por la flecha de hierro de su catedral, y pobladas de campanas que tañen en el aire azul de las mañanas hermosas enviándome su suave y lejano murmullo de hierro, su canto de bronce que me llega con mayor o menor intensidad según que la brisa aumente o disminuya.

¡Qué hermosa mañana!

A eso de las once pasó frente a mi ventana un largo convoy de navíos arrastrados por un remolcador grande como una mosca, que jadeaba de fatiga lanzando por su chimenea un humo espeso.

Después, pasaron dos goletas inglesas, cuyas rojas banderas flameaban sobre el fondo del cielo, y un soberbio bergantín brasileño, blanco y admirablemente limpio y reluciente. Saludé su paso sin saber por qué, pues sentí placer al contemplarlo.

11 de mayo

Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste.

¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que trasforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas

me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón.

¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible! No podemos explorarlo con nuestros mediocres sentidos, con nuestros ojos que no pueden percibir lo muy grande ni lo muy pequeño, lo muy próximo ni lo muy lejano, los habitantes de una estrella ni los de una gota de agua. . . con nuestros oídos que nos engañan, trasformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como si fueran hadas que convierten milagrosamente en sonido ese movimiento, y que mediante esa metamorfosis hacen surgir la música que transforma en canto la muda agitación de la naturaleza... con nuestro olfato, más débil que el del perro... con nuestro sentido del gusto, que apenas puede distinguir la edad de un vino.

¡Cuántas cosas descubriríamos a nuestro alrededor si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros!

16 de mayo

Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo

Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.

25 de mayo

¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?... Hasta ahora nunca sentía temor por nada... abro mis

armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?... ¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero su llegada con espanto; mi corazón late intensamente y mis piernas se estremecen; todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada. Ya no siento llegar como antes a ese sueño péfido, oculto cerca de mí, que me acecha, se apodera de mi cabeza, me cierra los ojos y me aniquila.

Duelmo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme.

Trato de defenderme, impedido por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me asfixia, ¡pero no puedo!

Y de pronto, me despierto enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo.

Después de esa crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilamente hasta el amanecer.

2 de junio

Mi estado se ha agravado. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro y las duchas no me producen ningún efecto. Para fatigarme más, a pesar de que ya me sentía cansado, fui a dar un paseo por el bosque de Roumare. En un principio, me pareció que el aire suave, ligero y fresco, lleno de aromas de hierbas y hojas vertía una sangre nueva en mis venas y nuevas energías en mi corazón. Caminé por una gran avenida de caza y después por una estrecha alameda, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que formaban un techo verde y espeso, casi negro, entre el cielo y yo.

De pronto sentí un estremecimiento, no de frío sino un extraño temblor angustioso. Apresuré el paso, inquieto por hallarme solo en ese bosque, atemorizado sin razón por el profundo silencio. De improviso, me pareció que me seguían, que alguien marchaba detrás de mí, muy cerca, muy cerca, casi pisándome los talones.

Me volví hacia atrás con brusquedad. Estaba solo. Únicamente vi detrás de mí el resto y amplio sendero, vacío, alto, pavorosamente vacío; y del otro lado

se extendía también hasta perderse de vista de modo igualmente solitario y atemorizante.

Cerré los ojos, ¿por qué? Y me puse a girar sobre un pie como un trompo. Estuve a punto de caer; abrí los ojos: los árboles bailaban, la tierra flotaba, tuve que sentarme. Después ya no supe por dónde había llegado hasta allí. ¡Qué extraño! Ya no recordaba nada. Tomé hacia la derecha, y llegué a la avenida que me había llevado al centro del bosque.

3 de junio

He pasado una noche horrible. Voy a irme de aquí por algunas semanas. Un viaje breve sin duda me tranquilizará.

2 de julio

Regreso restablecido. El viaje ha sido delicioso. Visité el monte Saint-Michel que no conocía.

¡Qué hermosa visión se tiene al llegar a Avranches, como llegué yo al caer la tarde! La ciudad se halla sobre una colina. Cuando me llevaron al jardín botánico, situado en un extremo de la población, no pude evitar un grito de admiración. Una extensa bahía se extendía ante mis ojos hasta el horizonte, entre dos costas lejanas que se esfumaban en medio de la bruma, y en el centro de esa inmensa bahía, bajo un dorado cielo despejado, se elevaba un monte extraño, sombrío y puntiagudo en las arenas de la playa. El sol acababa de ocultarse, y en el horizonte aún rojizo se recortaba el perfil de ese fantástico acantilado que lleva en su cima un fantástico monumento.

Al amanecer me dirigí hacia allí. El mar estaba bajo como la tarde anterior y a medida que me acercaba veía elevarse gradualmente a la sorprendente abadía. Luego de varias horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedra en cuya cima se halla la pequeña población dominada por la gran iglesia. Después de subir por la calle estrecha y empinada, penetré en la más admirable morada gótica construida por Dios en la tierra, vasta como una ciudad, con numerosos recintos de techo bajo, como aplastados por bóvedas y galerías superiores sostenidas por frágiles columnas. Entré en esa gigantesca joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos torreones, a los cuales se sube por intrincadas escaleras, que destacan en el cielo azul del día y negro de la noche sus extrañas cúpulas erizadas de quimeras, diablos, animales fantásticos y flores monstruosas, unidas entre sí por finos arcos labrados.

Cuando llegué a la cumbre, dije al monje que me acompañaba:

—¡Qué bien se debe estar aquí, padre!

—Es un lugar muy ventoso, señor—me respondió. Y nos pusimos a conversar mientras mirábamos subir el mar, que avanzaba sobre la playa y parecía cubrirla con una coraza de acero.

El monje me refirió historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, muchas leyendas.

Una de ellas me impresionó mucho. Los nacidos en el monte aseguran que de noche se oyen voces en la playa y después se perciben los balidos de dos cabras, una de voz fuerte y la otra de voz débil. Los incrédulos afirman que son los graznidos de las aves marinas que se asemejan a balidos o a quejas humanas, pero los pescadores rezagados juran haber encontrado merodeando por las dunas, entre dos mareas y alrededor de la pequeña población tan alejada del mundo, a un viejo pastor cuya cabeza nunca pudieron ver por llevarla cubierta con su capa, y delante de él marchan un macho cabrío con rostro de hombre y una cabra con rostro de mujer; ambos tienen largos cabellos blancos y hablan sin cesar: discuten en una lengua desconocida, interrumpiéndose de pronto para balar con todas sus fuerzas.

—¿Cree usted en eso? —pregunté al monje.

—No sé —me contestó.

Yo proseguí:

—Si existieran en la tierra otros seres diferentes de nosotros, los conoceríamos desde hace mucho tiempo; ¿cómo es posible que no los hayamos visto usted ni yo?

—¿Acaso vemos—me respondió— la cienmilésima parte de lo que existe? Observe por ejemplo el viento, que es la fuerza más poderosa de la naturaleza; el viento, que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y que arroja contra ellos a las grandes naves, el viento que mata, silba, gime y ruge, ¿acaso lo ha visto alguna vez? ¿Acaso lo puede ver? Y sin embargo existe.

Ante este sencillo razonamiento opté por callarme. Este hombre podía ser un sabio o tal vez un tonto. No podía afirmarlo con certeza, pero me llamé a silencio. Con mucha frecuencia había pensado en lo que me dijo.

3 de julio

Dormí mal; evidentemente, hay una influencia febril, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Ayer, al regresar, observé su extraña palidez. Le pregunté:

—¿Qué tiene, Jean?

—Ya no puedo descansar; mis noches desgastan mis días. Desde la partida del señor parece que padezco una especie de hechizo.

Los demás criados están bien, pero temo que me vuelvan las crisis.

4 de julio

Decididamente, las crisis vuelven a empezar. Vuelvo a tener las mismas pesadillas. Anoche sentí que alguien se inclinaba sobre mí y con su boca sobre

la mía, bebía mi vida. Sí, la bebía con la misma avidez que una sanguijuela. Luego se incorporó saciado, y yo me desperté tan extenuado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si eso se prolonga durante algunos días volveré a ausentarme.

5 de julio

¿He perdido la razón? Lo que pasó, lo que vi anoche, ¡es tan extraño que cuando pienso en ello pierdo la cabeza!

Había cerrado la puerta con llave, como todas las noches, y luego sentí sed, bebí medio vaso de agua y observé distraídamente que la botella estaba llena.

Me acosté en seguida y caí en uno de mis espantosos sueños del cual pude salir cerca de dos horas después con una sacudida más horrible aún. Imagínense ustedes un hombre que es asesinado mientras duerme, que despierta con un cuchillo clavado en el pecho, jadeante y cubierto de sangre, que no puede respirar y que muere sin comprender lo que ha sucedido.

Después de recobrar la razón, sentí nuevamente sed; encendí una bujía y me dirigí hacia la mesa donde había dejado la botella. La levanté inclinándola sobre el vaso, pero no había una gota de agua. Estaba vacía, ¡completamente vacía! Al principio no comprendí nada, pero de pronto sentí una emoción tan atroz que tuve que sentarme o, mejor dicho, me desplomé sobre una silla. Luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor. Después volví a sentarme delante del cristal transparente, lleno de asombro y terror. Lo observaba con la mirada fija, tratando de imaginarme lo que había pasado. Mis manos temblaban. ¿Quién se había bebido el agua? Yo, yo sin duda. ¿Quién podía haber sido sino yo? Entonces... yo era sonámbulo, y vivía sin saberlo esa doble vida misteriosa que nos hace pensar que hay en nosotros dos seres, o que a veces un ser extraño, desconocido e invisible anima, mientras dormimos, nuestro cuerpo cautivo que le obedece como a nosotros y más que a nosotros.

¡Ah! ¿Quién podrá comprender mi abominable angustia? ¿Quién podrá comprender la emoción de un hombre mentalmente sano, perfectamente despierto y en uso de razón al contemplar espantado una botella que se ha vaciado mientras dormía? Y así permanecí hasta el amanecer sin atreverme a volver a la cama.

6 de julio

Pierdo la razón. ¡Anoche también bebieron el agua de la botella, o tal vez la bebí yo!

10 de julio

Acabo de hacer sorprendentes comprobaciones. ¡Decididamente estoy loco! Y sin embargo...

El 6 de julio, antes de acostarme puse sobre la mesa vino, leche, agua, pan y fresas. Han bebido —o he bebido— toda el agua y un poco de leche. No han tocado el vino, ni el pan ni las fresas.

El 7 de julio he repetido la prueba con idénticos resultados.

El 8 de julio suprimí el agua y la leche, y no han tocado nada.

Por último, el 9 de julio puse sobre la mesa solamente el agua y la leche, teniendo especial cuidado de envolver las botellas con lienzos de muselina blanca y de atar los tapones. Luego me froté con grafito los labios, la barba y las manos y me acosté.

Un sueño irresistible se apoderó de mí, seguido poco después por el atroz despertar. No me había movido; ni siquiera mis sábanas estaban manchadas. Corrí hacia la mesa. Los lienzos que envolvían las botellas seguían limpios e inmaculados. Desaté los tapones, palpitante de emoción . ¡ Se habían bebido toda el agua y toda la leche! ¡Ah! ¡Dios mío!...

Partiré inmediatamente hacia París.

12 de julio

París. Estos últimos días había perdido la cabeza. Tal vez he sido juguete de mi enervada imaginación, salvo que yo sea realmente sonámbulo o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero hasta ahora inexplicables, que se llaman sugestiones. De todos modos, mi extravío rayaba en la demencia, y han bastado veinticuatro horas en París para recobrar la cordura. Ayer, después de paseos y visitas, que me han renovado y vivificado el alma, terminé el día en el Théâtre-Francais. Representábase una pieza de Alejandro Dumas hijo. Este autor vivaz y pujante ha terminado de curarme. Es evidente que la soledad resulta peligrosa para las mentes que piensan demasiado. Necesitamos ver a nuestro alrededor a hombres que piensen y hablen. Cuando permanecemos solos durante mucho tiempo, poblamos de fantasmas el vacío.

Regresé muy contento al hotel, caminando por el centro. Al codearme con la multitud, pensé, no sin ironía, en mis terrores y suposiciones de la semana pasada, pues creí, sí, creí que un ser invisible vivía bajo mi techo. Cuán débil es nuestra razón y cuán rápidamente se extravía cuando nos estremece un hecho incomprensible.

En lugar de concluir con estas simples palabras: “Yo no comprendo porque no puedo explicarme las causas”, nos imaginamos en seguida impresionantes misterios y poderes sobrenaturales.

14 de julio

Fiesta de la República. He paseado por las calles. Los cohetes y banderas me divirtieron como a un niño. Sin embargo, me parece una tontería ponerse contento un día determinado por decreto del gobierno. El pueblo es un rebaño de imbéciles, a veces tonto y paciente, y otras, feroz y rebelde. Se le dice: “Diviértete”. Y se divierte. Se le dice: “Ve a combatir con tu vecino”. Y va a combatir. Se le dice: “Vota por el emperador”. Y vota por el emperador. Después: “Vota por la República”. Y vota por la República.

Los que lo dirigen son igualmente tontos, pero en lugar de obedecer a hombres se atienen a principios, que por lo mismo que son principios sólo pueden ser necios, estériles y falsos, es decir, ideas consideradas ciertas e inmutables, tan luego en este mundo donde nada es seguro y donde la luz y el sonido son ilusorios.

16 de julio

Ayer he visto cosas que me preocuparon mucho. Cené en casa de mi prima, la señora Sablé, casada con el jefe del regimiento 76 de cazadores de Limoges. Conocí allí a dos señoras jóvenes, casada una de ellas con el doctor Parent que se dedica intensamente al estudio de las enfermedades nerviosas y de los fenómenos extraordinarios que hoy dan origen a las experiencias sobre hipnotismo y sugestión.

Nos refirió detalladamente los prodigiosos resultados obtenidos por los sabios ingleses y por los médicos de la escuela de Nancy. Los hechos que expuso me parecieron tan extraños que manifesté mi incredulidad.

—Estamos a punto de descubrir uno de los más importantes secretos de la naturaleza —decía el doctor Parent—, es decir, uno de sus más importantes secretos aquí en la tierra, puesto que hay evidentemente otros secretos importantes en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que aprendió a expresar y a escribir su pensamiento, se siente tocado por un misterio impenetrable para sus sentidos groseros e imperfectos, y trata de suplir la impotencia de dichos sentidos mediante el esfuerzo de su inteligencia. Cuando la inteligencia permanecía aún en un estado rudimentario, la obsesión de los fenómenos invisibles adquiría formas comúnmente terroríficas. De ahí las creencias populares en lo sobrenatural. Las leyendas de las almas en pena, las hadas, los gnomos y los aparecidos; me atrevería a mencionar incluso la leyenda de Dios, pues nuestras concepciones del artífice creador de cualquier religión son las invenciones más mediocres, estúpidas e inaceptables que pueden salir de la mente atemorizada de los hombres. Nada es más cierto que este pensamiento de Voltaire: “Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza pero el hombre también ha procedido así con él.

“Pero desde hace algo más de un siglo, parece percibirse algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos señalan un nuevo camino y, efectivamente, sobre

todo desde hace cuatro o cinco años, se han obtenido sorprendentes resultados.”

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent le dijo:

—¿Quiere que la hipnotice, señora?

—Sí; me parece bien.

Ella se sentó en un sillón y él comenzó a mirarla fijamente. De improviso, me dominó la turbación, mi corazón latía con fuerza y sentía una opresión en la garganta. Veía cerrarse pesadamente los ojos de la señora Sablé, y su boca se crispaba y parecía jadear.

Al cabo de diez minutos dormía.

—Póngase detrás de ella —me dijo el médico.

Obedecí su indicación, y él colocó en las manos de mi prima una tarjeta de visita al tiempo que le decía: “Esto es un espejo; ¿qué ve en él?”

—Veo a mi primo —respondió.

—¿Qué hace?

—Se atusa el bigote.

—¿Y ahora?

—Saca una fotografía del bolsillo.

—¿Quién aparece en la fotografía?

—Él, mi primo.

¡Era cierto! Esa misma tarde me habían entregado esa fotografía en el hotel.

—¿Cómo aparece en ese retrato?

—Se halla de pie, con el sombrero en la mano. Evidentemente, veía en esa tarjeta de cartulina lo que hubiera visto en un espejo.

Las damas decían espantadas: “¡Basta! ¡Basta, por favor!”

Pero el médico ordenó: “Usted se levantará mañana a las ocho; luego irá a ver a su primo al hotel donde se aloja, y le pedirá que le preste los cinco mil francos que le pide su esposo y que le reclamará cuando regrese de su próximo viaje”. Luego la despertó.

Mientras regresaba al hotel pensé en esa curiosa sesión y me asaltaron dudas, no sobre la insospechable, la total buena fe de mi prima a quien conocía desde la infancia como a una hermana, sino sobre la seriedad del médico. ¿No escondería en su mano un espejo que mostraba a la joven dormida, al mismo tiempo que la tarjeta?

Los prestidigitadores profesionales hacen cosas semejantes.

No bien regresé me acosté.

Pero a las ocho y media de la mañana me despertó mi mucamo y me dijo:

—La señora Sablé quiere hablar inmediatamente con el señor.

Me vestí de prisa y la hice pasar.

Sentóse muy turbada y me dijo sin levantar la mirada ni quitarse el velo:

—Querido primo, tengo que pedirle un gran favor.

—¿De qué se trata, prima?

—Me cuesta mucho decirlo, pero no tengo más remedio. Necesito urgentemente cinco mil francos.

—Pero cómo, ¿tan luego usted?

—Sí, yo, o mejor dicho mi esposo, que me ha encargado conseguirlos.

Me quedé tan asombrado que apenas podía balbucear mis respuestas. Pensaba que ella y el doctor Parent se estaba burlando de mí, y que eso podía ser una mera farsa preparada de antemano y representada a la perfección.

Pero todas mis dudas se disiparon cuando la observé con atención. Temblaba de angustia. Evidentemente esta gestión le resultaba muy penosa y advertí que apenas podía reprimir el llanto.

Sabía que era muy rica y le dije:

—¿Cómo es posible que su esposo no disponga de cinco mil francos? Reflexione. ¿Está segura de que le ha encargado pedírmelos a mí?

Vaciló durante algunos segundos como si le costara mucho recordar, y luego respondió:

—Sí... sí... estoy segura.

—¿Le ha escrito?

Vaciló otra vez y volvió a pensar. Advertí el penoso esfuerzo de su mente. No sabía. Sólo recordaba que debía pedirme ese préstamo para su esposo. Por consiguiente, se decidió a mentir.

—Sí, me escribió.

—¿Cuándo? Ayer no me dijo nada.

—Recibí su carta esta mañana.

—¿Puede enseñármela?

—No, no... contenía cosas íntimas... demasiado personales... y la he... la he quemado.

—Así que su marido tiene deudas.

Vaciló una vez más y luego murmuró:

—No lo sé.

Bruscamente le dije:

—Pero en este momento, querida prima, no dispongo de cinco mil francos.

Dio una especie de grito de desesperación:

—¡Ay! ¡Por favor! Se lo ruego! Trate de conseguirlos...

Exaltada, unía sus manos como si se tratara de un ruego. Su voz cambió de tono; lloraba murmurando cosas ininteligibles, molesta y dominada por la orden irresistible que había recibido.

—¡Ay! Le suplico... si supiera cómo sufro... los necesito para hoy. Sentí piedad por ella.

—Los tendrá de cualquier manera. Se lo prometo.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! ¡Qué bondadoso es usted!

—¿Recuerda lo que pasó anoche en su casa?—le pregunté entonces.

—Sí.

—¿Recuerda que el doctor Parent la hipnotizó?

—Sí..

—Pues bien, fue él quien le ordenó venir esta mañana a pedirme cinco mil francos, y en este momento usted obedece a su sugerencia.

Reflexionó durante algunos instantes y luego respondió:

—Pero es mi esposo quien me los pide. Durante una hora traté infructuosamente de convencerla. Cuando se fue, corrí a casa del doctor Parent. Me dijo:

—¿Se ha convencido ahora?

—Sí, no hay más remedio que creer.

—Vamos a ver a su prima.

Cuando llegamos dormitaba en un sofá, rendida por el cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró durante algún tiempo con una mano extendida hacia sus ojos que la joven cerró debido al influjo irresistible del poder magnético.

Cuando se durmió, el doctor Parent le dijo:

—¡Su esposo no necesita los cinco mil francos! Por lo tanto, usted debe olvidar que ha rogado a su primo para que se los preste, y si le habla de eso, usted no comprenderá.

Luego le despertó. Entonces saqué mi billetera.

—Aquí tiene, querida prima. Lo que me pidió esta mañana.

Se mostró tan sorprendida que no me atreví a insistir. Traté, sin embargo, de refrescar su memoria, pero negó todo enfáticamente, creyendo que me burlaba, y poco faltó para que se enojase.

.....

Acabo de regresar. La experiencia me ha impresionado tanto que no he podido almorzar.

19 de julio

Muchas personas a quienes he referido esta aventura se han reído de mí. Ya no sé qué pensar. El sabio dijo: “Quizá”.

21 de julio

Cené en Bougival y después estuve en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende del lugar y del medio. Creer en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo del desatino... pero ¿no es así en la cima del monte Saint-Michel, y en la India? Sufrimos la influencia de lo que nos rodea. Regresaré a casa la semana próxima.

30 de julio

Ayer he regresado a casa. Todo está bien.

2 de agosto

No hay novedades. Hace un tiempo espléndido. Paso los días mirando correr el Sena.

4 de agosto

Hay problemas entre mis criados. Aseguran que alguien rompe los vasos en los armarios por la noche. El mucamo acusa a la cocinera y ésta a la lavandera quien a su vez acusa a los dos primeros. ¿Quién es el culpable? El tiempo lo dirá.

6 de agosto

Esta vez no estoy loco. Lo he visto... ¡lo he visto! Ya no tengo la menor duda... ¡lo he visto! Aún siento frío hasta en las uñas... el miedo me penetra hasta la médula... ¡Lo he visto!...

A las dos de la tarde me paseaba a pleno sol por mi rosal; caminaba por el sendero de rosales de otoño que comienzan a florecer.

Me detuve a observar un hermoso ejemplar de géant des batailles, que tenía tres flores magníficas, y vi entonces con toda claridad cerca de mí que el tallo de una de las rosas se doblaba como movido por una mano invisible: ¡luego, vi que se quebraba como si la misma mano lo cortase! Luego la flor se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca y permaneció suspendida en el aire transparente, muy sola e inmóvil, como una pavorosa mancha a tres pasos de mí.

Azorado, me arrojé sobre ella para tomarla. Pero no pude hacerlo: había desaparecido. Sentí entonces rabia contra mí mismo, pues no es posible que una persona razonable tenga semejantes alucinaciones.

Pero, ¿tratábase realmente de una alucinación? Volví hacia el rosal para buscar el tallo cortado e inmediatamente lo encontré, recién cortado, entre las dos rosas que permanecían en la rama. Regresé entonces a casa con la mente alterada; en efecto, ahora estoy convencido, seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y cambiarlas de lugar; dotado, por consiguiente, de un cuerpo material aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita en mi casa como yo...

7 de agosto

Dormí tranquilamente. Se ha bebido el agua de la botella pero no perturbó mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Cuando a veces me paseo a pleno sol, a lo largo de la costa, he dudado de mi razón; no son ya dudas inciertas como las que he tenido hasta ahora, sino dudas precisas, absolutas. He visto locos. He conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos y sagaces en todas las cosas de la vida menos en un punto. Hablaban de todo con claridad, facilidad y profundidad, pero de pronto su pensamiento chocaba contra el escollo de la locura y se hacía pedazos, volaba en fragmentos y se hundía en ese océano siniestro y furioso, lleno de olas fragorosas, brumosas y borrascosas que se llama “demencia”.

Ciertamente, estaría convencido de mi locura, si no tuviera perfecta conciencia de mi estado, al examinarlo con toda lucidez. En suma, yo sólo sería un alucinado que razona. Se habría producido en mi mente uno de esos trastornos que hoy tratan de estudiar y precisar los fisiólogos modernos, y dicho trastorno habría provocado en mí una profunda ruptura en lo referente al orden y a la lógica de las ideas. Fenómenos semejantes se producen en el sueño, que nos muestra las fantasmagorías más inverosímiles sin que ello nos sorprenda, porque mientras duerme el aparato verificador, el sentido del control, la facultad imaginativa vigila y trabaja. ¿Acaso ha dejado de funcionar en mí una de las imperceptibles teclas del teclado cerebral? Hay hombres que a raíz de accidentes pierden la memoria de los nombres propios, de las cifras o solamente de las fechas. Hoy se ha comprobado la localización de todas las partes del pensamiento. No puede sorprender entonces que en este momento se haya disminuido mi facultad de controlar la irrealidad de ciertas alucinaciones.

Pensaba en todo ello mientras caminaba por la orilla del río. El sol iluminaba el agua, sus rayos embellecían la tierra y llenaban mis ojos de amor por la vida, por las golondrinas cuya agilidad constituye para mí un motivo de alegría, por las hierbas de la orilla cuyo estremecimiento es un placer para mis oídos.

Sin embargo, paulatinamente me invadía un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza desconocida me detenía, me paralizaba, impidiéndome avanzar, y que trataba de hacerme volver atrás. Sentí ese doloroso deseo de volver que nos oprime cuando hemos dejado en nuestra casa a un enfermo querido y presentimos una agravación del mal.

Regresé entonces, a pesar mío, convencido de que encontraría en casa una mala noticia, una carta o un telegrama. Nada de eso había, y me quedé más sorprendido e inquieto aún que si hubiese tenido una nueva visión fantástica.

8 de agosto

Pasé una noche horrible. Él no ha aparecido más, pero lo siento cerca de mí. Me espía, me mira, se introduce en mí y me domina. Así me resulta más

temible, pues al ocultarse de este modo parece manifestar su presencia invisible y constante mediante fenómenos sobrenaturales.

Sin embargo he podido dormir.

9 de agosto

Nada ha sucedido. pero tengo miedo.

10 de agosto

Nada: ¿qué sucederá mañana?

11 de agosto

Nada, siempre nada; no puedo quedarme aquí con este miedo y estos pensamientos que dominan mi mente; me voy.

12 de agosto, 10 de la noche

Durante todo el día he tratado de partir, pero no he podido. He intentado realizar ese acto tan fácil y sencillo—salir, subir en mi coche para dirigirme a Ruán— y no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto

Cuando nos atacan ciertas enfermedades nuestros mecanismos físicos parecen fallar. Sentimos que nos faltan las energías y que todos nuestros músculos se relajan; los huesos parecen tan blandos como la carne y la carne tan líquida como el agua. Todo eso repercute en mi espíritu de manera extraña y desoladora. Carezco de fuerzas y de valor; no puedo dominarme y ni siquiera puedo hacer intervenir mi voluntad. Ya no tengo iniciativa; pero alguien lo hace por mí, y yo obedezco.

14 de agosto

¡Estoy perdido! ¡Alguien domina mi alma y la dirige! Alguien ordena todos mis actos, mis movimientos y mis pensamientos. Ya no soy nada en mí; no soy más que un espectador prisionero y aterrorizado por todas las cosas que realizo. Quiero salir y no puedo. Él no quiere y tengo que quedarme, azorado y tembloroso, en el sillón donde me obliga a sentarme. Sólo deseo levantarme, incorporarme para sentirme todavía dueño de mí. ¡Pero no puedo! Estoy clavado en mi asiento, y mi sillón se adhiere al suelo de tal modo que no habría fuerza capaz de movernos.

De pronto, siento la irresistible necesidad de ir al huerto a cortar fresas y comerlas. Y voy. Corto fresas y las como. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será acaso un Dios? Si lo es, ¡salvadme! ¡Libradme! ¡Socorredme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Salvadme! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué suplicio! ¡Qué horror!

15 de agosto

Evidentemente, así estaba poseída y dominada mi prima cuando fue a pedirme cinco mil francos. Obedecía a un poder extraño que había penetrado en ella como otra alma, como un alma parásita y dominadora. ¿Es acaso el fin del mundo? Pero, ¿quién es el ser invisible que me domina? ¿Quién es ese desconocido, ese merodeador de una raza sobrenatural?

Por consiguiente, ¡los invisibles existen! ¿Pero cómo es posible que aún no se hayan manifestado desde el origen del mundo en una forma tan evidente como se manifiestan en mí? Nunca leí nada que se asemejara a lo que ha sucedido en mi casa. Si pudiera abandonarla, irme, huir y no regresar más, me salvaría, pero no puedo.

16 de agosto

Hoy pude escaparme durante dos horas, como un preso que encuentra casualmente abierta la puerta de su calabozo. De pronto, sentí que yo estaba libre y que él se hallaba lejos. Ordené uncir los caballos rápidamente y me dirigí a Ruán. Qué alegría poder decirle a un hombre que obedece: “¡Vamos a Ruán!”

Hice detener la marcha frente a la biblioteca donde solicité en préstamo el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Después, cuando me disponía a subir a mi coche, quise decir: “¡A la estación!” y grité —no dije, grité— con una voz tan fuerte que llamó la atención de los transeúntes: “A casa”, y caí pesadamente, loco de angustia, en el asiento. Él me había encontrado y volvía a posesionarse de mí.

17 de agosto

¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo me parece que debería alegrarme. Leí hasta la una de la madrugada. Hermann Herestauss, doctor en filosofía y en teogonía, ha escrito la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean alrededor del hombre o han sido soñados por él. Describe sus orígenes, sus dominios y sus poderes. Pero ninguno de ellos se parece al que me domina. Se diría que el hombre, desde que pudo pensar, presintió y temió la presencia de un ser nuevo más fuerte que él —su sucesor en el mundo— y que como no pudo prever la naturaleza de este amo, creó, en medio de su terror, todo ese mundo fantástico de seres ocultos y de fantasmas

misteriosos surgidos del miedo. Después de leer hasta la una de la madrugada, me senté junto a mi ventana abierta para refrescarme la cabeza y el pensamiento con la apacible brisa de la noche.

Era una noche hermosa y tibia, que en otra ocasión me hubiera gustado mucho.

No había luna. Las estrellas brillaban en las profundidades del cielo con estremecedores destellos.

¿Quién vive en aquellos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivientes, animales o plantas, existirán allí? Los seres pensantes de esos universos, ¿serán más sabios y más poderosos que nosotros? ¿Conocerán lo que nosotros ignoramos? Tal vez cualquiera de estos días uno de ellos atravesará el espacio y llegará a la tierra para conquistarla, así como antiguamente los normandos sometían a los pueblos más débiles.

Somos tan indefensos, inermes, ignorantes y pequeños, sobre este trozo de lodo que gira disuelto en una gota de agua.

Pensando en eso, me adormecí en medio del fresco viento de la noche.

Pero después de dormir unos cuarenta minutos, abrí los ojos sin hacer un movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. En un principio no vi nada, pero de pronto me pareció que una de las páginas del libro que había dejado abierto sobre la mesa acababa de darse vuelta sola. No entraba ninguna corriente de aire por la ventana. Esperé, sorprendido. Al cabo de cuatro minutos, vi, sí, vi con mis propios ojos, que una nueva página se levantaba y caía sobre la otra, como movida por un dedo. Mi sillón estaba vacío, aparentemente estaba vacío, pero comprendí que él estaba leyendo allí, sentado en mi lugar. ¡Con un furioso salto, un salto de fiera irritada que se rebela contra el domador, atravesé la habitación para atraparlo, estrangularlo y matarlo! Pero antes de que llegara, el sillón cayó delante de mí como si él hubiera huido... la mesa osciló, la lámpara rodó por el suelo y se apagó, y la ventana se cerró como si un malhechor sorprendido hubiese escapado por la oscuridad, tomando con ambas manos los batientes.

Había escapado; había sentido miedo, ¡miedo de mí!

Entonces, mañana... pasado mañana o cualquier a de estos... podré tenerlo bajo mis puños y aplastarlo contra el suelo. ¿Acaso a veces los perros no muerden y degüellan a sus amos?

18 de agosto

He pensado durante todo el día. ¡Oh!, sí, voy a obedecerle, seguiré sus impulsos, cumpliré sus deseos, seré humilde, sumiso y cobarde. Él es más fuerte. Hasta que llegue el momento...

19 de agosto

¡Ya sé... ya sé todo! Acabo de leer lo que sigue en la Revista del Mundo Científico: “Nos llega una noticia muy curiosa de Río de Janeiro. Una epidemia de locura, comparable a las demencias contagiosas que asolaron a los pueblos europeos en la Edad Media, se ha producido en el Estado de San Pablo. Los habitantes despavoridos abandonan sus casas y huyen de los pueblos, dejan sus cultivos, creyéndose poseídos y dominados, como un rebaño humano, por seres invisibles aunque tangibles, por especies de vampiros que se alimentan de sus vidas mientras los habitantes duermen, y que además beben agua y leche sin apetecerles aparentemente ningún otro alimento.

“El profesor don Pedro Henríquez, en compañía de varios médicos eminentes, ha partido para el Estado de San Pablo, a fin de estudiar sobre el terreno el origen y las manifestaciones de esta sorprendente locura, y poder aconsejar al Emperador las medidas que juzgue convenientes para apaciguar a los delirantes pobladores.”

¡Ah! ¡Ahora recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó frente a mis ventanas remontando el Sena, el 8 de mayo último! Me pareció tan hermoso, blanco y alegre. Allí estaba él que venía de lejos, ¡del lugar de donde es originaria su raza! ¡Y me vio! Vio también mi blanca vivienda, y saltó del navío a la costa. ¡Oh Dios mío!

Ahora ya lo sé y lo presiento: el reinado del hombre ha terminado.

Ha venido aquel que inspiró los primeros terrores de los pueblos primitivos. Aquel que exorcizaban los sacerdotes inquietos y que invocaban los brujos en las noches oscuras, aunque sin verlo todavía. Aquel a quien los presentimientos de los transitorios dueños del mundo adjudicaban formas monstruosas o graciosas de gnomos, espíritus, genios, hadas y duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, hombres más perspicaces han sentido con mayor claridad. Mesmer lo sospechaba, y hace ya diez años que los médicos han descubierto la naturaleza de su poder de manera precisa, antes de que él mismo pudiera ejercerlo. Han jugado con el arma del nuevo Señor, con una facultad misteriosa sobre el alma humana. La han denominado magnetismo, hipnotismo, sugestión... ¡qué sé yo! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este terrible poder! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado el... el... ¿cómo se llama?... el ... parece que me gritara su nombre y no lo oyese... el... sí... grita... Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído... el Horla... es él... ¡el Horla... ha llegado!...

¡Ah! El buitre se ha comido la paloma, el lobo ha devorado el cordero; el león ha devorado el búfalo de agudos cuernos: el hombre ha dado muerte al león con la flecha, el puñal y la pólvora, pero el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos hecho con el caballo y el buey: lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad. ¡Desgraciados de nosotros!

No obstante, a veces el animal se rebela y mata a quien lo domestica... yo también quiero... yo podría hacer lo mismo... pero primero hay que conocerlo, tocarlo y verlo. Los sabios afirman que los ojos de los animales no distinguen las mismas cosas que los nuestros... Y mis ojos no pueden distinguir al recién llegado que me oprime. ¿Por qué? ¡Oh! Recuerdo ahora las palabras del monje del monte Saint-Michel: “¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Observe, por ejemplo, el viento que es la fuerza más poderosa de la naturaleza, el viento que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles, y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y arroja contra ellos a las grandes naves; el viento, que silba, gime y ruge. ¿Acaso lo ha visto usted alguna vez? ¿Acaso puede verlo? ¡Y sin embargo existe!”

Y yo seguía pensando: mis ojos son tan débiles e imperfectos que ni siquiera distinguen los cuerpos sólidos cuando son transparentes como el vidrio... Si un espejo sin azogue obstruye mi camino chocaré contra él como el pájaro que penetra en una habitación y se rompe la cabeza contra los vidrios. Por lo demás, mil cosas nos engañan y desorientan. No puede extrañar entonces que el hombre no sepa percibir un cuerpo nuevo que atraviesa la luz.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? ¡No podía dejar de venir! ¿Por qué nosotros íbamos a ser los últimos? Nosotros no los distinguimos pero tampoco nos distinguían los seres creados antes que nosotros. Ello se explica porque su naturaleza es más perfecta, más elaborada y mejor terminada que la nuestra, tan endeble y torpemente concebida, trabada por órganos siempre fatigados, siempre forzados como mecanismos demasiado complejos, que vive como una planta o como un animal, nutriéndose penosamente de aire, hierba y carne, máquina animal acosada por las enfermedades, las deformaciones y las putrefacciones; que respira con dificultad, imperfecta, primitiva y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra grosera y delicada, bosquejo del ser que podría convertirse en inteligente y poderoso.

Existen muchas especies en este mundo, desde la ostra al hombre. ¿Por qué no podría aparecer una más, después de cumplirse el período que separa las sucesivas apariciones de las diversas especies?

¿Por qué no puede aparecer una más? ¿Por qué no pueden surgir también nuevas especies de árboles de flores gigantescas y resplandecientes que perfumen regiones enteras? ¿Por qué no pueden aparecer otros elementos que no sean el fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Sólo son cuatro, nada más que cuatro, esos padres que alimentan a los seres! ¡Qué lástima! ¿Por qué no serán cuarenta, cuatrocientos o cuatro mil? ¡Todo es pobre, mezquino, miserable! ¡Todo se ha dado con avaricia, se ha inventado secamente y se ha hecho con torpeza! ¡Ah! ¡Cuánta gracia hay en el elefante y el hipopótamo! ¡Qué elegante es el camello!

Se podrá decir que la mariposa es una flor que vuela. Yo sueño con una que sería tan grande como cien universos, con alas cuya forma, belleza, color y movimiento ni siquiera puedo describir. Pero lo veo... va de estrella a estrella,

refrescándolas y perfumándolas con el soplo armonioso y ligero de su vuelo... Y los pueblos que allí habitan la miran pasar, extasiados y maravillados...

¿Qué es lo que tengo? Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras. Está en mí, se convierte en mi alma. ¡Lo mataré!

19 de agosto

Lo mataré. ¡Lo he visto! Anoche yo estaba sentado a la mesa y simulé escribir con gran atención. Sabía perfectamente que vendría a rondar a mi alrededor, muy cerca, tan cerca que tal vez podría tocarlo y asirlo. ¡Y entonces!... Entonces tendría la fuerza de los desesperados; dispondría de mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente y mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo y despedazarlo.

Yo acechaba con todos mis sentidos sobreexcitados.

Había encendido las dos lámparas y las ocho bujías de la chimenea, como si fuese posible distinguirlo con esa luz.

Frente a mí está mi cama, una vieja cama de roble, a la derecha la chimenea; a la izquierda la puerta cerrada cuidadosamente, después de dejarla abierta durante largo rato a fin de atraerlo; detrás de mí un gran armario con espejos que todos los días me servía para afeitarme y vestirme y donde acostumbraba mirarme de pies a cabeza cuando pasaba frente a él.

Como dije antes, simulaba escribir para engañarlo, pues él también me espiaba. De pronto, sentí, sentí, tuve la certeza de que leía por encima de mi hombro, de que estaba allí rozándome la oreja. Me levanté con las manos extendidas, girando con tal rapidez que estuve a punto de caer. Pues bien... se veía como si fuera pleno día, ¡y sin embargo no me vi en el espejo!... ¡Estaba vacío, claro, profundo y resplandeciente de luz! ¡Mi imagen no aparecía y yo estaba frente a él! Veía aquel vidrio totalmente límpido de arriba abajo. Y lo miraba con ojos extraviados; no me atrevía a avanzar, y ya no tuve valor para hacer un movimiento más. Sentía que él estaba allí, pero que se me escaparía otra vez, con su cuerpo imperceptible que me impedía reflejarme en el espejo. ¡Cuánto miedo sentí! De pronto, mi imagen volvió a reflejarse pero como si estuviese envuelta en la bruma, como si la observase a través de una capa de agua. Me parecía que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha y que paulatinamente mi imagen adquiriría mayor nitidez. Era como el final de un eclipse. Lo que la ocultaba no parecía tener contornos precisos; era una especie de transparencia opaca, que poco a poco se aclaraba.

Por último, pude distinguirme completamente como todos los días.

¡Lo había visto! Conservo el espanto que aún me hace estremecer.

20 de agosto

¿Cómo podré matarlo si está fuera de mi alcance?

¿Envenenándolo? Pero él me verá mezclar el veneno en el agua y tal vez nuestros venenos no tienen ningún efecto sobre un cuerpo imperceptible. No... no... decididamente no. Pero entonces... ¿qué haré entonces?

21 de agosto

He llamado a un cerrajero de Ruán y le he encargado persianas metálicas como las que tienen algunas residencias particulares de París, en la planta baja, para evitar los robos. Me haré además una puerta similar. Me debe haber tomado por un cobarde, pero no importa...

10 de setiembre

Ruán, Hotel Continental. Ha sucedido... ha sucedido... pero, ¿habrá muerto? Lo que vi me ha trastornado.

Ayer, después que el cerrajero colocó la persiana y la puerta de hierro, dejé todo abierto hasta medianoche a pesar de que comenzaba a hacer frío. De improviso, sentí que estaba aquí y me invadió la alegría, una enorme alegría. Me levanté lentamente y caminé en cualquier dirección durante algún tiempo para que no sospechase nada. Luego me quité los botines y me puse distraídamente unas pantuflas. Cerré después la persiana metálica y regresé con paso tranquilo hasta la puerta, cerrándola también con dos vueltas de llave. Regresé entonces hacia la ventana, la cerré con un candado y guardé la llave en el bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba a mi alrededor, que él también sentía miedo, y que me ordenaba que le abriera. Estuve a punto de ceder, pero no lo hice. Me acerqué a la puerta y la entreabrí lo suficiente como para poder pasar retrocediendo, y como soy muy alto mi cabeza llegaba hasta el dintel. Estaba seguro de que no había podido escapar y allí lo acorralé solo, completamente solo. ¡Qué alegría! ¡Había caído en mi poder! Entonces descendí corriendo a la planta baja; tomé las dos lámparas que se hallaban en la sala situada debajo de mi habitación, y, con el aceite que contenían rocié la alfombra, los muebles, todo. Luego les prendí fuego, y me puse a salvo después de cerrar bien, con dos vueltas de llave, la puerta de entrada.

Me escondí en el fondo de mi jardín tras un macizo de laureles. ¡Qué larga me pareció la espera! Reinaba la más completa oscuridad, gran quietud y silencio; no soplabla la menor brisa, no había una sola estrella, nada más que montañas de nubes que aunque no se veían hacían sentir su gran peso sobre mi alma.

Miraba mi casa y esperaba. ¡Qué larga era la espera! Creía que el fuego ya se había extinguido por sí solo o que él lo había extinguido. Hasta que vi que una de las ventanas se hacía astillas debido a la presión del incendio, y una gran llamarada roja y amarilla, larga, flexible y acariciante, ascender por la pared

blanca hasta rebasar el techo. Una luz se reflejó en los árboles, en las ramas y en las hojas, y también un estremecimiento, ¡un estremecimiento de pánico! Los pájaros se despertaban; un perro comenzó a ladrar; parecía que iba a amanecer. De inmediato, estallaron otras ventanas, y pude ver que toda la planta baja de mi casa ya no era más que un espantoso brasero. Pero se oyó un grito en medio de la noche, un grito de mujer horrible, sobreagudo y desgarrador, al tiempo que se abrían las ventanas de dos buhardillas. ¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban!...

Despavorido, eché a correr hacia el pueblo gritando: “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!” Encontré gente que ya acudía al lugar y regresé con ellos para ver.

La casa ya sólo era una hoguera horrible y magnífica, una gigantesca hoguera que iluminaba la tierra, una hoguera donde ardían los hombres, y él también. Él, mi prisionero, el nuevo Ser, el nuevo amo, ¡el Horla!

De pronto el techo entero se derrumbó entre las paredes y un volcán de llamas ascendió hasta el cielo. Veía esa masa de fuego por todas las ventanas abiertas hacia ese enorme horno, y pensaba que él estaría allí, muerto en ese horno...

¿Muerto? ¿Será posible? ¿Acaso su cuerpo, que la luz atravesaba, podía destruirse por los mismos medios que destruyen nuestros cuerpos?

¿Y si no hubiera muerto? Tal vez sólo el tiempo puede dominar al Ser Invisible y Temido. ¿Para qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo invisible, ese cuerpo de Espíritu, si también está expuesto a los males, las heridas, las enfermedades y la destrucción prematura?

¿La destrucción prematura? ¡Todo el temor de la humanidad procede de ella! Después del hombre, el Horla. Después de aquel que puede morir todos los días, a cualquier hora, en cualquier minuto, en cualquier accidente, ha llegado aquel que morirá solamente un día determinado en una hora y en un minuto determinado, al llegar al límite de su vida.

No... no... no hay duda, no hay duda... no ha muerto... entonces tendré que suicidarme...

LA MANO DISECADA

Hará cosa de ocho meses, un amigo mío, Louis R., había reunido cierta noche a varios compañeros de colegio, bebíamos ponche y fumábamos hablando de literatura, de pintura, y contando de vez en cuando algunas aventuras picantes, como suele ocurrir en las reuniones de gente joven. De pronto se abre de par en par la puerta y entra como un huracán uno de mis buenos amigos de la infancia. «Adivinen de dónde vengo», exclama al punto.

«Apostaría que de Mabilles¹», responde uno; «No, estás demasiado contento, acabas de conseguir un préstamo, de enterrar a tu tío o de llevar el reloj de péndulo a casa de mi tía²», añade otro; «Vienes de emborracharte», responde un tercero, y como has olido a ponche en casa de Louis has subido para volver a empezar.» «Os equivocáis, vengo de P..., en Normandía, donde fui a pasar ocho días y de donde traigo a un gran criminal amigo mío que quiero presentaros.» Tras estas palabras sacó del bolsillo una mano disecada; los músculos, extremadamente potentes, de aquella mano horrible, negra, seca, muy larga y como crispada, estaban sujetos por dentro y por fuera por una tira de piel apergaminada; las uñas, amarillas y estrechas, seguían en la punta de los dedos; todo aquello olía a crimen a una legua. «Figúrense, dijo mi amigo, el otro día vendían los trastos de un viejo brujo muy conocido en toda la comarca; iba al sabbat todos los sábados en un palo de escoba, practicaba magia blanca y negra, daba a las vacas leche azul y les hacía llevar la cola como la del compañero de san Antonio³. Lo cierto es que ese granuja sentía gran aprecio por esta mano, que, según él, era la de un célebre criminal ajusticiado en 1736 por haber tirado de cabeza a un pozo a su esposa legítima, cosa que no me parece ningún error, y por haber colgado luego del campanario de la iglesia al cura que los había casado. Después de la doble hazaña, se había ido a correr mundo y en su carrera tan breve como bien aprovechada había desvalijado a doce viajeros, ahumado a una veintena de monjes en su convento y convertido en serrallo un monasterio de monjas.»

—«Pero ¿qué vas a hacer con ese horror», —exclamamos nosotros.

—«Ya lo veréis, haré un tirador de campanilla para espantar a mis acreedores.»

—«Amigo mío, —le dijo Henri Smith, un inglés muy alto y muy flemático —, creo que esa mano es simplemente carne india conservada mediante un procedimiento nuevo, te aconsejo que hagas con ella un caldo.»

—«Nada de burlas, caballeros, —dijo con la mayor sangre fría un estudiante de medicina al que le faltaba muy poco para estar borracho—, y tú,

1 Local de baile fundado en 1840 por el bailarín Mabilles, que se convirtió en uno de los lugares de diversión más frecuentados de París. Estaba situado en la avenida des Veuves (la actual avenida Montaigne). Desapareció en 1875.

2 Alusión al Monte de Piedad, o casa de empeños.

3 San Antonio tuvo en el desierto por compañero a un cerdo.

Pierre, si me permites un consejo, haz enterrar cristianamente ese despojo humano, no vaya a ser que su propietario venga a reclamártelo; además, vete a saber si esa mano no tiene malos hábitos, porque ya conoces el refrán: “El que ha matado, matará.”»

«Y el que ha bebido, beberá», añadió el anfitrión, escanciando acto seguido un gran vaso de ponche al estudiante, que se lo bebió de un trago para caer desvanecido bajo la mesa. La ocurrencia fue acogida con risas formidables, y Pierre, alzando su vaso y dudando con la mano, dijo: «Bebo por la próxima visita de tu amo.»

Al día siguiente, como pasaba delante de su puerta, entré en su casa; eran las dos de la tarde, y lo encontré leyendo y fumando.

—«¿Cómo estás?», —le dije.

—«Muy bien», —me respondió.

—«¿Y tu mano?»

—«Has debido verla en mi campanilla, donde la puse ayer noche cuando volví. Pero, a propósito, figúrate que algún imbécil, sin duda para jugarme una mala pasada, ha estado tirando de la campanilla a medianoche; he preguntado quién había allí, pero como nadie me respondía, he vuelto a acostarme y a dormirme.» —En ese momento llamaron, era el propietario de la casa, personaje grosero y muy impertinente, que entró sin saludar.

—«Señor, —le dijo a mi amigo—, le ruego que quite inmediatamente la carroña que ha colgado del cordón de la campanilla, porque en otro caso me verá obligado a echarle.»

—«Caballero, —replicó Pierre muy serio—, está usted insultando a una mano que no lo merece; ha de saber que perteneció a un hombre muy bien educado.»

El propietario dio media vuelta y salió como había entrado. Pierre fue tras sus pasos, descolgó la mano y la ató a la campanilla que colgaba en su alcoba. «Así está mejor, dijo; esta mano, como el “morir habemos” de los trapenses, me hará pensar en cosas serias todas las noches al acostarme.» Al cabo de una hora le dejé y volví a mi domicilio.

Dormí mal la noche siguiente, estaba agitado y nervioso; varias veces me desperté sobresaltado, y hubo un momento incluso en que imaginé que un hombre se había introducido en mi casa y me levanté para mirar en los armarios y debajo de la cama; por fin, hacia las seis de la mañana, cuando empezaba a dormirme, un violento golpe propinado en mi puerta me hizo saltar del lecho; era el criado de mi amigo, que venía a medio vestir, pálido y tembloroso. «¡Ay, señor!, exclamó sollozando, han asesinado a mi pobre amo.» La casa estaba llena de gente; todos discutían, se agitaban, era un movimiento incesante, todos peroraban, contaban y comentaban el suceso de mil maneras. A duras penas conseguí llegar hasta el dormitorio; la puerta estaba custodiada, dije mi nombre y me dejaron entrar. Había cuatro agentes de policía de pie en el centro, con un cuaderno en la mano; analizaban todo, hablaban en voz baja de

vez en cuando y tomaban notas; dos doctores hablaban junto a la cama sobre la que Pierre estaba tendido sin conocimiento. No estaba muerto, pero tenía un aspecto horrible. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, sus pupilas dilatadas parecían estar clavadas con un espanto indecible en algo terrorífico y desconocido, sus dedos estaban crispados, su cuerpo a partir de la barbilla se hallaba cubierto con una sábana que yo levanté. Llevaba en el cuello las marcas de cinco dedos que se habían hundido profundamente en la carne, y algunas gotas de sangre manchaban su camisa. En ese momento me sorprendió una cosa: miré por azar la campanilla de su alcoba, y la mano disecada ya no estaba. Los médicos se la habían llevado, sin duda para no impresionar a las personas que entrasen en el cuarto del herido, porque la mano era realmente horrible. No pregunté qué se había hecho de ella.

Recorto ahora de un periódico del día siguiente el relato del crimen con todos los detalles que la policía pudo conseguir. Esto era lo que podía leerse:

«Ayer se cometió un atentado horrible en la persona de un joven, el señor Pierre B..., estudiante de derecho que pertenece a una de las mejores familias de Normandía. El joven había vuelto a casa hacia las diez de la noche; se despidió de su criado, el señor Bouvin, diciéndole que se sentía cansado y que iba a acostarse. Hacia medianoche, este hombre fue despertado de pronto por la campanilla de su amo que alguien agitaba con furia. Sintió miedo, encendió una vela y esperó; la campanilla estuvo callada cerca de un minuto, luego empezó de nuevo con tal fuerza que el criado, loco de terror, echó a correr y fue a despertar al portero; este último corrió para avisar a la policía, y al cabo de un cuarto de hora poco más o menos dos agentes echaban la puerta abajo. Un espectáculo horrible se ofreció a sus ojos, los muebles estaban derribados, todo indicaba que entre la víctima y el malhechor se había producido una lucha terrible. En el centro de la habitación, de espaldas, con los miembros rígidos, la cara lívida y los ojos espantosamente dilatados, yacía sin movimiento el joven Pierre B..., que llevaba en el cuello las huellas profundas de cinco dedos. El informe del doctor Bourdeau, llamado inmediatamente, dice que el agresor debía estar dotado de una fuerza prodigiosa y tener una mano extraordinariamente flaca y nerviosa, porque los dedos que dejaron en el cuello como cinco agujeros de bala casi se habían juntado a través de las carnes. Nada puede hacer sospechar el móvil del crimen, ni quién pueda ser su autor. La justicia informa.»

Al día siguiente, en el mismo periódico, se leía:

«El señor Pierre B..., víctima del espantoso atentado que ayer contábamos, ha recuperado el conocimiento tras dos horas de asiduos cuidados por parte del doctor Bourdeau. Su vida no corre peligro, pero se teme por su razón; sigue sin haber pistas del culpable.»

En efecto, mi pobre amigo estaba loco; durante siete meses fui a verle todos los días al hospicio donde lo habíamos internado, pero no recuperó ni una luz de razón. En su delirio se le escapaban palabras extrañas y, como todos

los locos, tenía una idea fija, se creía perseguido constantemente por un espectro. Un día vinieron a buscarme a toda prisa diciéndome que estaba peor, le encontré en la agonía. Permaneció muy tranquilo durante dos horas, luego, incorporándose de pronto en la cama a pesar de nuestros esfuerzos, exclamó agitando los brazos y presa de un espantoso terror: «¡Agárrala, agárrala! ¡Socorro, me estrangula, socorro!» Dio dos vueltas a la habitación aullando y luego cayó muerto de bruces contra el suelo.

Como él era huérfano, me encargué de llevar su cuerpo a la pequeña aldea de P..., en Normandía, donde estaban enterrados sus padres. De ese mismo pueblo venía la noche en que nos había encontrado bebiendo ponche en casa de Louis R. y en que nos había presentado su mano disecada. Su cuerpo fue encerrado en un ataúd de plomo, y cuatro días después paseaba yo tristemente con el viejo cura que le había dado sus primeras clases, por el pequeño cementerio donde cavaban su tumba. Hacía un tiempo magnífico, el cielo completamente azul derramaba luz; los pájaros cantaban en las zarzas del talud donde muchas veces, niños los dos, habíamos ido a comer moras. Creía estar viéndole escapar a lo largo de la tapia y colarse por el pequeño agujero que yo conocía de sobra, allá lejos, en el extremo del terreno donde se entierra a los pobres; luego volvíamos a casa, con las mejillas y los labios negros del jugo de las moras que habíamos comido; y miré las zarzas, estaban cubiertas de moras, cogí una de forma maquinal y me la llevé a la boca; el cura había abierto su breviario y murmuraba en voz baja sus oremus, y yo oía al final de la avenida, la azada de los enterradores cavando la tumba. Repentinamente nos llamaron, el cura cerró su libro y fuimos a ver qué querían de nosotros. Habían encontrado un ataúd, saltaron la tapa de un golpe de azada, y entonces vimos un esqueleto desmesuradamente largo, tumbado sobre la espalda, que con su ojo hueco aún parecía mirarnos y desafiarnos; sentí malestar, no sé por qué, casi tuve miedo.

«Vaya, —exclamó uno de los hombres—, fíjense, este granuja tiene una muñeca cortada, ahí está la mano.»

Y recogió junto al cuerpo una gran mano disecada que nos presentó.

—«Cuidado, —dijo el otro riendo—, parece que te mira y que va a saltarte al cuello para que le devuelvas su mano.»

—«Vamos, amigos míos, —dijo el cura—, dejen a los muertos en paz y cierren otra vez el ataúd, cavaremos en otra parte la tumba del pobre señor Pierre.»

Al día siguiente todo había terminado y tomé el camino de París después de haber dejado cincuenta francos al viejo cura para misas por el descanso del alma de aquel cuya sepultura habíamos turbado de aquella manera.

SUEÑOS

La comida, una comida de amigos, había terminado. Eran cinco: un escritor, un médico y tres célibes ricos, sin profesión.

Se había hablado de todo, y el aburrimiento llegaba, ese aburrimiento que precede y decide las despedidas después de los festines. Uno de los comensales, que miraba desde hacía cinco minutos, sin decir nada, hacia el bulevar, atestado de gente, salpicado de mecheros de gas y lleno de ruido, dijo de pronto:

—Cuando no se hace nada desde por la mañana hasta por la noche, ¡qué largos son los días!

—Y las noches también —añadió su vecino—. Yo no duermo; los placeres me fatigan, las conversaciones no cambian; nunca encuentro una idea nueva y experimento, antes de hablar con éste o con el otro, un furioso deseo de no decir nada ni oír nada. No sé qué hacer de mis noches.

Y el tercer desocupado agregó:

—Pagaría bien un medio para pasar todos los días, aunque no fuese más que dos horas agradables.

Entonces el escritor, que acababa de coger su gabán, se aproximó:

—El hombre —dijo— que descubriera un vicio nuevo y lo ofreciese a sus semejantes, aun cuando este vicio abreviara la vida en la mitad, prestaría a los humanos un servicio más señalado que el que encontrase el medio de asegurar la eterna salud y la juventud eterna.

El médico se echó a reír, y masticando un cigarro:

Si —repuso—; pero el descubrirlo no es cosa tan fácil. Y, sin embargo, se ha rebuscado y trabajado bien la materia desde que el mundo existe. Los primeros hombres llegaron de un impulso a la perfección en el género. Apenas si los igualamos.

Uno de los tres desocupados murmuró:

—¡Es lástima!

Y agregó, al cabo de un minuto:

—Si se pudiera, al menos, dormir, dormir bien, sin tener calor ni frío, dormir con ese aniquilamiento de los días de gran fatiga, dormir sin soñar!...

—¿Por qué sin soñar? —pregunto el vecino.

El otro respondió:

Porque los sueños no siempre son agradables y si extraños siempre, inverosímiles y disparatados, y, al dormir, ni siquiera podemos saborear a nuestro antojo los mejores. Sería necesario soñar despierto.

—¿Quién le impide a usted que lo haga? —interrogó el escritor.

El médico tiró el cigarro.

—Querido, para soñar despierto se necesita un gran poder y un grande esfuerzo de voluntad, y de todo esto resulta una enorme fatiga. Ahora bien: el verdadero sueño, ese paseo de nuestro pensamiento a través de encantadoras

visiones es, seguramente, lo que en el mundo hay de más delicioso; pero es menester que venga de un modo natural, que no sea trabajosamente provocado y que lo acompañe un bienestar absoluto del cuerpo. Ese sueño yo puedo ofrecérselo a ustedes, a condición de que me prometan no abusar de él.

El escritor se encogió de hombros.

—¡Ah!, sí, ya sé; el haschich, el ópio, la confitura verde, los paraísos artificiales. He leído a Baudelaire, y hasta he saboreado la famosa droga, que me puso muy enfermo.

El doctor se había sentado.

—No —dijo—; es el éter, nada más que el éter, y añadido que ustedes los literatos debieran usarlo en ocasiones.

Los tres hombres ricos se aproximaron, Y preguntó uno de ellos:

—Explíquenos usted los efectos del éter.

El médico agregó:

—Dejaremos a un lado las palabras ampulosas, ¿no es verdad? No he de tratar ahora de moral ni de medicina, sino de placeres. A diario se entregan ustedes a excesos que devoran su vida. Quiero indicarles una sensación nueva, asequible tan sólo para hombres inteligentes, hasta puede decirse inteligentísimos, y peligrosa como todo lo que sobreexcita nuestros órganos, pero exquisita. Añadiré que necesitarán ustedes cierta preparación, es decir, cierta costumbre, para experimentar en toda su plenitud los singulares efectos del éter.

Son distintos de los efectos del haschich, de los efectos del opio y de la morfina, y cesan en cuanto se interrumpe la absorción del medicamento, mientras que los demás productos de sueños continúan su acción durante horas. Voy a tratar de analizar con la mayor claridad posible lo que se siente. Pero la cosa no es fácil; tan delicadas son estas sensaciones, que casi, casi no pueden describirse.

Una violenta neuralgia que padezco me impulsó a recurrir al éter, del cual abusé luego, tal vez demasiado.

Tenía en la cabeza y en el cuello vivos dolores y un insoportable calor en la piel, una febril inquietud. Tomé entonces un frasco de éter y, tumbándome, me puse a aspirar lentamente. Al cabo de unos minutos creí oír un murmullo vago, que se convirtió muy pronto en una especie de zumbido, y me pareció que todo el interior de mi cuerpo se tornaba ligero, ligero como el aire, que se vaporizaba. Luego me acometió una especie de pesadez de alma, de bienestar soñoliento, a pesar de los dolores, que persistían, pero cesando, no obstante, de ser penosos. Era aquél uno de esos sufrimientos que se consiente en soportar, y no los desgarramientos espantosos contra los cuales protesta todo nuestro cuerpo torturado. Pronto la extraña y encantadora sensación de vacío que tenía en el pecho se extendió, alcanzó los miembros, que también se tornaron ligeros poco a poco, tan ligeros como si la carne y los huesos se hubieran derretido y hubiese quedado sólo la piel, la piel necesaria para dejarme percibir, la dulzura

de vivir, de encontrarme tumbado en aquel bienestar. Me di cuenta entonces de que ya no sufría. El dolor se había ido, derretido también; se había evaporado. Y oí voces, cuatro voces, dos diálogos, sin comprender palabras. Tan pronto no eran más que sonidos indistintos, como me llegaba a mí un trozo de frase. Pero reconocí que eran sencillamente los zumbidos acentuados de mis oídos. No dormía, velaba; comprendía, sentía, razonaba con una claridad, una profundidad y un poder extraordinarios, y una alegría del espíritu, una embriaguez extraña se desprendía de aquel decuplamiento de mis facultades mentales.

No era aquél un sueño como el que acomete con el haschich; no eran las visiones ligeramente enfermizas del opio; era una prodigiosa agudeza de raciocinio, un nuevo modo de ver, de juzgar, de apreciar las cosas de la vida, y con la certeza y la conciencia de que este modo de ver era el justo.

Y la vieja imagen de la Escritura surgió súbitamente en mi pensamiento. Me parecía que había probado el fruto del árbol de la ciencia, que todos los misterios se desvanecían; de tal manera me encontraba bajo el Imperio de una lógica nueva, extraña, irrefutable. Y argumentaciones, razonamientos y pruebas me asaltaban en tropel, siendo al instante destruidas por una prueba, un razonamiento o una argumentación más fuerte. Mi cabeza se había convertido en el campo de lucha de las ideas. Era yo un ser superior, armado de una inteligencia invencible, y saboreaba un delicioso goce comprobando mi poder...

Esto duró mucho tiempo, mucho tiempo. Continuaba aspirando mi frasco de éter. De pronto observé que estaba vacío. Y sentía una espantosa pena.

* * *

Los cuatro hombres suplicaron a un tiempo:

—¡Doctor, en seguida la receta para un litro de éter!

Pero el médico se puso el sombrero y respondió:

—¡Oh! Eso, no; háganse ustedes envenenar por otros.

Y se marchó.

Señoras y caballeros, si gustan ustedes...

¿LOCO?

¿Estoy loco? ¿O sólo celoso? No lo sé, pero sufro de un modo horrible. He cometido un acto de locura, de locura furiosa, cierto; pero los celos anhelantes, el amor exaltado, traicionado y condenado, el dolor abominable que soporto, ¿no basta todo eso para hacernos cometer crímenes y locuras sin ser realmente criminales de corazón o de cerebro?

¡Cuánto he sufrido, sufrido y sufrido de forma continuada, aguda y espantosa! Quise a esa mujer con un arrebató frenético... Y, sin embargo, ¿es cierto? ¿La quise? No, no, no. Ella me poseyó en alma y cuerpo, me invadió, me encadenó. Fui y sigo siendo su cosa, su juguete. Pertenezco a su sonrisa, a su boca, a su mirada, a las líneas de su cuerpo, a la forma de su rostro: jadeo dominado por su apariencia externa; pero a Ella, a la mujer de todo esto, al ser de ese cuerpo, la odio, la desprecio, la execro, siempre la he odiado, despreciado y execrado; porque es pérfida, bestial, inmunda, impura: es la mujer de perdición, el animal sensual y falso que carece de alma, en quien el pensamiento jamás circula como un aire libre y vivificador; es la bestia humana; menos que eso, no es más que un flanco, una maravilla de carne suave y redonda que habita la Infamia.

Los comienzos de nuestra relación fueron extraños y deliciosos. Entre sus brazos siempre abiertos, yo me agotaba en una furia de insaciable deseo. Como si me diesen sed, sus ojos me hacían abrir la boca. Eran grises al mediodía, se teñían de verde a la caída de la luz, y eran azules con el sol levante. No estoy loco: juro que tenían esos tres colores.

En los momentos del amor eran azules, como acardenalados, con pupilas enormes y nerviosas. Sus labios, agitados por un temblor, dejaban brotar a veces la punta rosa y mojada de su lengua, que palpitaba como la de un reptil; y sus párpados cargados se alzaban lentamente, descubriendo aquella mirada ardiente y aniquilada que me enloquecía.

Al estrecharla entre mis brazos, miraba sus ojos y me estremecía, sacudido tanto por la necesidad de matar aquella bestia como por la necesidad de poseerla continuamente.

Cuando ella caminaba por mi cuarto, el rumor de cada uno de sus pasos provocaba un vuelco en mi corazón; y cuando empezaba a desnudarse y dejaba caer su vestido, al salir, infame y radiante, de las prendas interiores que se amontonaban a su alrededor, sentía a lo largo de mis miembros, a lo largo de los brazos, a lo largo de las piernas y en mi pecho jadeante, un desmayo infinito y cobarde.

Cierto día me di cuenta de que estaba harta de mí. Lo vi en su mirada al despertar. Inclinado sobre ella, esperaba todas las mañanas esa primera mirada. La esperaba lleno de rabia, de odio, de desprecio hacia aquella bestia dormida cuyo esclavo era. Pero cuando el azul pálido de su pupila, aquel azul líquido

como el agua quedaba al descubierto, todavía lánguido, todavía fatigado, todavía enfermo por las caricias recientes, era como una llama rápida que me quemase, exasperando mis ardores. Cuando ese día su párpado se abrió, vi una mirada indiferente y sombría que ya no deseaba nada.

Lo vi, lo supe, lo sentí, lo comprendí inmediatamente. Todo estaba acabado, acabado para siempre. Y tuve la prueba a cada hora, a cada segundo.

Cuando la llamaba con mis brazos y mis labios, ella se volvía hacia otra parte, hastiada y murmurando: «¡Déjame!», o bien: «¡Qué odioso eres!», o bien: «¡Por qué nunca podré estar tranquila!»

Entonces fui celoso, pero celoso como un perro, y taimado, desconfiado, simulador. Sabía que ella no tardaría en volver a empezar, que llegaría otro para reavivar sus sentidos.

Fui celoso con frenesí; pero no estoy loco; no, desde luego que no.

Esperé. Sí, la espiaba; ella no me habría engañado, pero continuaba fría, adormecida. A veces decía: «¡Me asquean los hombres!» Y era cierto.

Entonces tuve celos de ella misma; celos de su indiferencia, celos de la soledad de sus noches, celos de sus gestos, de su pensamiento, que yo siempre sentía infame; celos de todo lo que yo adivinaba. Y cuando algunas veces, al despertar, tenía aquella mirada blanda que seguía en tiempos pasados a nuestras noches ardientes, como si alguna lascivia acosase su alma y removiese sus deseos, yo sentía sofocos de cólera, temblores de indignación, la comezón de estrangularla, de poner mi rodilla sobre su cuerpo y hacerla confesar, mientras le apretaba la garganta, todos los secretos vergonzosos de su corazón.

¿Estoy loco? No.

Pero una noche la sentí feliz. Sentí que en ella vibraba una pasión nueva. Estaba seguro, seguro sin duda posible. Palpitaba igual que después de mis abrazos: sus ojos llameaban, sus manos estaban calientes, toda su persona vibrante desprendía aquel vapor de amor que había hecho nacer mi locura.

Simulé no darme cuenta de nada, pero mi vigilancia la envolvía como una red.

Sin embargo, nada descubrí.

Esperé una semana, un mes, una estación. Ella se esponjaba en medio de la eclosión de un ardor incomprensible; se aplacaba en la dicha de una caricia imperceptible.

Y, de golpe, lo adiviné. No estoy loco. Juro que no estoy loco.

¿Cómo decirlo? ¿Cómo darlo a entender? ¿Cómo expresar esa cosa abominable e incomprensible?

Me enteré de la manera siguiente:

Una tarde, ya lo he dicho, una tarde, cuando volvía de un largo paseo a caballo, se derrumbó frente a mí con los pómulos encendidos, el pecho palpitante, las piernas flojas y los ojos amoratados, en una silla baja. ¡Yo ya la había visto así! ¡Amaba a alguien! No podía equivocarme.

Entonces, perdiendo la cabeza, para no seguir mirándola me volví hacia la ventana, y vi a un lacayo que llevaba de la brida hacia la cuadra su gran caballo que se encabriaba.

También ella seguía con la vista el animal enardecido que daba saltos. Luego, cuando desapareció de nuestra vista, ella se durmió de forma repentina.

Estuve pensando toda la noche; y me pareció que descifraba misterios que nunca había sospechado.

¿Quién sondeará nunca las perversiones de la sensualidad de las mujeres? ¿Quién comprenderá sus inverosímiles caprichos y la satisfacción extraña de las más extrañas fantasías?

Todas las mañanas, nada más apuntar la aurora, ella salía al galope por las llanuras y los bosques; y siempre volvía con las fuerzas agotadas, como tras los frenesíes del amor.

¡Yo había comprendido! Ahora estaba celoso del caballo nervioso y galopador; celoso del viento que acariciaba su rostro cuando ella daba una carrera enloquecida; celoso de las hojas que, al pasar, besaban sus orejas; de las gotas de sol que caían sobre su frente a través de las ramas; celoso de la silla que la llevaba y que ella apretaba entre sus muslos.

Era todo aquello lo que la hacía feliz, lo que la exaltaba, lo que la saciaba, la agotaba y me la devolvía luego insensible y casi desfallecida.

Decidí vengarme. Fui cariñoso y atento con ella. Le ofrecía mi mano cuando iba a desmontar tras sus desenfrenadas carreras. El animal furioso se lanzaba contra mí; ella le acariciaba su cuello curvo, lo besaba en las ventanas nasales temblorosas sin limpiarse luego los labios; y el perfume de su cuerpo sudoroso, como después de la tibieza del lecho, se mezclaba a mi olfato con el aroma acre y salvaje del animal.

Aguardé mi día y mi hora. Ella pasaba todas las mañanas por el mismo sendero, por un bosquecillo de abedules que se adentraba hacia la selva.

Salí antes de amanecer, con una cuerda en la mano y mis pistolas escondidas sobre el pecho, como si fuera a batirme en duelo.

Corrí hacia el camino que tanto le gustaba; tendí la cuerda entre dos árboles; luego me escondí entre las altas hierbas.

Había puesto la oreja pegada contra el suelo; oí su galope lejano; luego lo percibí más cerca, bajo las hojas, como al final de una bóveda, llegando al galope. ¡Ay, no me había equivocado, era aquello! Parecía transportada de alegría, con las mejillas encendidas y locura en la mirada; y el movimiento precipitado de la carrera hacía vibrar sus nervios con un goce solitario y furioso.

El animal tropezó con las dos patas delanteras en mi trampa, y rodó por el suelo con los huesos rotos. A ella la recogí en mis brazos. Soy tan fuerte que puedo cargar con un buey. Luego, cuando la deposité en tierra, me acerqué a Él, que nos miraba; entonces, cuando todavía trataba de morderme, le puse una pistola en la oreja... y lo maté... como a un hombre.

Pero también yo caí, con el rostro cruzado por dos golpes de fusta; y cuando ella volvía a lanzarse sobre mí, disparé mi otra bala contra su vientre.

Díganme: ¿estoy loco?

UN PARRICIDA

El abogado había alegado locura. ¿De qué otro modo explicar aquel extraño crimen?

Cierta mañana, entre los cañaverales, cerca de Chatou, habían encontrado dos cadáveres abrazados; una mujer y un hombre, personas conocidas de la buena sociedad, ricas, ya no muy jóvenes, y casados solamente el año anterior, porque la mujer sólo era viuda desde hacía tres años.

No se les conocían enemigos, no les habían robado. Al parecer les habían tirado desde la ribera al río, después de haberlos herido, uno tras otro, con un largo estilete.

La investigación no descubría nada. Nada sabían los marineros interrogados; ya iba a sobreverse el caso cuando un joven ebanista de un pueblo vecino, llamado Georges Louis, y apodado «el burgués» se entregó prisionero.

En todos los interrogatorios únicamente respondió esto:

—Conocí al hombre hace dos años, a la mujer hace seis meses. Venían a menudo para encargarme que restaurase muebles antiguos, porque soy hábil en mi oficio.

Y cuando le preguntaban:

—¿Por qué los mató?

Respondía obstinado:

—Los maté porque quise matarlos.

No pudieron sacarle más.

El hombre era sin duda hijo natural, dado a criar en otro tiempo en la región y luego abandonado. No tenía más nombre que Georges Louis, pero, como al crecer resultó singularmente inteligente, con gustos y delicadezas instintivas que no poseían sus camaradas, lo apodaron «el burgués», y nadie le llamaba de otro modo. Tenía fama de ser notablemente hábil en el oficio de ebanista que había adoptado. E incluso hacía algunos trabajos como tallista. También se le tenía por exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilista, gran lector de novelas de aventuras, de novelas con dramas sangrientos, elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros o campesinos.

El abogado había alegado locura.

Porque ¿cómo si no admitir que aquel obrero hubiese matado a sus mejores clientes, unos clientes ricos y generosos (él lo reconocía), que en dos años le habían encargado trabajos por valor de tres mil francos (de ello daban fe sus libros)? Sólo podía haber una explicación: la locura, la idea fija del desclasado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses, y el abogado hizo una hábil alusión a ese apodo de EL BURGUEÉS que la región daba al niño abandonado; exclamaba:

—¿No es una ironía, y una ironía capaz de exaltar más aún al desventurado muchacho sin padre ni madre? Es un republicano ardiente. ¿Qué digo? Pertenece incluso a ese partido político que la República fusilaba y deportaba no hace mucho, al que hoy acoge con los brazos abiertos, a ese partido para el que el incendio es un principio y el asesinato un recurso muy simple. (Nota 1)

»Esas tristes doctrinas, aclamadas ahora en las reuniones públicas, han provocado la perdición de ese hombre. Ha oído a los republicanos, a mujeres incluso, sí, a mujeres, pedir la sangre del señor. Gambetta, la sangre del señor Grévy; su espíritu enfermo se trastornó: ¡también él quería sangre, sangre de burgués!

»¡No es a él a quien hay que condenar, señores, es a la Comuna!»

Corrieron murmullos de aprobación. Se notaba claramente que el abogado había ganado la causa. El ministerio fiscal no replicó.

Entonces el presidente hizo al reo la pregunta de costumbre:

—Acusado, ¿tiene usted algo que añadir en su defensa?

El hombre se levantó.

Era de pequeña estatura, de un rubio de lino, ojos grises, fijos y brillantes. De aquel frágil muchacho salía una voz fuerte, franca y sonora y cambiaba repentinamente, a las primeras palabras, la opinión que se hubieran hecho de él.

Habló con altivez, en un tono declamatorio, pero tan nítido que sus menores palabras se hacían oír en el fondo de la gran sala:

—Señor presidente, como no quiero ir a una casa de locos, y antes prefiero la guillotina, voy a decirle todo.

»Maté a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres.

»Ahora, escúcheme y júzgueme.

»Tras haber dado a luz un niño, una mujer lo envió a cierto lugar para que lo criasen. Tal vez ni siquiera supo a qué región llevó su cómplice al pequeño ser inocente, pero ya condenado a la miseria eterna, a la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, y aún más, a la muerte, puesto que lo abandonaron, puesto que la nodriza, al dejar de recibir la pensión mensual, podía, como hacen a menudo, dejarlo perecer, sufrir hambre y morir de abandono.

»La mujer que me crió fue honrada, más honrada, más mujer, más grande, más madre que mi madre. Ella me crió. Hizo mal cumpliendo su deber. Más vale dejar perecer a esos infelices arrojados a los pueblos de las afueras como se arroja la basura fuera de las aceras.

»Crecí con la vaga impresión de que sobre mí llevaba una deshonra. Los otros niños me llamaron un día “bastardo”. No sabían lo que significaba esa palabra, oída por uno de ellos en casa de sus padres. También yo la ignoraba, pero la sentí.

»Puedo afirmar que yo era uno de los más inteligentes de la escuela. Hubiera sido un hombre honrado, señor presidente, acaso un hombre superior, si mis padres no hubieran cometido el crimen de abandonarme.

»Y ese crimen, ellos lo cometieron contra mí. Yo fui la víctima, ellos los culpables. Yo estaba indefenso, ellos fueron despiadados. Debían amarme: me rechazaron.

»Yo, sí, les debía la vida; pero ¿es la vida un regalo? En cualquier caso, la mía no era más que una desgracia. Tras su vergonzoso abandono, no les debía otra cosa que la venganza. Ellos hicieron contra mí el acto más inhumano, el más infame, el más monstruoso que puede cometerse contra un ser.

»Un hombre injuriado golpea; un hombre robado recupera lo que es suyo por la fuerza. Un hombre engañado, burlado y martirizado, mata; un hombre abofeteado, mata; un hombre deshonorado mata. Yo fui más robado, engañado, martirizado, abofeteado moralmente y deshonorado que todos esos cuya cólera usted absuelve.

»Me he vengado, he matado. ese era mi legítimo derecho. Tomé su vida a cambio de la vida horrible que ellos me impusieron.

»Hablarán ustedes de parricidio. ¿Eran mis padres esas personas para las que yo fui una carga abominable, un terror, una mancha de infamia; para quien mi nacimiento fue una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta; tuvieron un hijo imprevisto. Eliminaron al niño. Ha llegado mi turno de hacer lo mismo con ellos.

»Y sin embargo, hasta hace poco todavía, estuve dispuesto a quererles.

»Hace dos años, ya se lo he dicho, el hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez. Yo nada sospechaba. Me encargó dos muebles. Supe más tarde que se había informado por el cura, bajo secreto de confesión, por supuesto.

»Volvió a menudo; me daba trabajo y pagaba bien. En ocasiones incluso hablaba un poco de unas cosas y otras. Sentí en mí afecto por él.

»A comienzos de este año trajo a su mujer, mi madre. Cuando ella entró, temblaba tanto que la creí enferma de una dolencia nerviosa. Luego pidió un asiento y un vaso de agua. No dijo nada: miró mis muebles con aire enloquecido y sólo respondía sí y no, a tontas y a locas, a cuantas preguntas yo le hacía. Cuando se hubo marchado, la creí algo perturbada.

»Volvió al mes siguiente. Estaba tranquila, dueña de sí. Ese día se quedaron bastante tiempo hablando, y me hicieron un encargo de consideración. Volví a verla tres veces más todavía, sin adivinar nada; pero cierto día ella empezó a hablarme de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Yo respondía: "Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron." Entonces ella se llevó la mano al corazón, y cayó sin conocimiento. Enseguida pensé: "¡Es mi madre!", pero me guardé mucho de darlo a entender. Quería verla venir.

»Así pues, también yo tomé mis informes. Supe que sólo estaban casados desde el mes de julio anterior, porque mi madre no había enviudado sino hacía

tres años. Se rumoreaba que se habían amado en vida del primer marido, pero no había ninguna prueba. La prueba era yo, la prueba que al principio se había ocultado y luego habían esperado destruir.

»Aguardé. Volvió ella una tarde, siempre acompañada por mi padre. Ese día me parecía muy emocionada, no sé por qué. Luego, en el momento de irse, me dijo: “Le estimo porque me parece usted un joven honrado y trabajador; sin duda pensará en casarse un día; yo le ayudaré a elegir libremente la mujer que le convenga. A mí me casaron una vez contra mi gusto, y sé cómo se sufre. Ahora soy rica, sin hijos, libre y dueña de mi fortuna. Ahí tiene su dote.”

»Y me tendió un gran sobre lacrado.

»La miré fijamente y luego le dije: “¿Es usted mi madre?”

»Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme más. Él, el hombre, mi padre, la sostuvo en sus brazos y me gritó: “¿Pero está usted loco?”

»Respondí: “Nada de eso. Sé de sobra que ustedes son mis padres. No es fácil engañar. Confiésenlo y les guardaré el secreto; no les odiaré por ello; seguiré siendo lo que soy, un ebanista.”

»Él retrocedía hacia la salida sin dejar de sostener a su mujer, que empezaba a sollozar. Corrí a cerrar la puerta, me metí la llave en el bolsillo y proseguí: “¡Mírela y siga negando que es mi madre!”

»Entonces él se enfureció, se puso muy pálido, asustado por la idea de que el escándalo evitado hasta entonces podía estallar de pronto; que su situación, su fama y su honor quedarían arruinados de un solo golpe; balbuceaba: “Es usted un canalla que quiere sacarnos el dinero. ¡Haga usted bien al pueblo, a esta gentuza, ayúdelos, socórralos!”

»Mi madre, enloquecida, repetía una y otra vez: “¡Vámonos, vámonos!”

»Como la puerta estaba cerrada, él gritó: “¡Si no me abre usted inmediatamente, haré que le metan en la cárcel por chantaje y violencia!”

»Yo seguía siendo dueño de mí; abrí la puerta y les vi hundirse en la oscuridad.

»Entonces, de pronto me pareció que acababa de convertirme en huérfano, y de ser abandonado y tirado al arroyo. Me invadió una tristeza espantosa, mezcla de rabia, odio y repugnancia: sentía una especie de sublevación de todo mi ser, una sublevación de la justicia, de la rectitud, del honor, del cariño rechazado. Eché a correr para alcanzarlos por la orilla del Sena, que ellos tenían que seguir para llegar a la estación de Chatou.

»No tardé en darles alcance. La noche ya había cerrado por completo. Avanzaba a paso de lobo por la hierba, y por eso no me oyeron. Mi madre seguía llorando. Mi padre decía: “La culpa es tuya. ¿Por qué te empeñaste en verle? En nuestra posición, era una locura. Habríamos podido hacerle el bien de lejos, sin presentarnos. Si no podemos reconocerle, ¿para qué servían estas visitas peligrosas?”

»Entonces les salí al encuentro suplicante. Balbucí: “Ya ven ustedes que son mis padres. Una vez me abandonaron, ¿van a rechazarme ahora de nuevo?”

»Entonces, señor presidente, él alzó la mano sobre mí, se lo juro por el honor, la ley y la República. Me golpeó, y cuando yo le agarraba de las solapas sacó del bolsillo un revólver.

»Sólo sé que me puse furioso; tenía mi compás en el bolsillo; le golpeé con él, le golpeé cuanto pude.

»Entonces ella se puso a gritar: “¡Socorro! ¡Al asesino!”, arrancándome la barba. Parece que también la maté. ¿Sé acaso lo que hice en ese momento?

»Luego, cuando les vi a los dos en el suelo, los tiré al Sena, sin reflexionar.

»Eso es todo. Ahora, júzgueme».

El acusado volvió a sentarse. Ante aquella revelación, el caso fue aplazado para la siguiente sesión. Pronto ha de celebrarse. Si fuéramos jurado, ¿qué haríamos con este parricida?

SUICIDAS

No pasa un día sin que aparezca en los periódicos la relación de algún suceso como éste:

“Anoche, los vecinos de la casa número tal de la calle tal oyeron dos o tres detonaciones y, saliendo a la escalera para saber lo que ocurría, entre todos pudieron comprobar que se habían producido en el cuarto del señor X. Al abrir la puerta de dicho cuarto —después de llamar inútilmente— vieron al inquilino tendido en el suelo, sobre un charco de sangre y empuñando aún el revólver con el cual se había ocasionado la muerte.

“Se ignora la causa de tan funesta determinación, porque el señor X. vivía en posición desahogada y, teniendo ya cincuenta y siete años, disfrutaba de bastante salud.”

¿Qué angustiosos tormentos, qué ocultas desdichas, qué horribles desencantos convierten a esas personas, al parecer felices, en suicidas?

Indagamos, presumimos al punto, dramas pasionales, misterios de amor, desastres de intereses, y como no se descubre jamás una causa precisa, cubrimos con una palabra esas muertes inexplicables: “Misterio, misterio”.

Una carta escrita poco antes de morir, por uno de los muchos que “se suicidan sin motivo”, cayó en mi poder. La juzgo interesante. No descubre ningún derrumbamiento, ninguna miseria espantosa, nada de lo extraordinario que se busca siempre para justificar una catástrofe; pero pone de relieve la sucesión de pequeños desencantos que desorganizan fatalmente la existencia solitaria de un hombre que ha perdido todas las ilusiones y acaso explique —a los nerviosos y a los sensitivos, al menos— la tragedia inexplicable de “suicidios inmotivados”.

Leámosla:

“Son ya las doce de la noche. Cuando haya escrito esta carta, voy a matarme. ¿Por qué? Trato de razonar mi determinación, para darme cuenta yo mismo de que se impone fatalmente, de que no debo aplazarla.

“Mis padres eran gentes muy sencillas y crédulas. Yo creí en todo, como ellos.

“Mi engaño duró mucho. Hace poco, se desgarraron para mí los últimos jirones que me velaban la verdad; pero hace ya bastantes años que todos los acontecimientos de mi existencia palidecen. La significación de lo más brillante y atractivo se me presenta en su torpe realidad; la verdadera causa del amor llegó incluso a sustraerme de las poéticas ternuras.

“Nos engañan estúpidas y agradables ilusiones que se renuevan sin cesar.

“Envejeciendo, me había resignado a la horrible miseria de las cosas, a lo vano de todo esfuerzo, a lo inútil que resulta siempre la esperanza: cuando una luz nueva inundó el vacío de mi vida esta noche, después de comer.

“¡Antes yo era feliz! Todo me alegraba: las mujeres al pasar, las calles, mi vivienda, y aun la hechura de mis ropas constituía para mí una preocupación agradable. Pero las mismas ideas, los mismos actos repetidos, monótonos, acabaron por sumergir mi alma en una laxitud espantosa.

“Todos los días, a la misma hora, durante treinta años, me levanté de la cama; y todos los días, en el mismo restaurante, durante treinta años, a las mismas horas, me servían los mismos platos mozos diferentes.

“Me propuse viajar. El aislamiento que sentimos en ciudades nuevas, en residencias desconocidas, me asustó. Sentíame tan abandonado sobre la tierra, tan insignificante, que volví a tomar el camino de mi casa.

“Y, entonces, la inmutable fisonomía de los muebles, fijos en el mismo lugar durante treinta años, las rozaduras de mis sillones, que yo conocí nuevos, el olor de mi casa —cada casa que habitamos, con el tiempo adquiere un olor especial— acabaron produciéndome náuseas y la negra melancolía de vivir mecánicamente.

“Todo se repite sin cesar y de un modo lamentable. Hasta la manera de introducir —al volver cada noche— la llave en la cerradura; el sitio donde siempre dejo las cerillas; la mirada que al entrar esparzo en torno de mi habitación, mientras el fósforo se inflama. Y todo me provoca —para verme libre de una existencia tan ruin— a tirarme por el balcón.

“Mientras me afeito, cada mañana me seduce la idea de degollarme, y mi rostro, el mismo siempre, que se refleja en el espejo con las mejillas cubiertas de jabón, muchas veces me hizo llorar de tristeza.

“Ni siquiera me complace tropezar con personas a las cuales veía con gusto hace tiempo; las conozco tanto que adivino lo que me dirán y lo que les diré; a fuerza de razonar con las mismas, descubrimos la ilación de sus ideas. Cada cerebro es como un circo donde un pobre caballo da vueltas. Por mucho que nos empeñemos en buscar otros caminos, por muchas cabriolas que hagamos, la pista no varía de forma ni ofrece lances imprevistos ni abre puertas ignoradas. Hay que dar vueltas y más vueltas, pasando siempre por las mismas reflexiones, por los mismos chistes, por las mismas costumbres, por las mismas creencias, por los mismos desencantos.

“Al retirarme hoy a mi casa, una insistente niebla invadía el bulevar, oscureciendo los faroles de gas, que parecían candilejas. Pesaba el ambiente húmedo sobre mis hombros como una carga. Seguramente hago una digestión difícil.

“Y una buena digestión lo es todo en la vida. Ofrece inspiraciones al artista, deseos a los jóvenes enamorados, luminosas ideas a los pensadores, alegría de vivir a todo el mundo, y permite comer con abundancia —lo cual es también una dicha—. Un estómago enfermo conduce al escepticismo, a la incredulidad, engendra sueños terribles y ansias de muerte. Lo he notado con frecuencia. Es posible que no me matara esta noche, haciendo una buena digestión.

“Después de haberme acomodado en el sillón donde me siento hace treinta años todos los días, miré alrededor, creyéndome víctima de un desaliento espantoso.

“¿De qué medio valirme para escapar a mi razón macilenta, más horrible aún que la desordenada locura? Cualquier empleo, cualquier trabajo me parece más odioso que la acción en que vivo. Quise poner en orden mis papeles.

“Hacía tiempo que deseaba registrar los cajones de mi escritorio, porque durante los treinta últimos años había metido allí, al azar, las cartas y las cuentas. Aquel desorden llegó a preocuparme algunas veces; pero me sobrecoge una fatiga tal en cuanto me propongo un trabajo metódico y ordenado, que nunca me atreví a empezar.

“Esta noche me senté junto a mi escritorio y abrí, resuelto a preservar algunos papeles y romper la mayor parte.

“Quedeme de pronto pensativo ante aquel hacinamiento de hojas amarillentas; luego cogí una.

“¡Oh! Si aprecian en algo su vida, no toquen jamás las cartas viejas que guardan los cajones de su escritorio. Y si no pueden resistir la tentación de abrirlos, cojan a granel, con los ojos cerrados, los paquetes de cartas para tirarlos al fuego; no lean ni una sola frase, porque sólo ver la escritura olvidada y de pronto reconocida, los lanza en un océano de recuerdos; quemar esos papeles que matan; cuando estén hechos pavesas, pisotéenlos para convertirlos en impalpables cenizas... Y si no lo hacen así, los anonadarán como acaban de anonadarme y destruirme.

“¡Ah! Las primeras cartas no me han interesado; eran de fechas recientes y de personas que viven y a las que veo, sin gusto, con alguna frecuencia. Pero, de pronto, la vista de un sobre me ha estremecido. Al reconocer los rasgos de la escritura se han cubierto mis ojos de lágrimas. Era la letra de mi mejor amigo, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas. Y se me apareció tan claramente, con su bondadosa sonrisa, tendiéndome las manos, que sentí un escalofrío penetrante; hasta mis huesos vibraron. Sí, sí; los muertos vuelven. ¡Lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más acabado aún que el universo; ¡puede hacer vivir hasta lo que no existe!

“Con la mano temblorosa y los ojos turbios, recorrí toda su carta, y en mi pobre corazón angustiado he sentido un desgarramiento espantoso. Mis lamentaciones eran tan lastimosas, como si me hubiesen magullado las carnes.

“Así he ido remontándome a través de mi vida, como remontamos un río, luchando contra la corriente. Aparecieron personas olvidadas, cuyos nombres no puedo recordar; pero su rostro sí lo recuerdo. En las cartas de mi madre resucitan criados antiguos, el aspecto de nuestra casa y mil detalles nimios que una inteligencia infantil recoge.

“Sí; he visto de pronto los vestidos que usó mi madre en distintas épocas y, según la moda y según el tocado, mostraba una fisonomía diferente. Sobre todo me obsesionaba con un traje de seda rameado, y recuerdo que un día,

llevando aquel traje, me amonestó dulcemente: 'Roberto, hijo mío, si no procuras erguirte un poco, serás jorobado toda tu vida'.

“Luego, al abrir otro cajón, aparecieron las prendas marchitas de mis amores: un zapatito de baile, un pañuelo desgarrado, una liga de seda, trencitas de pelo, flores... Y las novelas de mi vida sentimental me sumergieron más en la triste melancolía de lo que no vuelve. ¡Ah! ¡Las frentes juveniles orladas con rubios cabellos, las manos acariciadoras, los ojos insinuantes, la sonrisa que promete un beso, el beso que asegura un paraíso!... Y ¡el primer beso!... Aquel beso delicioso, interminable, que ofusca la mirada, que abate la imaginación, que nos posee y nos glorifica, ofreciéndonos a la vez un goce ideal y la promesa de otros goces deseados.

“Cogiendo con ambas manos aquellas prendas tristes de lejanas ternuras, las cubrí de caricias furiosas y en mi corazón desolado por los recuerdos sentía resonar cada hora de abandono, sufriendo un suplicio más cruel que las monstruosas leyendas infernales. ¡Ah! ¿Por qué las abandoné o por qué me abandonaron?

“Quedaba por ver una carta fechada hacía medio siglo. Me la dictó el maestro de escritura: 'Mamita de mi alma: hoy cumpla siete años. A esa edad ya se discurre; ya sé lo que te debo. Te juro emplear bien la vida que me has dado.

'Tu hijo que te adora, Roberto'.

“Me había remontado hasta el origen. El recuerdo era desconsolador. ¿Y el porvenir? Quise profundizar en lo que me faltaba de vida, y se me apareció la vejez espantosa y solitaria, con su cortejo de achaques y dolencias... ¡Todo acabado para mí! ¡Nadie junto a mí!

“El revólver está sobre la mesa... Es tentador...”

No lean nunca las cartas de otros tiempos! ¡No recuerden viejas memorias!... Así es como se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución.

CARTA ENCONTRADA A UN AHOOGADO

¿Me pregunta usted, señora, si me burlo? ¿No puede usted creer que un hombre no haya sentido jamás amor? Pues bien: no, no he amado nunca, nunca.

¿De qué depende eso? No lo sé... Pero no he sentido jamás ese estado de embriaguez del corazón que llaman amor. Jamás he vivido en ese ensueño, en esa locura, en esa exaltación a que nos lanza la imagen de una mujer, ni me vi nunca perseguido, obsesionado, calenturiento, embebecido por la esperanza o la posesión de un ser convertido de pronto para mí en el más deseable de todos los encantos, en la más hermosa de todas las criaturas, más interesante que todo el universo. En mi vida he llorado ni he sufrido por ninguna de ustedes. Tampoco he pasado las noches en vela pensando en una mujer. No conozco ese despertar que su pensamiento y su recuerdo iluminan. No conozco tampoco la excitación enloquecedora del deseo, cuando se le espera, y la divina melancolía sentimental, cuando ella ha huido, dejando en el cuarto un perfume sutil de violeta y de carne.

Jamás he amado.

Muy a menudo me he preguntado a qué es esto debido y, verdaderamente, no lo sé muy bien. Aunque llegué a encontrar varias razones, se refieren a la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

Analizo demasiado a las mujeres para dejarme dominar por sus encantos. Pido a usted mil perdones por esta confesión que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física.

Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos hállase a mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

La inteligencia que tenemos el derecho de exigir a una mujer para amarla no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primerísima cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revelan mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar a un amigo o a una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose a una simpatía íntima, profunda y encantadora.

Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto a adorar las debilidades tanto como las bellezas y, para esto, renunciar a todo juicio, a toda reflexión, a toda perspicacia.

Soy incapaz de cegarme hasta ese punto y muy rebelde a la seducción no razonada.

Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted a tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, a mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén perfectamente de acuerdo. Quiero decir que las personas que tienen la nariz de una forma especial no pueden pensar de cierto modo. Los gruesos no tienen el derecho de usar las mismas palabras que los delgados. Señora: usted, que tiene los ojos azules, no puede observar la existencia, juzgar las cosas y los acontecimientos como si tuviera los ojos negros. Los matices de su mirada deben corresponder fatalmente con los matices de su pensamiento. Para comprender todo esto tengo el olfato de un perro perdiguero. Ríase si le place, pero es tal como lo digo. Creí, sin embargo, haber amado un día durante una hora. Me dejé dominar tontamente por la influencia de las circunstancias que nos rodeaban. Me había dejado seducir por un espejismo boreal. ¿Quiere usted que le refiera esta historia?

Una noche me tropecé con una encantadora personita, muy exaltada, la cual, para satisfacer una fantasía poética, quería pasar la noche conmigo en una lancha, en medio del río; yo hubiera preferido un cuarto y una cama, pero, a pesar de todo, acepté la barca y el río.

Estábamos en el mes de junio. Mi amiga había escogido una noche de luna para dar rienda suelta a su exaltación.

Comimos en un ventorrillo, a la orilla del agua, y a las diez nos embarcamos. La aventura me parecía estúpida; pero como mi compañera me gustaba, no me enfadé. Sentándome en el banco frente a ella, cogí los remos y partimos.

No podía negar que el espectáculo era encantador. Bordeábamos una isla montañosa, llena de ruiseñores, y la corriente nos impulsaba rápidamente por el agua, cubierta de reflejos plateados. Por doquiera oíamos el grito monótono y claro de los sapos; croaban las ranas en las orillas, y los rumores del agua corriente formaban alrededor nuestro un sonido confuso, casi imperceptible, inquietante, que nos daba una vaga sensación de miedo misterioso.

El encanto de las noches cálidas y de las aguas brillantes con el reflejo de la luna nos invadía.

Daba gusto vivir y, navegando de aquel modo, soñar y sentir al lado de una mujer tierna y hermosa.

Encontrábame algo conmovido, emocionado, embriagado por la claridad de la luna y con la obsesión de mi compañera. "Siéntese usted a mi lado", me dijo. Obedecí. Ella repuso: "Dígame versos". Pareciéndome demasiado, me

negué a complacerla. Insistió. Decididamente le gustaban las cosas por todo lo alto; quería que se tocara la cuerda del sentimiento a toda orquesta, desde la luna hasta la rima. Acabé por ceder y le recité, por burla, una deliciosa composición de Luis Bouilhet, cuyas estrofas dicen:

*Odio ante todo al lagrimoso vate
que frente al estrellado firmamento
musita un nombre, al que sin Lisa o Juana
le parece vacío el universo.*

*¡Oh, qué graciosa gente la que cuelga
faldas sobre la fronda de los llanos,
y en la verde colina cofias blancas
para que el mundo tenga algún encanto!*

*¿Qué sabe de la música divina,
vibrante voz de la Natura eterna,
quién no gusta de ir solo en las cañadas
y al susurrar del bosque sueña en hembras?*

Creí se enfadaría, mas no fue así.

—¡Qué verdad es eso! —murmuró.

Quedeme estupefacto. ¿Habría comprendido?

Poco a poco nuestra barca se acercó a la orilla, penetrando bajo un sauce, que la detuvo. Cogiendo a mí compañera por el talle, acerqué con dulzura los labios a su cuello. Pero me rechazó con un movimiento irritado y brusco, diciendo:

—¡Suélteme! ¡Es usted un grosero!

Procuré atraerla. Ella se defendía y, agarrándose al árbol, por poco vamos al agua. Juzgué prudente desistir de mis pretensiones. Entonces ella dijo:

—Le ruego que siga remando. ¡Estoy tan bien aquí! ¡Sueño! ¡Es tan agradable!

Después, con un poco de ironía en el acento, añadió:

—¿Tan pronto ha olvidado usted los versos que acaba de recitar?

Era justo. Callé.

—Vamos, reme usted —me dijo, y cogí de nuevo los remos.

Empezaba a parecerme la noche muy larga, y ridícula mi actitud.

Mi compañera me preguntó:

—¿Quiere usted hacerme una promesa?

—Sí. ¿Cuál?

—Permanecer tranquilo y correcto, discretamente, mientras yo...

—¿Qué?

—Verá usted. Quisiera echarme en el fondo de la barca, a su lado, mirando las estrellas.

—Comprendo —exclamé.

—No, no comprende usted —replicó ella—. Vamos a echarnos uno al lado del otro; pero le prohíbo que me toque, que me abrace; en fin..., que..., que me acaricie...

Prometí. Entonces ella advirtió:

—Si hace usted un movimiento inconveniente, haré zozobrar la barca.

Y nos echamos en el suelo, uno al lado del otro. Los vagos balanceos de la canoa nos mecían. Los ligeros rumores de la noche, llegando más distintos al fondo de la embarcación, nos hacían vibrar, estremeciéndonos. ¡Sentía crecer en mí una extraña y punzante emoción, una ternura infinita, algo como una necesidad de abrir los brazos para estrechar en ellos alguna cosa, y el corazón para amar, de entregarme a alguien, de entregar mis pensamientos, mi cuerpo, mi vida, todo mi ser!

Mi compañera murmuró como en un sueño:

—¿En dónde estamos? ¿Dónde vamos que parece que abandono este mundo? ¡Qué dulzura más grande! ¡Oh! Si me amara usted... un poco.

El corazón me latía con violencia. Nada pude responder; me pareció que la amaba. No sentía ningún deseo violento. Estaba muy bien de aquel modo a su lado; me parecía suficiente aquello.

Y permanecimos largo rato, largo rato, inmóviles. Nos habíamos cogido una mano; una fuerza misteriosa nos contenía: una fuerza desconocida, superior, una alianza pura, íntima, absoluta de nuestros cuerpos que eran el uno del otro sin tocarse. ¿Qué significaba aquello? ¿Lo sé yo? ¿Amor quizá?

El día clareaba poco a poco. Eran las tres de la madrugada. Lentamente una inmensa claridad invadía el cielo. La canoa tropezó con algo. Me incorporé: habíamos llegado a un islote.

Permanecía en éxtasis, encantado. Frente a nosotros, en toda la extensión, el firmamento se iluminaba de un rojo violáceo, salpicado de nubes entrelazadas semejantes a un humo dorado. El río estaba de color purpúreo y tres casas de la orilla parecían arder.

Inclineme hacia mi compañera para decirle:

—Mire usted.

Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi a ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos y sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era del color de rosa. Y tan enloquecido estaba que creí tener a la aurora ante mí.

Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Inclineme hacia ellos, estremecido, delirante; sintiendo muy bien que iba a besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido a la humanidad.

Pero entonces ella me dijo:

—Tiene usted una oruga en el pelo.

¡Y por esto sonreía!

Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

De pronto sentime como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás... Pero... ¿quién sabe?

(El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta fue sacado ayer del Río Sena, entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo, que lo había registrado para saber su nombre, presentó el papel que acabamos de copiar.)

EL MIEDO

A J.K. Huysmans

Volvimos a subir a cubierta después de la cena. Ante nosotros, el Mediterráneo no tenía el más mínimo temblor sobre toda su superficie, a la que una gran luna tranquila daba reflejos. El ancho barco se deslizaba, echando al cielo, que parecía estar sembrado de estrellas, una gran serpiente de humo negro; detrás de nosotros, el agua blanquísima, agitada por el paso rápido del pesado buque, golpeada por la hélice, espumaba, removía tantas claridades que parecía luz de luna burbujeando.

Ahí estábamos, unos seis u ocho, silenciosos, llenos de admiración, la vista vuelta hacia la lejana África, a donde nos dirigíamos. De pronto el comandante, que fumaba un puro en medio de nosotros, retomó la conversación de la cena.

—Sí, aquel día tuve miedo. Mi navío se quedó seis horas con esa roca en el vientre, golpeado por el mar. Afortunadamente, por la tarde nos recogió un barco carbonero inglés que nos había visto.

Entonces un hombre alto con el rostro quemado, de aspecto serio, uno de esos hombres que uno imagina que han cruzado largos países desconocidos, en medio de peligros incesantes, y cuyos ojos tranquilos parecen conservar, en su profundidad, algo de los países extraños que han visto; uno de esos hombres que uno adivina empapado en el valor, habló por primera vez:

—Usted dice, comandante, que tuvo miedo; no le creo en absoluto. Usted se equivoca en la palabra y en la sensación que experimentó. Un hombre energético nunca tiene miedo ante un peligro apremiante. Está emocionado, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El comandante prosiguió, riéndose:

—¡Caray! Le vuelvo a decir que yo tuve miedo.

Entonces el hombre de tez morena dijo con una voz lenta:

—¡Permítame explicarme! El miedo (y hasta los hombres más intrépidos pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo horroroso del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia. Pero cuando se es valiente, esto no ocurre ni ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas de peligro: ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas frente a riesgos vagos. El verdadero miedo es como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño. Un hombre que cree en los fantasmas y se imagina ver un espectro en la noche debe de experimentar el miedo en todo su espantoso horror.

«Yo adiviné lo que es el miedo en pleno día, hace unos diez años. Lo experimenté, el pasado invierno, una noche de diciembre.

«Y, sin embargo, he pasado por muchas vicisitudes, muchas aventuras que parecían mortales. He luchado a menudo. Unos ladrones me dieron por muerto. Fui condenado, como sublevado, a la horca en América y arrojado al mar desde la cubierta de un buque frente a la costa de China. Todas las veces creí estar perdido e inmediatamente me resignaba, sin enternecimiento e incluso sin arrepentimientos.

«Pero el miedo no es eso.

«Lo presentí en África. Y, sin embargo, es hijo del Norte; el sol lo disipa como una niebla. Fíjense en esto, señores. Entre los orientales, la visa no vale nada; se resignan en seguida; las noches están claras y vacías de las sombrías preocupaciones que atormentan los cerebros en los países fríos. En Oriente, donde se puede conocer el pánico, se ignora el miedo.

«Pues bien, esto es lo que me ocurrió en esa tierra de África:

«Atravesaba las grandes dunas al sur de Uargla. Es éste uno de los países más extraños del mundo. Conocerán la arena unida, la arena recta de las interminables playas del Océano. ¡Pues bien! Figúrense al mismísimo Océano convertido en arena en medio de un huracán; imaginen una silenciosa tormenta de inmóviles olas de polvo amarillo. Olas altas como montañas, olas desiguales, diferentes, totalmente levantadas como aluviones desenfrenados, pero mis grandes aún, y estriadas como el moaré. Sobre ese mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol devorador del sur derrama su llama implacable y directa. Hay que escalar aquellas láminas de ceniza de oro, volver a bajar, escalar de nuevo, escalar sin cesar, sin descanso y sin sombra. Los caballos jadean, se hunden hasta las rodillas y resbalan al bajar la otra vertiente de las sorprendentes colinas.

«Íbamos dos amigos seguidos por ocho espahíes y cuatro camellos con sus camelleros. Ya no hablábamos, rendidos por el calor, el cansancio, y resecos de sed como aquel desierto ardiente. De pronto uno de aquellos hombres dio como un grito; todos se detuvieron; permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros en aquellas regiones perdidas.

«En algún lugar, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; sonaba con claridad, unas veces más vibrante, otras debilitado, deteniéndose, e iniciando de nuevo su redoble fantástico.

«Los árabes, espantados, se miraban; uno dijo, en su idioma: “La muerte está sobre nosotros.” Y entonces, de pronto, mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, se cayó de cabeza del caballo, fulminado por una insolación.

«Y durante dos horas, mientras intentaba en vano salvarle, aquel tambor inalcanzable me llenaba el oído con su ruido monótono, intermitente e incomprensible; y sentía deslizarse por mis huesos el miedo, el verdadero miedo, el odioso miedo, frente al cadáver amado, en ese agujero incendiado por el sol entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos arrojaba, a doscientas leguas de cualquier pueblo francés, el redoble rápido del tambor.

«Aquel día entendí lo que era tener miedo; y lo supe aún mejor en otra ocasión...

El comandante interrumpió al narrador:

—Perdone, señor, pero ¿aquel tambor? ¿Qué era?

El viajero contestó:

—No lo sé. Nadie lo sabe. Los oficiales, a menudo sorprendidos por ese ruido singular, lo suelen atribuir al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente inflado por las ondulaciones de las dunas, de una lluvia de granos de arena arrastrados por el viento al chocar con una mata de hierbas secas; ya que siempre se ha comprobado que el fenómeno se produce cerca de pequeñas plantas quemadas por el sol, y duras como el pergamino.

«Aquel tambor no sería más que una especie de espejismo del sonido. Eso es todo. Pero no lo supe hasta más tarde.

«Sigo con mi segunda emoción.

«Ocurrió el invierno pasado, en un bosque del noreste de Francia. El cielo estaba tan oscuro que la noche llegó dos horas antes. Tenía como guía a un campesino que andaba a mi lado, por un pequeñísimo camino, bajo una bóveda de abetos a los que el viento desenfrenado arrancaba aullidos. Entre las copas veía correr nubes desconcertadas, nubes enloquecidas que parecían huir ante un espanto. A veces, bajo una inmensa ráfaga, todo el bosque se inclinaba en el mismo sentido con un gemido de sufrimiento; y me invadía el frío, a pesar de mi paso ligero y mi ropa pesada.

«Teníamos que cenar y dormir en la casa de un guardabosque, cuya morada ya no quedaba muy lejos. Iba allí para cazar.

«A veces mi guía levantaba los ojos y murmuraba: “¡Qué tiempo tan triste!” Luego me habló de la gente a cuya casa llegábamos. El padre había matado a un cazador furtivo dos años antes y, desde entonces, parecía sombrío, como atormentado por un recuerdo. Sus dos hijos, ya casados, vivían con él.

«La noche era profunda. No veía nada delante de mí, ni a mi alrededor, y las ramas de los árboles chocaban entre sí llenando la noche de un incesante rumor. Finalmente vi una luz y en seguida mi compañero llamó a una puerta. Nos contestaron los gritos agudos de unas mujeres. Después una voz de hombre, una voz sofocada, preguntó: “¿Quién es?” Mi guía dio su nombre. Entramos. Fue un cuadro inolvidable.

«Un hombre viejo de pelo blanco y mirada loca, con la escopeta cargada en la mano, nos esperaba de pie en mitad de la cocina mientras dos mozarrones, armados con hachas, vigilaban la puerta. Distinguí en los rincones oscuros a dos mujeres arrodilladas, con el rostro escondido contra la pared.

«Nos presentamos. El viejo volvió a poner su arma contra la pared y mandó que se preparara mi habitación; luego, como las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Verá usted, señor; esta noche, hace dos años, maté a un hombre. El año pasado volvió para buscarme. Le espero otra vez esta noche. —Y añadió con un tono que me hizo sonreír—: Por eso no estamos tranquilos.

«Le tranquilicé como pude, feliz por haber venido precisamente aquella noche, y asistir al espectáculo de ese terror supersticioso. Conté varias historias y conseguí tranquilizarles a casi todos.

«Cerca del fuego, un viejo perro, bigotudo y casi ciego, uno de esos perros que se parecen a gente que conocemos, dormía el morro entre las patas.

«Fuera, la tormenta encarnizada azotaba la pequeña casa y, a través de un estrecho cristal, una especie de mirilla situada cerca de la puerta, veía de pronto todo un desbarajuste de árboles empujados violentamente por el viento a la luz de grandes relámpagos.

«Notaba perfectamente que, a pesar de mis esfuerzos, un terror profundo se había apoderado de aquella gente, y cada vez que dejaba de hablar, todos los oídos escuchaban a lo lejos. Cansado de presenciar aquellos temores estúpidos, iba a pedir acostarme, cuando el viejo guarda de pronto saltó de su silla, cogió de nuevo su escopeta, mientras tartamudeaba con una voz enloquecida:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Le oigo!

«Las dos mujeres volvieron a caerse de rodillas en los rincones, escondiendo el rostro; y los hijos volvieron a coger sus hachas. Iba a intentar tranquilizarles otra vez, cuando el perro dormido se despertó de pronto y, levantando la cabeza, tendiendo el cuello, mirando hacia el fuego con sus ojos casi apagados, dio uno de esos lúgubres aullidos que hacen estremecerse a los viajeros, de noche, en el campo. Todos los ojos se volvieron hacia él; ahora permanecía inmóvil, tieso sobre las patas, como atormentado por una visión; se echó de nuevo a aullar hacia algo invisible, desconocido, sin duda horroroso, ya que todo el pelo se le ponía de Punta. El guarda, lívido, gritó:

—¡Lo huele! ¡Lo huele! Estaba ahí cuando lo maté. —Y las dos mujeres enloquecidas se echaron a gritar con el perro.

«A mi pesar, un gran escalofrío me corrió entre los hombros. El ver al animal en aquel lugar, a aquella hora, en medio de aquella gente enloquecida, resultaba espantoso.

«Entonces, durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como preso de angustia en un sueño; y el miedo, el espantoso miedo entró en mí; ¿el miedo a qué? ¿Lo sabré yo? Era el miedo, y punto.

«Permanecíamos inmóviles, lívidos, en espera de un acontecimiento horroroso, aguzando el oído, el corazón latiendo, descompuestos al menor ruido. Y el perro se puso a dar vueltas alrededor del cuarto, oliendo las paredes y siempre gimiendo. ¡Aquel animal nos volvía locos! Entonces el campesino que me había guiado, se abalanzó sobre él, en una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba a un pequeño patio, echó al animal afuera.

«Éste se calló en seguida, y nos quedamos sumidos en un silencio aún más terrorífico. Y de pronto todos a la par tuvimos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba contra la pared, en el exterior, hacia el bosque; luego pasó junto a la puerta, que pareció palpar, con una mano vacilante; no volvimos a oír nada más durante dos minutos que nos convirtieron en insensatos; luego volvió, siempre rozando la pared; y raspó ligeramente, como lo haría un niño con la uña; y de pronto una cabeza apareció contra el cristal de la mirilla, una cabeza blanca con ojos luminosos como los de una fiera. Y un sonido salió de su boca, un sonido indistinto, un murmullo quejumbroso.

«Entonces un estruendo formidable estalló en la cocina. El viejo guarda había disparado. Inmediatamente sus hijos se precipitaron, taparon la mirilla levantando la gran mesa que sujetaron con el aparador.

«Y les juro que al oír el estrépito del disparo que no me esperaba tuve tal angustia en el corazón, el alma y el cuerpo, que me sentí desfallecer y a punto de morir de miedo.

«Nos quedamos ahí hasta la aurora, incapaces de movernos, de decir una palabra, crispados en un enloquecimiento inefable.

«No nos atrevimos a desatracar la salida hasta no ver, por la hendidura de un sobradillo, un fino rayo de día.

«Al pie del muro, junto a la puerta, yacía el viejo perro, con el hocico destrozado por una bala.

«Había salido del patio escarbando un agujero bajo una empalizada.

El hombre de rostro moreno se calló; luego añadió:

— Aquella noche no corrí ningún peligro, pero preferiría volver a empezar todas las horas en las que me enfrenté con los peligros más terribles, antes que el minuto único del disparo sobre la cabeza barbuda de la mirilla.

LA TUMBA

El diecisiete de julio de mil ochocientos ochenta y tres, a las dos y media de la mañana, el guarda del cementerio de Béziers, que vivía en un pequeño pabellón en el extremo del campo de los muertos, fue despertado por los ladridos de su perro encerrado en la cocina.

Bajó al punto y vio que el animal olfateaba debajo de la puerta ladrando con furia, como si algún vagabundo merodease alrededor de la casa. El guarda Vincent cogió entonces su escopeta y salió con precaución.

El perro echó a correr en dirección a la avenida del general Bonnet y se paró en seco junto al mausoleo de la señora Tonloiseau.

Avanzando entonces con precaución, el guarda vislumbró enseguida una lucecita hacia la avenida Malenvers. Se deslizó entre las tumbas y fue testigo de un acto horrible de profanación.

Un hombre había desenterrado el cadáver de una mujer joven sepultada la víspera, y la sacaba en ese momento de la tumba.

Una pequeña linterna sorda, colocada sobre un montón de tierra, alumbraba aquella escena repugnante.

Tras lanzarse sobre aquel miserable, el guarda Vincent lo derribó, le ató las manos y lo condujo al puesto de policía.

Era un joven abogado de la ciudad, rico y bien considerado, que se llamaba Courbataille.

Fue juzgado. El ministerio fiscal recordó los actos monstruosos del sargento Bertrand¹ y conmocionó al auditorio.

Escalofríos de indignación recorrían la multitud. Cuando se sentó el magistrado estallaron gritos de: «¡A muerte! ¡A muerte!» Al presidente del tribunal le costó gran esfuerzo que se restableciera el silencio.

Luego dijo en tono grave:

—Acusado, ¿qué tiene usted que decir en su defensa?

Courbataille, que no había querido abogado, se puso en pie. Era un joven guapo, alto, moreno, de cara franca, rasgos enérgicos y mirada audaz.

Del público brotaron silbidos.

Él no se alteró, y empezó a hablar con voz algo velada, algo baja al principio, pero que fue afirmándose poco a poco.

—Señor presidente,

»Señores jurados:

»Tengo muy poco que decir. La mujer cuya tumba violé había sido mi amante. La amaba.

»La amaba no con un amor sensual, no con una simple ternura de alma y corazón, sino con un amor absoluto, completo, con pasión desesperada.

»Escúchenme:

»Cuando la conocí por primera vez, al verla sentí una sensación extraña. No fue sorpresa ni admiración, no fue lo que se llama un flechazo, sino un sentimiento de bienestar delicioso, como si me hubieran metido en un baño de agua tibia. Sus gestos me seducían, su voz me fascinaba, al mirarla toda su persona provocaba en mí un placer infinito. Me parecía además que la conocía hacía mucho, que ya la había visto. Llevaba en ella un no sé qué de mi propio espíritu.

»Me parecía una especie de respuesta a un llamamiento lanzado por mi alma, a ese llamada vaga y continuada que lanzamos a la Esperanza durante todo el curso de nuestra vida.

»Cuando la conocí un poco más, el solo pensamiento de volver a verla me turbaba de un modo exquisito y profundo; el contacto de su mano y la mía suponía tal delicia para mí que antes nunca lo hubiera imaginado; su sonrisa derramaba en mis ojos una alegría frenética, me daba deseos de correr, de bailar, de rodar por el suelo.

»Así pues se convirtió en mi amante.

»Fue más que eso, fue mi vida misma. Yo no esperaba nada más en la tierra, no deseaba nada, nada más. No anhelaba nada más.

»Al día siguiente se le declaró una fluxión de pecho. Ocho días más tarde, expiraba.

»Durante las horas de agonía, el asombro y el espanto me impidieron comprender bien y reflexionar.

»Cuando estuvo muerta, la desesperación brutal me dejó tan aturdido que no tenía siquiera pensamiento. Lloraba.

»Durante todas las horribles fases del entierro, mi dolor agudo y furioso seguía siendo un amor de loco, una especie de dolor sensual, físico.

»Luego, cuando hubo partido, cuando estuvo enterrada, mi espíritu se aclaró de pronto y pasé toda una serie de sufrimientos morales tan espantosos que hasta el amor mismo que ella me había dado resultaba caro a tal precio. Entonces me obsesionó esta idea fija: "Nunca más volveré a verla."

»Cuando se piensa en esto durante todo un día, se apodera de uno la demencia. ¡Piensen! ¡Un ser que te adora, un ser único, porque en toda la extensión de la tierra no existe otro que se le parezca! Ese ser se ha entregado a vosotros, crea con vosotros esa unión misteriosa que se llama el Amor. Sus ojos os parecen más vastos que el espacio, más fascinantes que el mundo, esos ojos claros donde sonríe la ternura. Ese ser os ama. Cuando os habla, su voz derrama una oleada de felicidad.

»¡Y de golpe desaparece! ¡Piensen! Desaparece no solo para ustedes, sino para siempre. Está muerto. ¿Comprenden esta palabra? Nunca, nunca, nunca, en ninguna parte volverá a existir ese ser. Nunca esos ojos mirarán ya nada; nunca esa voz, nunca una voz semejante, entre todas las voces humanas, pronunciará de la misma forma una siquiera de las palabras que pronunciaba la suya.

»Nunca ningún rostro volverá a nacer semejante al suyo. ¡Jamás, jamás! Se guardan los moldes de las estatuas; se conservan las marcas que permiten reconstruir los objetos con los mismos contornos y los mismos colores. Pero ese cuerpo y esa cara nunca volverán a reaparecer sobre la tierra. Y sin embargo nacerán millares de criaturas, millones, miles de millones, y mucho más aún, y entre todas las mujeres futuras ésa no volverá a renacer. ¿Es posible? Pensando en ello, uno se vuelve loco.

»Ha vivido veinte años, no más, y ha desaparecido para siempre, para siempre, para siempre.

»Ella pensaba, sonreía, me amaba. Nada más. Las moscas que mueren en otoño son tantas como nosotros en la creación. Nada más. Y yo pensaba que su cuerpo, su cuerpo fresco, cálido, tan dulce, tan blanco, tan hermoso, iba a pudrirse en el fondo de un ataúd bajo tierra. Y su alma, su pensamiento, su amor, adónde?

»¡No volver a verla! ¡No volver a verla! Me atormentaba la idea de ese cuerpo descompuesto que, sin embargo, acaso yo pudiera reconocer. ¡Y quise contemplarlo una vez más!

»Salí con una azada, una linterna y un martillo. Salté la tapia del cementerio. Encontré el agujero de su tumba; aún no lo habían tapado por completo.

»Descubrí el féretro. Y levanté una tabla. Un olor abominable, el aliento infame de las putrefacciones subió hasta mi cara. ¡Oh, su lecho, perfumado de lirios!

»¡Abrí sin embargo el ataúd, y hundí dentro mi linterna encendida, y la vi. ¡Tenía la cara azulada, tumefacta, espantosa! De su boca había fluido un líquido negro.

»¡Ella! ¡Era ella! Me sobrecogí de horror. ¡Pero estiré el brazo y cogí su pelo para atraer hacia mí aquella cara monstruosa!

»Fue entonces cuando me detuvieron.

»Toda la noche guardé, como se guarda el perfume de una mujer tras un abrazo amoroso, el aroma inmundo de aquella podredumbre, el aroma de mi amada.

»Hagan ustedes de mí lo que quieran.»

Un extraño silencio se dejó caer sobre la sala. Todos parecían esperar algo más. Los jurados se retiraron para deliberar.

Cuando regresaron al cabo de unos minutos, el acusado parecía no temer nada e incluso faltarle la capacidad de pensar.

El presidente, con las fórmulas de costumbre, le anunció que sus jueces lo declaraban inocente.

Él no hizo ni un gesto, y el público aplaudió.

CARTA DE UN LOCO

Querido doctor, me pongo en sus manos. Haga usted de mí lo que guste.

Voy a decirle con toda franqueza mi extraño estado de ánimo, y juzgue si no sería mejor que cuidasen de mí durante algún tiempo en una casa de salud, en vez de dejarme presa de las alucinaciones y sufrimientos que me atormentan.

Ésta es la historia, larga y exacta, de la singular enfermedad de mi alma.

Vivía yo como todo el mundo, mirando la vida con los ojos abiertos y ciegos del hombre, sin sorprenderme ni comprender. Vivía como viven las bestias, como vivimos todos, cumpliendo todas las funciones de la existencia, analizando y creyendo ver, creyendo saber, creyendo conocer lo que me rodea, cuando un día me di cuenta de que todo es falso.

Fue una frase de Montesquieu la que súbitamente iluminó mi pensamiento. Es ésta: «Un órgano de más o de menos en nuestra máquina nos hubiera dado una inteligencia distinta. En una palabra, todas las leyes asentadas sobre el hecho de que nuestra máquina es de una determinada forma serían diferentes si nuestra máquina no fuera de esa forma.»

He pensado en esto durante meses, meses y meses, y poco a poco ha penetrado en mí una extraña claridad, y esa claridad ha creado ahí la oscuridad.

En efecto, nuestros órganos son los únicos intermediarios entre el mundo exterior y nosotros. Es decir, que el ser interior que constituye el yo se halla en contacto, mediante algunos hilillos nerviosos, con el ser exterior que constituye el mundo.

Pero, además de que ese ser exterior se nos escapa por sus proporciones, su duración, sus propiedades innumerables e impenetrables, sus orígenes, su futuro o sus fines, sus formas lejanas y sus manifestaciones infinitas, nuestros órganos, sobre la parcela que de él podemos conocer no nos suministran otra cosa que informes tan inseguros como poco numerosos.

Inseguros, porque únicamente son las propiedades de nuestros órganos las que determinan para nosotros las propiedades aparentes de la materia.

Poco numerosos, porque al no ser nuestros sentidos más que cinco, el campo de sus investigaciones y la naturaleza de sus revelaciones se hallan necesariamente muy restringidos.

Me explico: la vista nos indica las dimensiones, las formas y los colores. Nos engaña en esos tres puntos.

No puede revelarnos otra cosa que los objetos y seres de dimensión media, proporcionados a la estatura humana, lo cual nos lleva a aplicar la palabra grande a determinadas cosas y la palabra pequeño a otras, sólo porque su debilidad no le permite conocer lo que es demasiado vasto o demasiado menudo para él. De ahí resulta que no se sabe ni se ve casi nada, que el

universo casi entero le queda oculto, la estrella que habita el espacio y el animáculo que habita la gota de agua.

Incluso aunque tuviera cien millones de veces su potencia normal, aunque viese en el aire que respiramos todas las especies de seres invisibles, así como los habitantes de los planetas próximos, todavía quedarían numerosos infinitos de especies de animales más pequeños y mundos tan lejanos que jamás alcanzaría.

Así pues, todas nuestras ideas de proporción son falsas porque no hay límite posible en la magnitud ni en la pequeñez.

Nuestra apreciación sobre las dimensiones y las formas no tiene ningún absoluto al venir determinada únicamente por la potencia de un órgano y por una comparación constante con nosotros mismos.

Hemos de añadir que la vista todavía es incapaz de ver lo transparente. Un cristal sin defecto la engaña. Lo confunde con el aire que tampoco ve.

Pasemos al color.

El color existe porque nuestra vista está hecha de modo que transmite al cerebro, en forma de color, las diversas formas en que los cuerpos absorben y descomponen, siguiendo su constitución química, los rayos luminosos que dan en ellos.

Todas las proporciones de esa absorción y de esa descomposición constituyen matices.

Así pues, este órgano impone a la inteligencia su modo de ver, mejor dicho, su forma arbitraria de constatar las dimensiones y de apreciar las relaciones de la luz y la materia.

Analicemos el oído.

Somos juguetes y víctimas, más todavía que en el caso de la vista, de ese órgano fantasioso.

Dos cuerpos, al chocar, producen cierta vibración de la atmósfera. Ese movimiento hace estremecerse en nuestra oreja cierta pielecilla que trueca inmediatamente en ruido lo que en realidad no es otra cosa que una vibración.

La naturaleza es muda. Pero el tímpano posee la propiedad milagrosa de transmitirnos en forma de sentidos, y de sentidos diferentes según el número de vibraciones, todos los estremecimientos de las ondas invisibles del espacio.

Esa metamorfosis realizada por el nervio auditivo en el breve trayecto de la oreja al cerebro nos ha permitido crear un arte extraño, la música, la más poética y precisa de las artes, vaga como un sueño y exacta como el álgebra.

¿Qué decir del gusto del olfato? ¿Conoceríamos los perfumes y la calidad de los alimentos sin las propiedades peregrinas de nuestra nariz y nuestro paladar?

Sin embargo, la humanidad podría existir sin oído, sin gusto y sin olfato, es decir, sin ninguna noción del ruido, del sabor y del olor.

Así pues, si tuviéramos algunos órganos menos, desconoceríamos cosas admirables y singulares, pero si tuviéramos algunos más, descubriríamos a

nuestro alrededor una infinidad de otras cosas que nunca supondremos por falta de medio para constatarlas.

Por lo tanto, nos equivocamos cuando juzgamos lo Conocido, y estamos rodeados de Desconocido inexplorado.

Por lo tanto, todo es inseguro, y puede apreciarse de diferentes maneras.

Todo es falso, todo es posible, todo es dudoso.

Formulemos esta certidumbre sirviéndonos del viejo proverbio: «Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado.»

Y decimos: verdad en nuestro órgano, error en el de al lado.

Dos y dos no deben ser cuatro fuera de nuestra atmósfera.

Verdad en la tierra, error más lejos, de donde deduzco que los misterios vislumbrados como la electricidad, el sueño hipnótico, la transmisión de la voluntad, la sugestión y todos los fenómenos magnéticos sólo siguen ocultos para nosotros porque la naturaleza no nos ha proporcionado el órgano o los órganos necesarios para comprenderlos.

Después de haberme convencido de que todo lo que me revelan mis sentidos sólo existe para mí tal como yo lo percibo, y de que sería totalmente diferente para otro ser organizado de otro modo, después de haber llegado a la conclusión de que una humanidad hecha de otra forma tendría sobre el mundo, sobre la vida y sobre todo ideas absolutamente opuestas a las nuestras, porque el acuerdo de las creencias sólo deriva de la similitud de los órganos humanos, y las divergencias de opiniones provienen únicamente de ligeras diferencias de funcionamiento de nuestros hilillos nerviosos, he hecho un esfuerzo de pensamiento sobrehumano para suponer lo impenetrable que me rodea.

¿Me he vuelto loco?

Me he dicho: «Estoy rodeado de cosas desconocidas.» He supuesto al hombre desprovisto de orejas y he supuesto el sonido como suponemos tantos misterios ocultos; el hombre constata fenómenos acústicos cuya naturaleza y procedencia no podría determinar. Y he tenido miedo de todo lo que me rodea, miedo del aire, miedo de la oscuridad. Desde el momento en que no podemos conocer casi nada, y desde el momento en que todo es ilimitado, ¿qué es el resto? ¿No es el vacío? ¿Qué hay en el vacío aparente?

Y ese terror confuso de lo sobrenatural que acosa al hombre desde el nacimiento del mundo es legítimo, porque lo sobrenatural no es otra cosa que lo que permanece velado para nosotros.

Entonces he comprendido el espanto. Me ha parecido que rozaba constantemente el descubrimiento de un secreto del universo.

He intentado aguzar mis órganos, excitarlos, hacerles percibir por momentos lo invisible.

Me he dicho: «Todo es un ser. El grito que pasa en el aire es un ser comparable a la bestia, puesto que nace, produce un movimiento y se transforma incluso para morir. Por lo tanto, el espíritu pusilánime que cree en seres incorpóreos no se equivoca. ¿Quiénes son?»

¡Cuántos hombres los presienten, se estremecen cuando se acercan, tiemblan con su imperceptible contacto! Uno los siente a su lado, alrededor, pero es imposible distinguirlos, porque no tenemos los ojos que los verían, o mejor dicho el órgano desconocido que podría descubrirlos.

Así pues, sentía en mí, más que nadie, a esos transeúntes sobrenaturales. ¿Seres o misterios? ¿Lo sé acaso? No podría decir lo que son, pero siempre podría señalar su presencia. Y he visto —he visto un ser invisible— hasta donde puede verse a esos seres.

Permanecía noches enteras inmóvil, sentado ante mi mesa, con la cabeza entre las manos y pensando en esto, pensando en ellos. De pronto creí que una mano intangible, o más bien un cuerpo inasequible, rozaba ligeramente mi pelo. No me tocaba, por no ser de esencia carnal, sino de esencia imponderable, incognoscible.

Pero una noche oí crujir el entarimado a mis espaldas. Crujió de un modo singular. Me estremecí. Me volví. No vi nada. Y no volví a pensar en ello.

Pero al día siguiente, a la misma hora, se produjo el mismo ruido. Tuve tanto miedo que me levanté, seguro, completamente seguro de que no estaba solo en mi cuarto. No se veía nada sin embargo. El aire estaba límpido y transparente en todas partes. Mis dos lámparas iluminaban todos los rincones.

El ruido no se repitió y fui calmándome poco a poco; sin embargo, permanecía inquieto y me volvía a menudo.

Al día siguiente me encerré a hora temprana, buscando la forma en que podría conseguir ver lo Invisible que me visitaba.

Y lo vi. Estuve a punto de morir de terror.

Había encendido todas las bujías de mi chimenea y de mi lustro. La habitación estaba iluminada como para una fiesta. Sobre la mesa ardían mis dos lámparas.

Frente a mí, la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha, mi chimenea. A la izquierda, la puerta, con el cerrojo echado. A mi espalda, un grandísimo armario de luna. Me miré en él. Tenía unos ojos extraños y las pupilas muy dilatadas.

Luego me senté como todos los días.

La víspera y la antevíspera el ruido se había producido a las nueve y veintidós minutos. Esperé. Cuando llegó el momento preciso, percibí una sensación indescriptible, como si un fluido, un fluido irresistible hubiera penetrado en mí por todas las parcelas de mi carne, sumiendo mi alma en un espanto atroz. Y se produjo el crujido, justo a mi lado.

Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Se veía como en pleno día, ¡pero yo no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Yo no estaba dentro, y sin embargo me hallaba enfrente. Lo miré con ojos enloquecidos. No me atrevía a avanzar hacia él, sintiendo que entre nosotros se interponía él, lo Invisible, y que me tapaba.

¡Qué miedo pasé! Y he aquí que empecé a verlo envuelto en bruma en el fondo del espejo, en una bruma como a través del agua; y me parecía que aquella agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviéndome más preciso segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no tenía contornos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

Y finalmente pude verme con claridad, como hago todos los días cuando me miro.

¡Lo había visto!

Y no he vuelto a verlo.

Pero lo espero sin cesar, y siento que mi cabeza se extravía en esa espera.

Permanezco horas, noches, días y semanas delante del espejo esperándole.

¡Ya no viene!

Ha comprendido que yo le había visto. Mas yo sé que le esperaré siempre, hasta la muerte, que le esperaré sin descanso, delante de ese espejo, como un cazador al acecho.

Y en ese espejo empiezo ver imágenes locas, monstruos, cadáveres horribles, toda clase de bestias espantosas, de seres atroces, todas las visiones inverosímiles que deben acosar la mente de los locos.

Ésta es mi confesión, querido doctor. Dígame qué debo hacer.

EL LOCO

Cuando murió presidía uno de los más altos tribunales de Justicia de Francia y era conocido en el resto por su trayectoria ejemplar. Se había ganado el profundo respeto de abogados, fiscales y jueces, que se inclinaban ante su elevada figura de rostro grave, pálido y enjuto y mirada penetrante.

Su única preocupación había consistido en perseguir a los criminales y defender a los más débiles. Los asesinos y los estafadores le tenían por su peor enemigo, ya que parecía ser capaz de leer sus pensamientos y adivinar las intenciones que ocultaban en los rincones más oscuros de sus almas.

Su muerte, a la edad de 82 años, había provocado una sucesión de homenajes y el pesar de todo un pueblo. Había sido escoltado hasta su tumba por soldados vestidos con pantalones rojos, e ilustres magistrados habían derramado sobre su ataúd lágrimas que parecían sinceras.

Sin embargo, poco después de su entierro, el notario descubrió un estremecedor documento en el escritorio donde solía guardar los sumarios de sus grandes casos. Su primera hoja estaba encabezada por el título: «¿POR QUÉ?».

* * *

20 de junio de 1851.

Acabo de dictar sentencia. ¡He condenado a muerte a Blondel! Me pregunto por qué mató este hombre a sus cinco hijos. ¿Por qué? Uno se encuentra a menudo con personas para quienes el hecho de quitar la vida a otra parece suponer un placer. Sí, debe de ser un placer, quizá el mayor de todos. ¿Acaso matar no es lo que más se asemeja a crear? ¡Hacer y destruir! La historia del mundo, la historia del universo, todo lo que existe... absolutamente todo se resume en estas dos palabras. ¿Por qué es tan embriagador matar?

25 de junio.

Un ser vive, anda, corre... ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Es una cosa animada que contiene el principio del movimiento y una voluntad que dirige este principio. Pero esa cosa acaba convirtiéndose en nada. Sus pies carecen de raíces que los sujeten al suelo. Constituye un grano de vida que se mueve separado de la tierra; un grano de vida, procedente de un lugar que desconozco, que puede ser destruido por deseo de cualquiera. Entonces ya no es nada. Nada. Desaparece; se acaba.

26 de junio.

¿Por qué es un crimen matar? ¿Por qué, si es la ley suprema de la Naturaleza? Todos los seres tienen esta misión: matar para vivir y vivir para matar. Nuestra propia condición está sujeta a este hecho. Las bestias matan continuamente, durante todos los instantes de cada uno de los días de su vida. El hombre mata para alimentarse; pero, como también necesita matar por puro placer, ha inventado la caza. El niño mata a los insectos, a los pajaritos... a todos los animalillos que caen en sus manos. Todo ello no basta para calmar la irresistible necesidad que todos sentimos. Matar animales no es suficiente para nosotros; necesitamos también matar personas. Las civilizaciones antiguas satisfacían su ansia con sacrificios humanos. Hoy, vivir en sociedad nos ha obligado a convertir el asesinato en un grave delito y, como no podemos entregarnos libremente a este instinto natural, cada cierto tiempo desencadenamos una guerra para calmarlo. Así, todo un pueblo se dedica a aplastar a otro en un derroche de sangre que hace perder la cabeza a los ejércitos y que embriaga también a la población civil: mujeres y niños, que a la luz de las velas, leen por la noche el exaltado relato de las matanzas.

Sería lógico suponer que se desprecia a los que elegimos para llevar a cabo estas carnicerías. Pues bien, por el contrario, les tributamos homenaje y les cubrimos de honores. Se les engalana con resplandecientes vestiduras de oro y se atavían con sombreros de plumas. Les otorgamos títulos, cruces, recompensas de todo tipo. Son admirados por las mujeres y respetados y aplaudidos por las multitudes... ¡sólo porque su misión consiste en derramar sangre humana! Desfilan por las calles con sus herramientas de muerte mientras el ciudadano común, vestido de oscuro, los contempla con envidia. Matar es la ley suprema que la Naturaleza ha impreso en el corazón de cada ser. ¡No hay nada tan bello y honorable como matar!

30 de junio.

Matar es la gran ley. La Naturaleza ama la juventud eterna y nos empuja a acabar con la vida sin que apenas nos demos cuenta. En cada una de sus manifestaciones parece apremiarnos gritando: «¡Rápido! ¡Rápido!». A medida que destruye se va renovando.

2 de julio.

¿Qué es el ser? Todo y nada. A través del pensamiento es el reflejo de todo. A través de la memoria y de la ciencia es un resumen del mundo, porque guarda en sí la historia de éste. Como espejo de las cosas y reflejo de los hechos, cada ser humano se convierte en un universo dentro del Universo. Pero al viajar y contemplar la diversidad de las etnias el hombre se convierte en nada. ¡Ya no es nada! Desde la cumbre de una montaña no es posible distinguirlo. Cuando el barco se aleja de la orilla, plagada por la muchedumbre, sólo se divisa la costa.

El ser es tan pequeño, tan insignificante, que desaparece. Crucen Europa en un tren rápido. Al mirar por la ventanilla verán hombres, hombres, siempre hombres; hombres innumerables y desconocidos que hormigean por las calles, que hormigean por los campos, mujeres despreciables cuyo único cometido se limita a parir y dar la comida al macho y estúpidos campesinos que sólo saben destripar terrones.

Viajad a China o a la India. Allí también verán agitarse a miles de millones de seres, que nacen, viven y mueren sin dejar otra huella que la de un insecto aplastado sobre el polvo de un camino. Vayan a las tierras de los negros, alojados en cabañas de barro, y a las de los árabes, cobijados bajo una lona parda que ondea al viento. Comprenderán que el ser aislado, el individuo, no es nada. Nada. A estos pueblos, que son sabios, no les inquieta la muerte. Para ellos el hombre no significa nada. Matan a sus enemigos sin piedad; es la guerra. Hace tiempo nosotros hacíamos lo mismo de provincia en provincia, de mansión en mansión.

Atraviesen el mundo y comprueben cómo hormigean los humanos, innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Esta es la clave del problema! Matar constituye un crimen porque los seres están numerados. Cuando nacen se les da un nombre, se les registra, se les bautiza. ¡De eso se trata! La Ley los posee. El ser que no está inscrito no cuenta. Mátenlo en el desierto o en el páramo; mátenlo en la montaña o en la llanura. ¿Qué importa? La Naturaleza ama la muerte. ¡Ella no castiga!

Lo que, sin duda, es sagrado, es el Registro Civil. Él es quien defiende al individuo. El ser se convierte en sagrado cuando es inscrito en el Registro. Respeten al Dios legal. ¡Pónganse de rodillas ante el Registro Civil!

Al Estado le está permitido matar porque tiene derecho a modificar el Registro Civil. Cuando sacrifica a doscientos mil hombres en una guerra, los borra del Registro; sus escribanos, sencillamente, los suprimen. Acaban con ellos. Pero nosotros debemos respetar la vida; no podemos cambiar los libros de los ayuntamientos. ¡Yo te saludo, Registro Civil, divinidad gloriosa que reinas en los templos de los municipios! Eres más poderoso que la Naturaleza. ¡Ja, ja, ja!

3 de julio.

Matar debe ser un extraño y maravilloso placer: tener delante de uno a un ser vivo capaz de pensar; hacerle un agujerito, sólo uno; ver como mana por él la sangre roja, que transporta la vida, y ya no tener delante más que un montón de carne inerte y fría, vacía de pensamientos.

5 de agosto.

Me he pasado la vida juzgando y condenando, matando con mis palabras y con la guillotina a quienes habían asesinado con un cuchillo. ¡Yo! Si yo hiciera lo mismo que todos los hombres a quienes he castigado, ¿quién lo descubriría?

10 de agosto.

Nadie lo sabría jamás. ¿Acaso sospecharían de mí, de mí, si elijo a un ser al que no tengo el menor interés en hacer desaparecer?

15 de agosto.

La tentación ha penetrado en mí reptando como un gusano y se pasea por todo mi cuerpo. Se pasea por mi cabeza, que no piensa más que en matar; se pasea por mis ojos, que necesitan contemplar la sangre y ver morir; se pasea por mis oídos, que no dejan de escuchar algo terrible y desgarrador: el último grito de un ser; se pasea por mis piernas, que anhelan dirigirse al lugar donde ocurrirá; se pasea por mis manos, que tiemblan por la necesidad de matar.

¡Cuán extraordinario tiene que ser, tan propio de un hombre libre, dueño de su corazón, que está por encima de los demás y busca sensaciones refinadas!

22 de agosto.

Ya no podía esperar más. He matado un animalito para ensayar, sólo para empezar.

Jean, mi criado, tenía un jilguero encerrado en una jaula que estaba colgada en la ventana de la cocina. Lo he mandado a hacer un recado y he aprovechado su ausencia para coger al pájaro. Lo he aprisionado con mi mano; sentía latir su corazón. Estaba caliente. Después he subido a mi cuarto. De vez en cuando apretaba con más fuerza al pajarito; su corazón latía más deprisa. Era tan atroz como delicioso. He estado a punto de ahogarlo, pero no habría visto su sangre.

He cogido unas tijeritas de uñas y, con suavidad, le he cortado el cuello de tres tijeretazos. Abría el pico desesperadamente, tratando de respirar. Intentaba escapar, pero yo lo sujetaba con fuerza. ¡Vaya si lo sujetaba! ¡Habría sido capaz de sujetar a un dogo furioso! Por fin he visto correr la sangre. ¡Qué hermosa es la sangre roja, brillante, viva! La hubiera bebido con gusto. He mojado en ella la punta de mi lengua. Tiene un sabor agradable. ¡Pero el pobre jilguero tenía tan poca! No he tenido tiempo de disfrutar del espectáculo tanto como me hubiera gustado. Tiene que ser soberbio ver desangrarse a un toro.

Para terminar, he hecho lo mismo que los asesinos de verdad: he lavado las tijeras, me he enjuagado las manos y he tirado toda el agua. Después he llevado el cadáver al jardín para ocultarlo. Lo he enterrado debajo de una mata

de fresas. Nunca lo encontrarán. Todos los días comeré un fruto de esa planta.
¡Uno puede disfrutar realmente de la vida si sabe cómo hacerlo!

Mi criado ha lamentado la pérdida del pajarito. Cree que se ha escapado.
¿Cómo va a sospechar de mí? ¡Ja, ja, ja!

25 de agosto.

¡Necesito matar a una persona! ¡Tengo que hacerlo!

30 de agosto.

Ya lo he hecho. ¡Qué poca cosa!

Había ido a pasear por el bosque de Vernes. Caminaba sin pensar en nada cuando, de repente, ha aparecido en el camino un chiquillo que iba comiéndose una tostada con mantequilla.

Se ha detenido para verme pasar y me ha saludado: «¡Hola, señor Presidente!».

En mi cabeza ha aparecido una idea muy clara: «¿Y si lo mato?».

Le he preguntado:

—¿Estás solo, muchacho?

—Sí, señor.

—¿Completamente solo en el bosque?

—Sí, señor.

Los deseos de matarlo me han embriagado como el vino. Me he acercado a él con sigilo, pensando que iba a tratar de huir. Lo he agarrado por la garganta y he apretado, he apretado con todas mis fuerzas. Me ha mirado aterrorizado con unos ojos espantosos. ¡Qué ojos! Eran muy redondos, profundos... ¡terribles! Jamás había experimentado una sensación tan brutal... pero tan breve. Sus manecitas se aferraban a mis puños mientras su cuerpo se retorció. He seguido apretando hasta que ha quedado inmóvil.

Mi corazón latía con tanta fuerza como el del pájaro. He arrojado su cuerpo a la cuneta y lo he cubierto con hierbas.

Al volver a casa he cenado bien. ¡Qué poca cosa! Me sentía alegre, ligero, rejuvenecido. Después he pasado la velada en casa del prefecto. Todos los que allí se encontraban han juzgado mi conversación muy ingeniosa.

¡Pero no he visto la sangre! Aún no estoy tranquilo.

30 de agosto.

Han descubierto el cadáver y buscan al asesino. ¡Ja, ja, ja!

1 de septiembre.

Han detenido a dos vagabundos; pero no tienen pruebas.

2 de septiembre.

Han venido a verme los padres llorando. ¡Ja,ja,ja!

6 de octubre.

No se ha descubierto nada. Suponen que algún merodeador habrá cometido el crimen. ¡Ja, ja, ja! Estoy seguro de que estaría más tranquilo si hubiera visto correr la sangre.

18 de octubre.

El ansia de matar sigue envenenándome. Es comparable con los delirios de amor que nos torturan a los 20 años.

20 de octubre.

Otro más. Caminaba por la orilla del río después de almorzar. Era mediodía. Bajo un sauce dormía un pescador. En un campo cercano, sembrado de patatas, había una azada. Parecía que alguien la había dejado allí expresamente para mí.

La he cogido, me he acercado, la he levantado como si se tratase de una maza y con el filo, de un solo golpe, le he partido la cabeza al pescador. ¡Oh! ¡Este sí que sangraba! Era una sangre muy roja que, mezclada con sus sesos, se deslizaba muy suavemente hacia el agua. Me he marchado sin que nadie me viera y con toda tranquilidad. ¡Yo habría sido un asesino excelente!

25 de octubre.

Todo el mundo comenta el caso del pescador. Se acusa a su sobrino, que estaba pescando con él.

26 de octubre.

El juez instructor del caso asegura que el sobrino es culpable. En la ciudad todo el mundo lo cree. ¡Ja, ja, ja!

27 de octubre.

El sobrino se defiende muy mal. Afirma que había ido al pueblo a comprar pan y queso. Jura que mataron a su tío durante su ausencia. ¿Quién va a creerle?

28 de octubre.

Han mareado tanto al sobrino que ha estado a punto de confesarse culpable. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con la Justicia!

15 de noviembre.

Tienen pruebas abrumadoras contra el sobrino. Era el único heredero de su tío. Yo presidiré el tribunal.

25 de enero.

¡A muerte! ¡A muerte! ¡Le he condenado a muerte! ¡Ja, ja, ja! El fiscal habló como un ángel. ¡Ja, ja, ja! Uno más. Asistiré a su ejecución.

18 de marzo.

Se acabó. Lo han guillotinado esta mañana. ¡Bien muerto está! Me ocasionó un grato placer. ¡Qué bello es ver cómo le cortan la cabeza a un hombre! La sangre ha brotado como una marea. Si hubiera podido, me habría bañado en ella. ¡Oh, qué maravilla tenderme debajo, dejar que empape mi rostro y mi cabello y levantarme teñido de rojo! ¡Si supieran...!

Pero ahora debo esperar. Puedo hacerlo. Cualquier descuido o imprudencia podría delatarme.

* * *

El manuscrito tenía muchas más páginas; pero ninguna de ellas relataba un nuevo asesinato.

Los psiquiatras que lo han estudiado aseguran que en el mundo existen muchos locos ignorados, tan hábiles y terribles como este monstruoso lunático.

LA MUERTA

¡Yo la había amado locamente! ¿Por qué amamos? Es raro no ver en el mundo sino a un ser, no tener en la mente sino una idea, en el corazón sino un deseo, y en la boca más que un nombre: un nombre que sube sin cesar, que sube, como el agua de un manantial, de las honduras del alma, que sube a los labios, y que decimos, que repetimos, que murmuramos sin cesar en todas partes, al igual que una plegaria.

No contaré nuestra historia. El amor no tiene más que una, siempre la misma. La encontré y la amé. Nada más. Y viví durante un año en su ternura, en sus brazos, en su caricia, en su mirada, en sus trajes, en sus palabras, enredado, ligado, aprisionado en todo lo que venía de ella, de una forma tan completa que ya no sabía si era de día o de noche, si estaba vivo o muerto, en la vieja tierra o en otro lugar.

Y he aquí que se murió. ¿Cómo? No sé, ya no lo sé. Volvió a casa empapada, una noche de lluvia, y al día siguiente tosía. Tosió durante una semana aproximadamente y guardó cama.

¿Qué ocurrió? Ya no lo sé.

Los médicos venían, escribían, se iban. Se traían remedios; una mujer se los hacía tomar. Sus manos estaban calientes, su frente ardiente y húmeda, su mirada brillante y triste. Yo le hablaba, ella me respondía. ¿Qué nos dijimos? Ya no lo sé. ¡Lo he olvidado todo, todo! Se murió, recuerdo muy bien su breve suspiro, su breve suspiro tan débil, el último. La enfermera dijo: «¡Ay!» ¡Comprendí, comprendí!

No supe nada más. Nada. Vi a un sacerdote que pronunció estas palabras: «Su querida.» Me pareció que la insultaba. Puesto que ella había muerto, nadie tenía derecho a saber eso. Lo despedí. Vino otro que fue muy bondadoso, muy dulce. Yo lloraba cuando él me habló de ella.

Me consultaron mil cosas sobre el entierro. Ya no lo sé. Recuerdo muy bien, sin embargo, el ataúd, el ruido de los martillazos cuando la clavaron dentro. ¡Ay, Dios mío!

¡La enterraron! ¡La enterraron! ¡A ella! ¡En aquel hoyo! Habían ido unas cuantas personas, unas amigas. Escapé. Corrí. Caminé mucho tiempo por las Éalles. Después volví a casa. Y al día siguiente me marché de viaje.

Ayer he regresado a París.

Cuando volví a ver mi habitación, nuestra habitación, nuestra cama, nuestros muebles, toda esta casa donde había quedado todo lo que queda de la vida de un ser después de su muerte, me asaltó un acceso de pena tan violento que a punto estuve de abrir la ventana y de tirarme a la calle. No pudiendo estar en medio de aquellas cosas, de aquellos muros que la habían encerrado, abrigado, y que debían de guardar en sus imperceptibles rendijas mil átomos de ella, de su carne y de su aliento, cogí el sombrero, con el fin de escapar. De

repente, en el momento de llegar a la puerta, pasé ante el gran espejo del vestíbulo que ella había mandado instalar allí para verse, de pies a cabeza, todos los días, al salir, para ver si iba bien arreglada, si estaba correcta y bonita, de las botas al peinado.

Y me detuve frente a aquel espejo que tan a menudo la había reflejado. Tan a menudo, tan a menudo, que había debido conservar también su imagen.

Allí estaba yo de pie, tembloroso, los ojos clavados en el cristal, en el cristal liso, profundo, vacío, pero que la había contenido toda entera, la había poseído tanto como yo, tanto como mi mirada apasionada. Me pareció que amaba a aquel espejo —lo toqué— ¡estaba frío! ¡Oh! ¡El recuerdo, el recuerdo! Espejo doloroso, espejo ardiente, espejo vivo, espejo horrible, ¡que hace sufrir todas las torturas! ¡Dichosos los hombres cuyo corazón, como un espejo por el que se deslizan y se borran los reflejos, olvida cuanto ha contenido, cuanto ha pasado ante él, cuanto se ha contemplado, reflejado, en su cariño, en su amor! ¡Cómo sufro!

Salí y, a mi pesar, sin saber, sin quererlo, marché al cementerio. Encontré su tumba, muy sencilla, una cruz de mármol con estas pocas palabras: «Amó, fue amada, y murió.»

¡Estaba allí, allí abajo, podrida! ¡Qué horror! Sollocé, con la frente pegada al suelo.

Me quedé allí mucho tiempo, mucho tiempo. Después me di cuenta de que caía la noche. Entonces un deseo curioso, loco, un deseo de amante desesperado se apoderó de mí. Quise pasar la noche cerca de ella, última noche, llorando sobre su tumba. Pero me verían, me echarían. ¿Qué hacer? Fui astuto. Me levanté y empecé a errar por aquella ciudad de los desaparecidos. Andaba y andaba. ¡Qué pequeña es esa ciudad al lado de la otra, donde se vive! Y sin embargo esos muertos son mucho más numerosos que los vivos. Necesitamos altas casas, calles, mucho sitio, para las cuatro generaciones que contemplan la luz al mismo tiempo, beben el agua de las fuentes, el vino de los viñedos, y comen el pan de las llanuras.

Y para todas las generaciones de muertos, para toda la escala de la humanidad que desciende hasta nosotros, ¡casi nada, un campo, casi nada! La tierra los recobra, el olvido los borra. ¡Adiós!

En el extremo del cementerio habitado, percibí de repente el cementerio abandonado, ese donde los antiguos difuntos acaban de mezclarse con la tierra, donde las propias cruces se pudren, donde pondrán mañana a los recién llegados. Está lleno de rosas libres, de cipreses vigorosos y negros, un jardín triste y soberbio, alimentado con carne humana.

Estaba solo, muy solo. Me agazapé bajo un verde arbusto. Me oculté en él por entero, entre aquellas ramas pobladas y sombrías.

Y esperé, aferrado al tronco como un náufrago a una tabla.

Cuando la noche fue oscura, muy oscura, abandoné mi refugio y eché a andar despacito, con pasos lentos, con pasos sordos, sobre aquella tierra llena de muertos.

Vagué mucho tiempo, mucho tiempo, mucho tiempo. No la encontraba. Con los brazos extendidos, los ojos abiertos, tropezando en las tumbas con manos, pies, rodillas, pecho, con mi propia cabeza, marchaba sin encontrarla. Tocaba, palpaba como un ciego que busca el camino, palpaba piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de cristal, ¡coronas de flores ajadas! Leía los nombres con mis dedos, paseándolos sobre las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡No la encontraba!

¡No había luna! ¡Qué noche! Tenía miedo, un miedo espantoso por aquellos estrechos senderos, entre dos hileras de tumbas. ¡Tumbas, tumbas, tumbas! ¡Siempre tumbas! A la derecha, a la izquierda, ante mí, a mi alrededor, en todas partes, ¡tumbas! Me senté en una de ellas, pues ya no podía caminar con las rodillas que se me doblaban. ¡Oí latir mi corazón! ¡Y oía también otra cosa! ¿Qué? ¡Un incomprensible rumor confuso! ¿Aquel ruido estaba en mi cabeza enloquecida, en la noche impenetrable, o bajo la tierra misteriosa, bajo la tierra sembrada de cadáveres humanos? ¡Miré a mi alrededor!

¿Cuánto tiempo me quedé allí? No lo sé. Estaba paralizado de terror, estaba ebrio de espanto, a punto de gritar, a punto de morir.

Y de repente me pareció que la losa de mármol en la que estaba sentado se movía. Sí, se movía, como si alguien la alzara. De un salto me lancé sobre la tumba contigua, y vi, sí, vi que la piedra que acababa de abandonar se levantaba; y apareció el muerto, un esqueleto pelado que, con su espalda encorvada, la empujaba. Yo veía, veía muy bien, aunque la noche fuera profunda. En la cruz pude leer:

«Aquí reposa Jacques Olivant, fallecido a la edad de cincuenta y un años. Amaba a los suyos, fue honrado y bondadoso, y murió en la paz del Señor.»

Ahora también el muerto leía las cosas escritas sobre su tumba. Después cogió una piedra del camino, una piedrecita afilada, y empezó a rascarlas con cuidado, aquellas cosas. Las borró del todo, lentamente, mirando con sus ojos vacíos el sitio donde hacía un momento estaban grabadas; y con la punta del hueso que había sido su índice, escribió con letras luminosas, como esas líneas que se trazan en las paredes con la cabeza de una cerilla:

«Aquí reposa Jacques Olivant, fallecido a la edad de cincuenta y un años. Apresuró con sus duras palabras la muerte de su padre a quien deseaba heredar, torturó a su mujer, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, robó cuanto pudo y murió miserablemente.»

Cuando hubo acabado de escribir, el muerto inmóvil contempló su obra. Y me di cuenta, al darme la vuelta, de que todas las tumbas estaban abiertas, todos los cadáveres habían salido de ellas, todos habían borrado las mentiras inscritas por los parientes en las lápidas funerarias, para restablecer la verdad.

Y yo veía que todos habían sido verdugos de sus allegados, odiosos, deshonestos, hipócritas, mentirosos, bribones, calumniadores, envidiosos, que habían robado, engañado, realizado todos los actos vergonzosos, todos los actos abominables, aquellos buenos padres, esposas fieles, hijos abnegados, aquellas jóvenes castas, aquellos comerciantes probos, aquellos hombres y mujeres presuntamente irreprochables.

Escribían todos al mismo tiempo, en el umbral de su morada eterna, la cruel, terrible y santa verdad que todo el mundo ignora o finge ignorar sobre la tierra.

Pensé que ella también había debido trazarla sobre su tumba. Y ya sin miedo, corriendo entre los ataúdes entreabiertos, entre cadáveres, entre esqueletos, fui hacia ella, seguro de que la encontraría al punto.

La reconocí desde lejos, sin ver el rostro envuelto en el sudario.

Y sobre la cruz de mármol donde hacía un rato había leído:

«Amó, fue amada, y murió.»

Distinguí:

«Habiendo salido un día para engañar a su amante, cogió frío bajo la lluvia, y murió.»

Parece que me recogieron, inanimado, al nacer el día, junto a una tumba.

LA NOCHE

Amo la noche apasionadamente. La amo como se ama a la tierra natal o a la amante, con un amor instintivo, profundo e invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan su silencio, con toda mi carne que acarician las tinieblas. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire cálido, en el aire ligero de las mañanas claras. El búho huye en la noche, mancha negra que pasa a través del espacio negro, y, gozoso, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me fatiga y aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto sin ganas, salgo a la calle con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra y cada pensamiento me cansan como si levantase un fardo abrumador.

Pero cuando el sol baja, me invade una alegría confusa, una alegría de todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que aumenta la sombra me siento otro, más joven, más fuerte, más alerta, más feliz. Veo espesarse la gran sombra dulce caída del cielo: inunda la ciudad, como una ola inasequible e impenetrable, oculta, borra y destruye los colores, las formas, abraza las casas, los seres y los monumentos con su contacto imperceptible.

Entonces tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos; y en mis venas se enciende un impetuoso, un invencible deseo de amar.

Me pongo en marcha y camino, unas veces por los sombríos arrabales, otras por los bosques cercanos a París, donde oigo merodear a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Lo que se ama con violencia siempre acaba por mataros. Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo, incluso, hacer comprender que pueda contarlo? No sé, ya no sé, sólo sé que es así. Eso es todo.

Así pues, ayer —¿fue ayer?—, sí, no cabe duda, a menos que haya sido antes, otro día, otro mes, otro año, no sé. Debíó ser ayer sin embargo, porque la aurora no ha salido ni el sol ha vuelto a aparecer. Pero ¿desde hace cuánto dura la noche? ¿Desde cuándo?... ¿Quién puede decirlo? ¿Quién lo sabrá jamás?

Así pues, ayer salí como hago todas las noches, después de cenar. Hacía un tiempo espléndido, muy bello, muy suave, muy cálido. Bajando hacia los bulevares, veía por encima de mi cabeza el río negro y lleno de estrellas recortado en el cielo por los tejados de la calle que giraba y hacía ondular como un auténtico río ese arroyuelo móvil de los astros.

Todo era claro en el aire sutil, desde los planetas hasta los mecheros de gas. Allá arriba y en la ciudad brillaban tantos fuegos que las tinieblas parecían luminosas. Las noches resplandecientes son más gozosas que los grandes días de sol.

En el bulevar relucían los cafés; la gente reía, paseaba, bebía. Entré en el teatro un momento; ¿en qué teatro? Tampoco lo sé. Había en él tanta luz que me entristeció y salí con el corazón algo ensombrecido por aquel choque de la luz brutal en los oros de la balconada, por el centelleo ficticio del enorme lustro de cristal, por la batería de fuego de las candilejas, por la melancolía de aquella claridad falsa y cruda. Llegué a los Campos Elíseos, donde los cafés-concierto parecían focos de incendio entre el ramaje. Los castaños rozados por la luz amarilla parecían pintados y tenían un aspecto de árboles fosforescentes. Y los globos eléctricos, semejantes a lunas resplandecientes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas y vivas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y regia los hilillos de gas, de un despreciable gas sucio, y las guirnaldas de cristales de colores.

Me detuve bajo el Arco de Triunfo para mirar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada que va hacia París entre dos hileras de farolas y de astros. Los astros arriba, los astros desconocidos arrojados al azar en la inmensidad donde dibujan esas figuras extrañas, que hacen soñar tanto, que hacen pensar tanto.

Entré en el Bosque de Bolonia y allí permanecí mucho, mucho tiempo. Sentí un escalofrío singular, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación de mi pensamiento rayana en la locura.

Caminé mucho, mucho tiempo. Luego regresé.

¿Qué hora sería cuando volví a pasar bajo el Arco de Triunfo? No sé. La ciudad dormitaba, y las nubes, unas grandes nubes negras invadían lentamente el cielo.

Por primera vez sentí que iba a ocurrir algo extraño, nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, mi bienamada noche, pesaba sobre mi corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Sólo dos alguaciles paseaban junto a la parada de coches de punto, y en la calzada, iluminada apenas por los mecheros de gas que parecían moribundos, una fila de carros de verduras iban a los Halles. Avanzaban despacio, cargados de zanahorias, de nabos y de coles. Los conductores dormían, invisibles, los caballos andaban con paso monótono, siguiendo al coche anterior, sin ruido, sobre el pavimento de madera. Delante de cada farol de la acera, las zanahorias encendían su color rojo, los nabos el blanco, y las coles el verde; y uno tras otro pasaban aquellos carros rojos, de un rojo de fuego, blancos de un blanco de plata, y verdes de un verde de esmeralda. Los seguí, luego torcí por la calle Royale y regresé a los bulevares. No había nadie, ni cafés iluminados, sólo algunos rezagados con prisa. Nunca había visto París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj. Eran las dos.

Me impulsaba una fuerza, la necesidad de caminar. Fui pues hasta la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan oscura, porque no distinguía siquiera la columna de Julio, cuyo Genio de oro estaba perdido en la oscuridad impenetrable. Una bóveda de nubes, espesa como la

inmensidad, había ahogado las estrellas, y parecía caer sobre la tierra para aniquilarla.

Retrocedí. A mi alrededor no había nadie. En la plaza del Château-d'Eau, sin embargo, un borracho estuvo a punto de tropezar conmigo, luego desapareció. Oí un rato su paso desigual y sonoro. Seguí caminando. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de punto bajando hacia el Sena. Lo llamé. No respondió el cochero. Una mujer que vagabundeaba junto a la calle Drouot me dijo: «Oiga, caballero». Apreté el paso para evitar su mano tendida. Luego nada más. Delante del Vaudeville, un trapero hurgaba en el arroyo. Su farolillo flotaba a ras del suelo. Le pregunté: «¿Qué hora es, buen hombre?»

Gruñó: «Si lo supiera! No tengo reloj.»

De pronto observé que los mecheros de gas estaban apagados. Sé que los apagan muy pronto, antes del alba, en esta estación, por economía; ¡pero la aurora todavía estaba lejos, muy lejos!

«Vamos a los Halles —pensé—, ahí al menos encontraré vida.»

Me puse en marcha, pero ya no veía siquiera para guiarme. Caminaba muy despacio, como se hace en un bosque, y reconocía las calles contándolas.

Delante del Crédit Lyonnais ladró un perro. Torcí por la calle de Grammont, me perdí; anduve errante, luego reconocí la Bolsa por las verjas de hierro que la rodean. Todo París dormía con un sueño profundo y espantoso. A lo lejos, sin embargo, rodaba un coche de punto, un solo coche de punto, tal vez el que hacía un rato había pasado delante de mí. Traté de ir a su encuentro, dirigiéndome hacia el ruido de sus ruedas por calles solitarias y negras, negras, negras como la muerte.

Volví a perderme. ¿Dónde me encontraba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ni un transeúnte, ni un rezagado, ni un vagabundo, ni un maullido de gato enamorado. Nada.

¿Dónde estaban los guardias? Me dije: «Si grito, vendrán». Grité. No respondió nadie.

Llamé más fuerte. Mi voz echó a volar sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por aquella noche impenetrable.

Me puse a aullar: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!»

Mi llamada desesperada quedó sin respuesta. ¿Qué hora era? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Escuché el ligero tictac de la pequeña máquina con una alegría desconocida y extraña. Parecía estar viva. Me encontraba menos solo. ¡Qué misterio! Volví a ponerme en marcha como un ciego, tanteando las paredes con mi bastón; alzaba en todo momento los ojos hacia el cielo, esperando que por fin saliese la aurora; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más profundamente negro que la víspera.

¿Qué hora podía ser? Me parecía que llevaba un tiempo infinito andando, porque las piernas se me doblaban, mi pecho jadeaba y sentía un hambre horrible.

Me decidí a llamar en la primera puerta cochera. Tiré del botón de cobre, y el timbre se dejó oír en la casa resonante; se dejó oír de un modo extraño, como si aquel ruido vibrante estuviera solo en aquella casa.

Aguardé; no me respondieron, nadie abrió la puerta. Volví a llamar; seguí esperando; ¡nada!

¡Sentí miedo! Corrí a la morada siguiente, e hice sonar veinte veces seguidas la campanilla en el corredor oscuro donde debía dormir el portero. Pero no se despertó; y seguí adelante, tirando con todas mis fuerzas de los anillos o los botones, golpeando con mis pies, con el bastón y las manos las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto me di cuenta de que llegaba a los Halles. Los Halles estaban desiertos, ni un ruido, ni un movimiento, ni un coche, ni un hombre, ni un cesto de verduras ni de flores. ¡Estaban vacíos, yertos, abandonados, muertos!

Se apoderó de mí el espanto; horrible. ¿Qué ocurría! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué estaba ocurriendo?

De nuevo me puse en marcha. Pero ¿qué hora era? ¿Qué hora? ¿Quién podía decirme la hora? Ningún reloj sonaba en los campanarios ni en los monumentos. Pensé: «Abriré el cristal de mi reloj y tantearé la aguja con los dedos.» Saqué el reloj..., no andaba... se había parado. Nada, nada, ni un escalofrío en la ciudad, ni un resplandor, ni un roce de sonido en el aire. ¡Nada! ¡Nada de nada! ¡Ni siquiera el rodar lejano de un coche de punto! ¡Nada!

Me encontraba en los muelles, y del río subía un frío glacial.

¿Seguía corriendo el Sena?

Quise averiguarlo, encontré la escalera, bajé... No se oía pasar la corriente bajo los arcos del puente... Más escalones..., luego la arena..., el cieno..., luego el agua... metí en ella mi brazo... corría..., corría..., fría... fría... casi helada..., casi seca..., casi muerta.

Y entonces comprendí que jamás tendría fuerzas para subir..., y que iba a morir allí..., también yo, de hambre, de fatiga y de frío.

MADemoiselle Cocotte

Íbamos a salir del manicomio cuando en un rincón del patio vi a un hombre alto y delgado que obstinadamente hacía el simulacro de llamar a un imaginario perro. Con una voz dulce, con una voz tierna, gritaba:

—Cocotte, mi pequeña Cocote, ven, Cocotte, ven aquí, perrita —dándose palmadas sobre el muslo como se hace para atraer a los animales.

Pregunté a un médico:

—¿Ese quién es?

Me respondió:

—¡Oh, no tiene mucho interés. Es un cochero, llamado François, que se volvió loco después de ahogar a su perra.

Yo insistí:

—Cuénteme su historia. A veces, las cosas más simples y más humildes son las que más conmueven el corazón.

Y ésta es la aventura de aquel hombre, que habían sabido completa gracias a un palafrenero, compañero suyo.

En las afueras de París vivía una familia de burgueses ricos. Habitaban una villa en medio de un parque, a orillas del Sena. El cochero era el tal François, mozo campesino algo paleta, de buen corazón, simple y fácil de engañar.

Una tarde, cuando volvía a casa de sus amos, se puso a seguirle una perra. Al principio no hizo caso; pero la obstinación del animal que caminaba tras sus talones no tardó en hacerle volverse. Miró si conocía a la perra. No, no la había visto nunca.

Era una perra de una delgadez espantosa, con grandes tetas colgantes. Trotaba tras el hombre con aspecto lamentable y hambriento, la cola entre las patas y las orejas pegadas a la cabeza, y se paraba cuando el hombre se paraba, y volvía a ponerse en movimiento en cuanto él andaba.

Quería alejar a aquel esqueleto de animal y gritó:

—¡Largo! ¡Vete de aquí! ¡Largo, largo!

La perra se alejó unos pasos y se sentó a su espalda, aguardando; cuando el cochero reemprendió la marcha, ella corrió tras él.

François fingió que cogía piedras. El animal huyó algo más lejos zarandeando de un lado para otro sus tetas fofas; pero corrió tras él en cuanto el hombre le volvió la espalda.

Entonces el cochero François, apiadado, la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el lomo encorvado y todas las costillas marcadas debajo de la piel. El hombre acarició aquellos huesos salientes y, muy conmovido por el miserable animal, dijo:

—Vamos, ven.

Ella empezó a mover la cola al punto, sintiéndose acogida, adoptada, y, en vez de quedarse pegada a las pantorrillas de su nuevo amo, se puso a correr delante de él.

La puso sobre la paja de la cuadra; luego corrió a la cocina en busca de pan. Cuando se hartó de comer, se durmió hecha un ovillo.

Al día siguiente, los amos, avisados por su cochero, le permitieron conservar el animal. Era una perrilla buena, cariñosa y fiel, inteligente y dulce.

Pero pronto advirtieron un defecto terrible. Estaba en celo de principio a fin de año. En poco tiempo trabó conocimiento con todos los perros de la comarca, que empezaron a merodear a su alrededor día y noche. Les concedía sus favores con indiferencia de prostituta, mantenía buenas relaciones con todos, arrastrando tras sus pasos una auténtica jauría formada por los modelos más diferentes de la raza perruna, unos del tamaño de un puño, y otros grandes como asnos. Los paseaba por las carreteras en excursiones interminables, y cuando se paraba para descansar en la hierba, los perros la rodeaban y la contemplaban con la lengua fuera.

La gente de la comarca la miraba como a un fenómeno: nunca habían visto nada semejante. El veterinario no entendía nada.

Cuando por la noche volvía a su cuadra, el tropel de perros ponía sitio a la finca. Se colaban por todos los resquicios de los setos vivos que cercaban el parque, devastaban los arriates, arrancaban las flores y hacían agujeros en los cestos, enfureciendo al jardinero. Y ladraban toda la noche en torno al edificio donde se alojaba su amiga, sin que nada lograra ahuyentarlos.

De día llegaban a penetrar incluso en la casa. Era una invasión, una plaga, un desastre. En todo momento los amos encontraban en la escalera e incluso en las habitaciones perrillos amarillos de cola tesa, perros de caza, bulldogs, perros lobos merodeadores de pelo sucio, vagabundos sin hogar ni calor, terranovas enormes que hacían huir a los niños.

Se vieron entonces en la comarca perros desconocidos a diez leguas a la redonda, venidos de no se sabe dónde, que vivían nadie sabía cómo y que luego desaparecían.

Sin embargo, François adoraba a Cocotte. La había puesto el nombre de Cocotte, sin malicia, aunque bien merecía su nombre; y repetía sin cesar:

—Este animal es una persona. Sólo le falta hablar.

Había encargado para ella un magnífico collar de cuero rojo que llevaba grabadas en una placa de cobre las siguientes palabras: “Mademoiselle Cocotte, del cochero François».

Se había vuelto enorme. Todo lo que antes tenía de flaca, lo tenía ahora de gorda, con una tripa hinchada bajo la que seguían colgando sus largas tetas bamboleantes. Había engordado de pronto y ahora caminaba con esfuerzo, con las patas separadas como las personas demasiado gruesas y con las fauces abiertas para respirar, extenuada en cuanto trataba de correr.

Era, además, de una fecundidad fenomenal; quedaba preñada nada más parir; daba a luz cuatro veces al año una ristra de cachorros pertenecientes a todas las variedades de la raza canina. Después de elegir uno para que, mamándola, le evitara los dolores de la leche, François recogía los demás en su delantal de cuadra e iba a tirarlos, sin ninguna piedad, al río.

Pero no tardó la cocinera en unir sus quejas a las del jardinero. Encontraba perros hasta en el horno, en la despensa, en el sobradillo del carbón, y robaban todo lo que encontraban.

El amo, molesto, ordenó a François deshacerse de Cocotte. Desolado, el hombre buscó dónde colocarla. Nadie la quiso. Entonces decidió perderla, y se la entregó a un carretero que debía abandonarla en pleno campo al otro lado de París, cerca de Joinville-le-Pont.

Aquella misma noche, Cocotte estaba de vuelta. Tenía que tomar una decisión. Por cinco francos, se la entregó a un jefe de tren que iba al Havre. Debía soltarla cuando llegasen.

Al cabo de tres días, Cocotte volvía a entrar en su cuadra cansada, enflaquecida, magullada y extenuada.

El amo, compadecido, no volvió a insistir.

Pero los perros acudieron enseguida en mayor número y más atrevidos que nunca. Y cierta noche que daban una gran cena, un dogo se llevó, en las mismas narices de la cocinera, que no se atrevió a disputársela, una pularda trufada.

Esta vez el amo se enfadó por completo y, tras llamar a François, le dijo en tono colérico:

—Si mañana por la mañana no me tira usted ese animal al agua, le despido, ¿me oye?

El hombre quedó aterrado, y subió a su cuarto para recoger sus cosas porque prefería dejar el empleo. Luego pensó que no podría entrar en ningún otro mientras llevase consigo aquel molesto animal; se dijo que estaba en una buena casa, bien pagado y bien alimentado; se dijo que realmente un perro no merecía aquello; se animó en nombre de sus propios intereses y terminó por tomar la firme resolución de librarse de Cocotte al rayar el alba.

Sin embargo, durmió mal. Se levantó al amanecer y, cogiendo una fuerte cuerda, fue en busca de la perra. Ésta se levantó despacio, se sacudió, desperezó sus miembros y acudió a hacer fiestas al amo.

Entonces a François le faltó valor, y empezó a acariciar a la perra con ternura, pasándole la mano por sus largas orejas, besándola en el morro y prodigándole todas las palabras afectuosas que sabía.

Pero un reloj vecino dio las seis. No podía vacilar. Abrió la puerta: «Ven», le dijo. El animal movió la cola, comprendiendo que iban a salir.

Alcanzaron la orilla, y él eligió un sitio donde el agua parecía profunda. Entonces anudó un extremo de la cuerda al hermoso collar de cuero y, cogiendo una gruesa piedra, la ató al otro extremo. Luego tomó a Cocotte en brazos y la

besó con pasión, como a una persona de la que uno se despide. La tenía contra el pecho, la acunaba, la llamaba «mi bonita Cocotte, mi pequeña Cocotte», y la perra se dejaba acariciar gruñendo de placer.

Diez veces quiso tirarla, y diez veces le faltó valor.

Se decidió bruscamente, y la arrojó lo más lejos que pudo con toda su fuerza. Al principio ella trató de nadar, como hacía cuando la bañaban, pero su cabeza, arrastrada por la piedra, iba hundiéndose poco a poco; y lanzaba a su amo miradas enloquecidas, miradas humanas, debatiéndose como una persona que se ahoga. Luego, la parte delantera del cuerpo se hundió, mientras las patas traseras se agitaban enloquecidas fuera del agua; también desaparecieron enseguida.

Entonces, durante cinco minutos, algunas burbujas reventaron en la superficie como si el río se hubiera puesto a hervir; y François, despavorido, enloquecido, con el corazón palpitante, creía ver a Cocotte retorciéndose en el barro; y, en su simplicidad de campesino, se decía: «¿Qué estará pensando ahora de mí el animalillo?»

A punto estuvo de idiotizarse; pasó un mes enfermo, y todas las noches soñaba con su perra; la sentía lamerle las manos, la oía ladrar. Hubo que llamar a un médico. Finalmente, mejoró; y sus amos, a finales de junio, lo llevaron a su finca de Biessard, cerca de Ruán.

También allí estaba a orillas del Sena. Empezó a tomar baños. Bajaba todas las mañanas con el palafrenero, y cruzaban el río a nado.

Pero un día, cuando se divertían chapoteando en el agua, François gritó de pronto a su compañero:

—Mírala acercarse. ¡Qué buen hueso te voy a dar!

Lo que se acercaba era una carroña enorme, hinchada, pelada, que avanzaba con las patas al aire siguiendo la corriente.

François se acercó braceando y continuando con sus bromas:

—¡Rediós! No está fresca. ¡Qué hallazgo, amiguita! Y tampoco está flaca.

Y daba vueltas alrededor, manteniéndose a distancia del enorme animal putrefacto.

Luego, de pronto, calló y la miró con una atención singular; se acercó más todavía, esta vez para tocarla. Examinaba atentamente el collar; luego estiró el brazo, agarró el cuello, dio la vuelta a la carroña, la atrajo hacia sí y leyó en el cobre oriniento que seguía pegado al cuero decolorado: «Mademoiselle Cocotte, del cochero François.»

¡La perra muerta había encontrado a su amo a sesenta leguas de su casa!

François lanzó un grito espantoso y empezó a nadar con todas sus fuerzas hacia la orilla mientras continuaba gritando; y cuando llegó a tierra, huyó enloquecido, completamente desnudo, por el campo. ¡Estaba loco!

UN CASO DE DIVORCIO

El abogado de la señora Chassel tiene la palabra y dice:

“Señor presidente:

Señores magistrados:

El pleito de cuya defensa estoy encargado , constituye más bien una cuestión medica que jurídica; es un caso patológico, más que un caso de derecho. Los hechos origen de esta causa aparecen claros al primer golpe de vista.

Un hombre joven, rico, de alma noble y exaltada y corazón generoso, se enamora de una joven extraordinariamente hermosa, adorable, encantadora, graciosa, linda, buena y se casa con ella.

Durante algún tiempo la conducta de este hombre para con su mujer fue la del esposo lleno de ternura y de cuidados; después su cariño va enfriándose hasta el punto de sentir hacia ella una repulsión indecible, un extraordinario desamor. Llegó a pegarle un día, no solamente sin razón, sino sin pretexto.

No pienso, señores, pintaros el cuadro de esos procederes extraños, incomprensibles para todos. Tampoco he de esforzarme en describiros la triste vida de aquellos dos seres, ni la horrible tortura de la mujer. Para convenceros de la razón que a ésta asiste, bastará con que os lea algunos fragmentos del diario escrito por aquel desgraciado loco.

Helos aquí:

¡Qué triste! ¡Qué monótono! ¡Qué ruin y qué odioso es todo! Soñé una tierra más bella, más noble, más variada.

¡Siempre bosques; ríos que se parecen a otros ríos, llanuras que se parecen a otras llanuras!... ¡Todo igual!... ¡Todo monótono!... ¡Y el hombre!... ¿Qué es el hombre? Un animal malo, orgulloso y repugnante...

Preciso es amar, pero amar locamente, sin ver lo que se ama: porque ver es comprender y comprender es despreciar...

¿He encontrado ese amor?... Creo que sí.. Esa mujer tiene en toda su persona algo de ideal que no parece de este mundo y que da las alas a mi sueño.

Mi amada es rubia, con matices maravillosos en los cabellos... ¡Qué azules son sus ojos!... Sólo los ojos azules embargan mi alma... La mujer que existe en el fondo de mi corazón aparece en su mirada, sólo en su mirada... ¡Oh! ¿Qué misterio existe en los ojos? Todo el universo está en ellos, puesto que lo ven y lo reflejan. Sí... en los ojos se contiene el universo, las personas y las cosas, los bosques y los mares, los hombres y las bestias, las puestas del sol, las estrellas, las artes... Todo... Todo lo ven, todo lo recogen... Pero en los ojos aun hay más. Allí está el alma, el ser que quiere, el serque ama, el ser que ríe, el ser que

sufre... ¡Oh!... Contemplad los ojos azules de las mujeres... profundos como el mar, inundados de luz como el cielo, tan dulces como las brisas, como la música, como los besos, y tan transparentes, tan claros, que tras ellos se ve el alma, el alma azul que los colora, los anima y diviniza.

¡Sí! El alma tiene el color de los ojos... El alma azul, sólo él alma azul lleva dentro el ensueño... Ha tomado su color a las ondas del mar y al éter del espacio.

Los ojos, pensad en los ojos... Beben la vida aparente para nutrir con ella el pensamiento. Beben el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros... todo lo hermoso y todo lo ruin... De allí salen las ideas... Y si los ojos nos miran, nos producen una felicidad que no es terrena.

Nos hacen presentir lo que siempre ignoraremos... Nos hacen comprender que la realidad es una miseria despreciable...

La amo también por su aire gentil, porque, como ha dicho el poeta:

—Hasta cuando el pájaro anda parece de otra raza más superior que la de las mujeres ordinarias; más ligera y más divina...

Mañana me caso con ella... Tengo miedo... ¿Miedo de qué?... ¡De tantas cosas!

Ya es mi mujer. Mientras la he deseado, idealmente fue para mí el poético ensueño, próximo a realizarse; después se ha convertido en el ser de que la Naturaleza se ha servido para truncar todas mis esperanzas.

¿Pero las ha truncado? No... Y, sin embargo, estoy cansado de ella. Cansado hasta no poder tocarla ni con mi mano ni con mis labios, sin que mi corazón sienta un desagrado inexplicable...

¡No! No puedo ver a mi mujer venir hacia mi llamándome con su mirada, con su sonrisa o con sus brazos. Antes creía yo que un beso de aquella mujer me transportaría a los cielos... ¡Y qué desencanto sufrí un día, cuando estuvo mala con una fiebre pasajera! Sentí en su aliento el soplo ligero, sutil, casi insensible de las podredumbres humanas...

¡Oh! ¡ La carne! Estercolero seductor y viviente... ¡Putrefacción que se mueve, que anda, que piensa, que habla, que mira y que sonríe; donde los alimentos fermentan; sonrosada, linda, tentadora, engañadora como el alma!

Porque en realidad, sólo las flores huelen bien. Lo mismo las de vistosos colores que las pálidas, impresionan mi espíritu y turban mis ojos... ¡Son tan hermosas! ¡ De estructura tan delicada! ¡ Tan variadas y tan sensibles! Son más tentadoras que las mismas bocas, y hasta parecen tenerla.

Ellas... ellas solas se reproducen en el mundo sin dejar huella que manche, y evaporando en torno el divino incienso de su amor, el sudor oloroso de sus caricias, la esencia de sus incomparables cuerpos, adornados de todas las

gracias, de todas las elegancias, de todas las formas que tiene la coquetería, de todas las coloraciones y la seducción embriagadora de todos los aromas...

SEIS MESES DESPUÉS

...Amo las flores, no como flores, sino como seres vivientes, deliciosos. Paso los días y las noches en el invernadero, donde las guardo como a las mujeres en el harén... Nadie, fuera de mí; conoce la dulzura, el éxtasis sobrehumano de estas ternuras... Nadie conoce el sabor de estos besos sobre la carne roja, fina, blanca, delicada, rara, de estas flores.

Tengo estufas donde no penetra nadie más que yo y el encargado de cuidarlas. Entro allí como si entrase en un retiro de secretos placeres... Por la alta galería de cristales paso entre dos masas de corolas; unas cerradas, otras entreabiertas o abiertas del todo y dispuestas en declive. Es el primer beso que me envían... Estas flores que adornan el vestíbulo de mis pasiones misteriosas, no son aun mis favoritas, sino mis sirvientes. Me saludan al paso con sus brillantes matices y sus frescas exhalaciones Son lindas, coquetas, dispuestas en ocho filas a la derecha y ocho a la izquierda, formando dos jardines que vienen a morir a mis pies.

Al verlas, mi corazón palpita, mi mirada se ilumina, mi sangre se agita, mi alma se exalta y mis manos tiemblan con el deseo de tocarlas... En el fondo de aquella alta galería hay tres puertas cerradas... Puedo elegir el que más me plazca de aquellos tres harenes.

Generalmente entro donde están las orquídeas, mis adormideras preferidas. Proceden de los países arenosos, ardientes y malsanos. Atraen como sirenas, matan como venenos... Enervan. Son terribles.. Semejan grandes mariposas con sus alas enormes, sus patas, sus ojos... Porque tienen ojos... Me miran, me ven... Aquellos seres prodigiosos, inverosímiles, hijos de la tierra sagrada, del aire impalpable, de la cálida luz, de esa madre del mundo... Sí... Tienen alas, y ojos, y matices que ningún pintor podría imitar... y todas las formas, todas las gracias, todos los encantos que se pueden soñar.

Los extraños dibujos de sus pequeños cuerpos sumergen el espíritu en el paraíso de las imágenes y voluptuosidades ideales... Tiemblan sobre sus tallos como si quisieran volar... ¿Volarán y vendrán hacia mí?... ¿No es mi corazón el que vuela sobre ellas, como un místico torturado de amor?

Estamos solos ellas y yo en la clara prisión que las he construido. Las miro, las contemplo y las adoro una por una.

¡Cuánto las amo! El borde de su cáliz está rizado, más pálido que su garganta, y la corola oculta en él como misteriosa boca atractiva, azucarada, mostrando y desenvolviendo los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturas, que sienten y no hablan... He experimentado por algunas de ellas una pasión tan fugaz como su existencia: de algunos días, de algunas noches.

Cojo a la preferida, la saco de la galería, la encierro en una estufita de vidrio, en donde un hilo de agua corre por un lecho de césped tropical traído de las islas de! Pacífico. Y allí, junto a ella, me quedo febril, ardiente, atormentado por la idea de su próxima muerte, contemplando como se marchita mientras la poseo, aspiro y bebo su corta vida con una suprema caricia.

Después de terminar la lectura de estos fragmentos añadió el abogado:

—La decencia, señores, me impide continuar la lectura de las singulares confesiones de este hombre, vergonzosamente idealista. Los fragmentos que acabo de someter a vuestra consideración creo que serán suficientes para apreciar este caso de enfermedad mental, menos raro de lo que pudiera creerse en la época que atravesamos, de histerismo y de decadencia.

En mi opinión, pues, a mi representada le asiste perfecto derecho para reclamar el divorcio, dada la excepcional situación en que la ha colocado la perturbación sin ejemplo de los sentidos de su esposo.